



Nº1
en descargas
en Amazon.es

**el amor
huele
a café**

NIEVES GARCÍA BAUTISTA

El amor es como el buen café: ardiente, poderoso, puro, amargo y dulce. Para apreciarlo hay que acostumbrarse a él sorbo a sorbo y solo se disfruta plenamente después de descubrir hasta sus más pequeños matices.

Una pequeña cafetería y una gitana de inquietantes ojos verdes escoltan las historias de una estudiante universitaria inadaptada, dos profesionales en la treintena obsesionadas por el éxito profesional y un jubilado torturado por la pérdida que aún tienen mucho por descubrir.

Son historias cotidianas e íntimas sobre la búsqueda de una felicidad que se escapa entre la frustración, los sueños rotos y la rutina del día a día. El pasado puede doler, pero siempre se puede aprender de él.

Título original: *El amor huele a café*

Nieves García Bautista, 2012.

Diseño/retoque portada: Laura Moreno Bango

Nº de páginas: 149

Editor original: Mística & Mapita (v1.0)

Colaboran: Enylu y Natg {Grupo EarthQuake}

ePub base v2.1

*A Daniel,
porque el amor también huele a
leche, espuma de baño y algodón*

Un sorbo de café baña los espíritus deprimidos y los eleva más allá de los sueños más sublimes.

John Milton, escritor inglés

*¡Oh, cómo me gusta el café azucarado!
Es más agradable que mil besos,
más dulce que el vino moscatel.
Café, café, te necesito,
y si alguien quiere confortarme
¡oh, que me sirva café!*

Aria de Cantata del Café, de **Johann Sebastian Bach**

AGRADECIMIENTOS

Esta novela no podría haberla escrito sin el apoyo constante de dos escritores.

Por un lado, César García Muñoz me puso casi literalmente manos a la obra después de insistirme incansablemente con su característico tesón emprendedor. A él también le quiero agradecer y le debo la cubierta que lleva esta novela.

Por otro lado, no puedo eludir el justo reconocimiento a la generosa ayuda de Fernando Trujillo Sanz al compartir su experiencia vanguardista en el camino de la autoedición digital, que para mí —como para otros muchos autores noveles— ha sido impagable. Tengo la suerte, además, de que su ejemplo no es solo literario, sino que también me guía en el camino de mi propia vida, de nuestras vidas.

Y gracias, finalmente, a todos los amigos y familiares que han contribuido con sus opiniones, consejos y ánimos.

UN LUGAR

En una calle sin importancia, en una esquina cualquiera, hay un pequeño local de amplios ventanales llamado El Confidente de Melissa.

El Confidente de Melissa podría ser una cafetería más, quizá algo especial por su comida extranjera y su aroma a café recién molido, intenso y oscuro, que es amargo y dulce, que excita y relaja a la vez.

Este es un lugar acogedor con muebles de escasas pretensiones, quizá insignificantes para las miradas más exquisitas, pero ricos en las historias y confidencias que se han ido posando sobre ellos y de las que son testigos silenciosos.

A este sitio le da nombre un confidente de nogal, viejo y desgastado, pero aún extraordinario por el delicado y laborioso tallado que unos dedos adolescentes labraron en la madera. En un rincón, el confidente gobierna callado y señorial, y a pesar del poderoso imán que ejerce entre los clientes, nadie osa a sentarse en sus dos asientos enfrentados.

Fuera merodea una gitana morena, de ropas ajadas, que dice la buenaventura a cambio de la voluntad. Hay quienes la creen, otros, no. Pero todos se sienten intimidados por sus intensos ojos, que arden como dos brasas del color de la esmeralda.

LUNES

«El corazón de tu padre te cambiará la vida, niña». El augurio de pacotilla de aquella charlatana se le había metido en la cabeza y no conseguía zafarse de él. Fue lo último que dijo la gitana y ya no quiso saber más. Le puso una moneda en la palma de la mano y entró rápida en la cafetería. Pero el maldito presagio había atrancado sus sentidos y lo meneaba sin descanso, como la cucharilla que ahora danzaba ochos entre la espuma de su café *macchiato*.

—Adela, ¿me estás escuchando?

En frente, su íntima amiga Raquel le lanzaba una mirada que Adela presentía escrutadora a través de aquellas oscurísimas y enormes gafas Chanel. Raquel se las había puesto con la excusa de que los grandes ventanales de la cafetería reflejaban el sol con potencia y le hacía daño en los ojos, pero en realidad, Adela sabía que a su amiga de la adolescencia le encantaba presumir de estatus social.

—¡Ah! Eh..., sí, perdona, ya estoy contigo. O sea, que ahora por la tarde vuelves a ver a Iván, ¿no? Cuéntame.

—No, cuéntame tú. ¿En qué pensabas?

—Bah, nada. La gitana de la puerta, que al final ha conseguido comerme un poco el coco.

—Anda, mira, ¡a la comecocos le comen el coco!

Raquel se quedó como suspendida, con la boca muy abierta, esperando el aplauso de su amiga, pero esta solo fue capaz de devolverle un resoplido desganado y algo indulgente.

—Qué chispa tienes, hija.

—Bueno, venga —repuso Raquel dando un manotazo al aire—, dime qué le preocupa a mi querida psicoanalista. Cuéntamelo, aunque solo sea para relajar ese ceño fruncido, cariño, que a nuestros treinta y tres años ya no tenemos la piel tan elástica.

—Es por lo de mi padre.

—Ya..., es verdad. ¿Cómo lo sabría esa mujer?

—Vamos, no seas ingenua. Como está merodeando por aquí todos los días, supongo que nos habrá oído hablar de ello en alguna ocasión, y ahora que tiene esa información, aprovecha, nos coge por banda y ¡zas! me suelta el bombazo. Estos profesionales de la adivinación funcionan del mismo modo: solo te cuentan cosas que les dices y que por supuesto ya sabes, pero lo hacen en plan oráculo de Delfos para que te quedes impresionada. ¡Bah!

—Entonces, ¿qué te preocupa?

—Es simplemente que me ha venido a la mente todo el rollo del infarto. Yo..., no veo bien a

mi padre. Él dice que sí, que está a gusto con nosotros, cuidando del niño, pero no... Él no está bien.

—Pobre Joaquín. La verdad es que tu padre ha tenido que pasarlo muy mal.

—Muy mal es poco... Ha sido peor.

Adela suspiró. Cinco meses atrás el corazón de su padre se paró, cansado de tanto dolor, tanta carga, tanto sufrimiento. No se había cumplido ni un día después de la incineración de su gran amor cuando sintió que un filo punzante atravesaba su pecho. A pesar del lacerante dolor, al hombre se le escapó una leve sonrisa. «Cayetana, Hugo...», decía en su delirio, mientras alargaba la mano. Adela, arrodillada a su lado y temblando de miedo, sabía que su padre estaba viendo a su mujer y su hijo fallecidos. En aquellos largos minutos de angustia, sola en el piso donde había crecido, esperando a la ambulancia que parecía que no llegaría a tiempo, Adela se consoló pensando que si su padre también moría, al menos se iría con la felicidad de reencontrarse con su mujer y su hijo.

Con la mirada perdida en el fabuloso tallado del confidente decorativo de la cafetería, Adela se estremeció. Añoraba al loco de su hermano, echaba terriblemente de menos a su querida madre. Pobrecilla, cuánto sufrió en el último tramo de su vida. Adela hizo un esfuerzo por recordar cuándo fue la última vez que vio a su madre sonreír, feliz, sosegada, como ella había sido siempre. Con pesadumbre se dio cuenta de que no se acordaba.



Helia bajó del autobús a las cuatro menos cuarto de la tarde, que llegaba puntual, como siempre, desde el campus universitario. Una ola de calor sofocante la recibió al pie de las escaleras, mezclado con las llamaradas de aire que escapaban de los bajos del autobús. El contraste entre el ambiente fresco que había dentro y aquel bochorno impropio de principios de octubre se sentía como un puñetazo en los pulmones. Helia estaba deseando llegar a su cafetería favorita, El Confidente de Melissa, para sentarse en uno de sus mullidos sofás, escondidos entre las plantas, pedir un *frappé* bien frío y disfrutar del aire acondicionado mientras continuaba leyendo *Cancionero y romancero español*, una recopilación de poemas medievales realizada por Dámaso Alonso.

La muchacha caminaba con paso acelerado a pesar del ahogo, al que ella sabía que contribuía con el exceso de ropa que la cubría. Un grupo de chicas muy guapas se paró a su lado, a la espera de que el semáforo se pusiera en verde para los peatones. Vestían pantalones cortos, minifaldas, camisetas ceñidas de tirantes y sandalias de tacón que hacían más esbeltos aquellos cuerpos aún bronceados. «Qué ropa tan preciosa», pensó. Helia llevaba una camiseta blanca y holgada, unos vaqueros oscuros de pierna ancha y una chaqueta gris de punto, anudada alrededor de la cintura y que caía hasta debajo de las caderas. Helia se sintió ridícula. Miró al frente. El sol brillaba con fuerza y chocaba dolorosamente contra los cristales transparentes de sus gafas de miope. Arrugó los ojos y se colocó la mano de visera. Un matrimonio mayor había llegado a la acera contraria y comenzaron a hablar y sonreír entre ellos. Helia empezó a sentirse nerviosa. Era evidente que

estaban comparando al grupo de bellezas con aquel bicharraco excesivamente arropado. Sí, claro que sí.

Por fin, el semáforo detuvo la corriente de vehículos. Un coche frenó con un chirrido en primera línea del paso de cebra. Estaba ocupado por varios chicos jóvenes, parecían atractivos. Bajaron las ventanillas y empezaron a lanzar piropos. Ninguno era para Helia. Ella se sintió aún más ridícula. Aceleró el paso al máximo, con la carpeta apretada contra su pecho, la cara encendida y el corazón galopando en la garganta, y así continuó después de alcanzar la acera. Ya quedaba poco. Pronto llegaría al Confidente.

Aquella infatigable urgencia por huir había recluso a Helia a espacios poco habituales para sus veintidós años de edad. La joven no salía de la biblioteca, los museos, las cafeterías con rincones discretos y, por supuesto, su casa. Prefería estar sola, en lugares poco masificados y donde no se mezclara con gente joven, especialmente chicos. Cuando tenía que ir a clase o se juntaba con sus amigas, no podía evitar sentir constantemente una mirada burlona en la nuca, un comentario hiriente, una comparación injusta.

Hacía tiempo que los bares, fiestas y discotecas habían quedado fuera de sus planes. De sus años de instituto, Helia conservaba un grupo de cinco amigas, buenas amigas con las que había compartido apuntes, risas y confidencias. Al principio estaban unidas por las buenas notas y un aspecto físico anodino, pero la adolescencia no fue igual de generosa con Helia que con el resto. Las demás desarrollaron unas curvas armoniosas y una cara bonita. Cuando se dieron cuenta de que gustaban a sus compañeros de clase, empezaron a exponerse más y a interesarse por el arte de la seducción femenina. Aprendieron a arreglarse con un maquillaje y unas ropas que las favorecían. Y comenzaron a sentir la necesidad de exhibir sus nuevos encantos en los epicentros de diversión juvenil: los clubes nocturnos.

Helia se iba quedando cada vez más rezagada en esa carrera hacia la explosión de los sentidos. Su pecho apenas abultaba las camisetas, que además se hallaba en desproporción respecto de las caderas. «Tu morfología corporal es de campana», le decían sus amigas, que no cesaban en su empeño de adiestrar a Helia en las competencias del arreglo físico. Al diagnóstico morfológico le seguía una retahíla de instrucciones sobre las prendas, colores y complementos que mejor disimularían la dichosa forma acampanada, mientras las demás lucían sus cuerpos diábolo, más armoniosos, proporcionados y adaptables a la moda de las tiendas.

Las compras deprimían a Helia. Y también las salidas nocturnas. Pero lo que más odiaba en este mundo eran los espejos. Esos artilugios del demonio habían sido creados, sin duda, para admiración de las bellas y tortura de las feas. Los espejos le devolvían a Helia una imagen que no podía tolerar más de unos pocos segundos. Una cara excesivamente redonda, piel pálida, labios finos y sin color, cejas gruesas, ojos inexpresivos y escondidos tras unas gafas de pasta anticuadas, y aquella nariz. El maldito hocico de cerdo en el centro de la cara, imposible de disimular. Allí estaban esos dos agujerillos, bien visibles, izados por la punta en un insólito gesto de rebeldía y soberbia que no encajaba con el resto de su fisonomía.

Helia tenía controlados los espejos de su casa, de los baños de la facultad, de El Confidente de Melissa y del resto de lugares que frecuentaba. Había calculado las distancias para saber en qué momento tenía que bajar la mirada. Pero de vez en cuando se topaba con algún espejo nuevo

o el reflejo inoportuno de algún escaparate, y la imagen que reconocía le lanzaba dardos al corazón.

Solo se sentía liberada en vacaciones o festividades. Nada más terminar las clases, Helia ponía rumbo hacia la casa de una tía, que vivía en un pueblo alejado. Era un lugar fresco y poco poblado, donde las horas transcurrían torpes y con parsimonia, al compás lento de un sol perezoso que remoloneaba entre las altas montañas y el intenso verde de la profusa vegetación. Helia se abandonaba a aquel transcurrir premioso. Se despertaba al mediodía y pasaba tardes enteras tumbada en el pequeño huerto, bajo un manzano centenario, leyendo, sesteando y componiéndose una vida ideal, en la que ella era hermosa, delgada, elegante. En sus cuentos de ensueño lograba el amor de un hombre apuesto e inteligente que no tenía más remedio que caer rendido a los encantos de ella. Juntos formaban una familia preciosa con una pareja de mellizos, niño y niña, que correteaban por el jardín de su chalé y cometían las más diversas travesuras, para delicia de sus padres.

Además de recrearse en esa existencia imaginada, Helia disfrutaba en compañía de su tía, una verdadera alma gemela con la que mantenía charlas que se prolongaban hasta la madrugada. En la burbuja que ambas compartían, no cabían las exigencias, ni el perfeccionismo, ni el afán de superación, ni las críticas, ni los reproches que habitaban en su casa familiar.

Sí, aquel insignificante lugar era su reducto de calma y felicidad. Y lo más parecido que había encontrado a eso era El Confidente de Melissa, aquella cafetería con ese nombre tan largo y poco común en el mundo hostelero. Al llegar, la puerta la sacudió hacia atrás para dejar paso a dos mujeres muy elegantes. En el azoramiento, su *Cancionero* cayó al suelo, a los pies de la gitana que solía merodear por la zona, dispuesta a adivinar el futuro a quien quisiera escucharla. La mujer recogió el pequeño libro y se lo tendió a Helia con una chispa en sus sagaces ojos verdes. Durante unos segundos, Helia sostuvo aquella mirada cargada de palabras, esperando que la gitana dejase hablar a sus pensamientos, hasta que la timidez la superó. Se despidió con una leve sonrisa. «Gracias».



Después de dejar a su nieto Mateo en clase de dibujo, Joaquín llegó al piso de Adela algo cansado. Aquel calor de octubre, tan sofocante y tan anómalo en el otoño, contribuía a fatigar sus gastadas articulaciones. Pero el electricista jubilado no solo sentía un declive físico.

El hombre se dejó caer con desgana en el caro sofá del salón de su hija y encendió la enorme televisión. Zapeó con apatía y se detuvo en un canal de documentales. Un reportero joven y resuelto hablaba abrazado por un paraje de naturaleza agreste, pero enormemente bella. Ese podría haber sido Hugo. Si su hijo se lo hubiera propuesto, podría estar ahora dentro de ese televisor. Pero no, Hugo ya no era más que un conjunto reducido de cenizas que esperaban en su urna de cerámica a que su familia las esparciera en los rincones donde a él le hubiera gustado reposar.

Antes de morir, Hugo era un hombre alto y fuerte, un espíritu indómito y rebelde, imposible

de doblegar a las ataduras convencionales. Ya de pequeño le gustaba escapar de la mano de sus padres y se valía de cualquier pretexto con tal de salir a la calle. En cuanto cumplió los dieciocho años, llenó una mochila con algunas mudas, camisetas y pantalones, sus escasísimos ahorros, un saco de dormir y su adorada cámara fotográfica, y dijo que se iba a conocer África. Ni las amenazas de Joaquín ni las súplicas de Cayetana consiguieron retenerlo en casa. Estuvo fuera un año completo y en ese tiempo se las arregló para llamar alguna vez o enviar alguna escueta postal. Contaba aventuras asombrosas. Para viajar recurría al autoestop y para pagar la comida realizaba pequeños trabajos. El chico pronto se dio cuenta de que la moda del mundo industrial era incompatible para su nueva forma de vida, así que aprendió a coserse unas prácticas túnicas con los retales que conseguía a cambio de sus pertenencias occidentales, que en aquellas tierras le resultaban inútiles. Convivió con tribus africanas, cazó con los hombres y recolectó con las mujeres. Aprendió a esconderse de los depredadores y sobrevivir a las implacables leyes de la naturaleza. Cuando regresó, vendió su tesoro fotográfico a varias revistas de fauna y viajes, y con el dinero que ganó resolvió independizarse. Tanto gustaron aquellas imágenes inéditas y arriesgadas que empezaron a lloverle los encargos. El trabajo le llevó a inmortalizar el esfuerzo de los escaladores en el Everest, los conflictos en la Franja de Gaza, el horror de las guerras en los Balcanes, la diversidad biológica en el Mar Rojo o el deshielo en los polos. A pesar de que tanto Joaquín como Cayetana aprovechaban cualquier ocasión para reprenderlo y advertirle del peligro que corría constantemente, en el fondo, todos, también Adela, admiraban profundamente a ese muchacho tan valiente y decidido. Hugo vivía en el límite, siempre bordeando el vértigo, siempre tendiéndole la mano a la muerte.

Pero su fin le llegó de la forma más inesperada. Era un domingo de un viento loco e impetuoso de enero, y tocaba una lánguida comida familiar para celebrar el cumpleaños de Cayetana. Hugo llamó para avisar de que le había surgido un imprevisto y que no podría ir. Tanto se enfadó su madre y tan débil era la excusa de él, que Hugo no tuvo más remedio que resignarse. En cuanto su madre colgó el teléfono, Joaquín le advirtió de que Hugo acabaría inventándose cualquier otra disculpa para escapar de la sobremesa. Pero desgraciadamente el hombre se equivocó en su pronóstico. Cuando todos oyeron la Ducati de Hugo en la calle, se asomaron a la terraza para comprobar que era él. El viento arreciaba y revolvía con violencia las pequeñas basuras de la calle. Hugo levantó la cara. Saludaba con su sonrisa amplia y sincera, la que siempre lucía y que solo se rompió cuando un pedazo de cornisa se resquebrajó del edificio y cayó fatalmente sobre él. Le faltaban tres meses para cumplir treinta y nueve años.

La tragedia se cebó especialmente en Cayetana. La culpa la mortificaba. «Él no quería venir, no debió venir, ¡he matado a mi hijo!». Joaquín intentaba despistar el dolor invitándola a largos paseos, cines y excursiones, pero el duelo había tejido una espesa telaraña que enmarañaba el hogar. Aprovechando el inicio de la primavera, Adela los animó a que se trasladaran a su casa de campo, a la que ella no iba nunca por estar demasiado ocupada con el trabajo, y que Cayetana tanto disfrutaba por su suave clima, su aire fresco y el aroma a flores. Sin embargo, ese cambio tampoco mejoró el ánimo de la mujer, en cuyo rostro se había quedado encajado el lamento.

Unas semanas más tarde, Joaquín se levantó y no encontró a su esposa al otro lado de la cama. Saltó alarmado, presa del pánico y, con la garganta hecha un puño, salió disparado al

pasillo. De la cocina llegaba un olor a bizcocho de limón, mermelada de fresas y café recién hecho. «Por fin se va a quedar con nosotros y para siempre», le dijo Cayetana con una amplia sonrisa. Su mujer se había acicalado, como solía hacer antes de morir Hugo. Había ondulado con esmero su melena grisácea y había recogido un mechón de pelo hacia un lado, con una horquilla de plata regalo de Joaquín de cuando eran novios. No se había olvidado de ponerse máscara negra en las pestañas ni de darse un ligero toque de colorete en los pómulos.

Aquel fue el inicio de la extraña convivencia entre la pareja y el fantasma de Hugo. Joaquín oía a Cayetana mantener conversaciones de todo tipo con su hijo fallecido. Eran comentarios de las noticias, consejos, confidencias, riñas y reconciliaciones. Aunque el hombre cada vez se sentía más incómodo y guardaba en secreto las locuras de su mujer, él al menos se alegraba de que Cayetana hubiera vuelto a la vida.

«¿Será posible que de verdad Hugo esté con nosotros?». Joaquín casi se había convencido de los recién adquiridos talentos de su mujer cuando la armonía se rompió. No sucedió de forma repentina, sino de forma gradual, igual que cuando la fruta empieza a pudrirse en el fondo del bol y termina contaminando al resto, de forma lenta e invisible, pero inexorable.

Las peleas de Cayetana con Hugo se hicieron más frecuentes y ganaron intensidad. Ella pedía ayuda a su marido y él no sabía cómo reaccionar, lo que la disgustaba aún más. Cayetana empezó a convertirse en otra persona. Ya no se ondulaba el pelo, ni se pintaba, y dejó de preocuparle si combinaban los colores y estampados de la ropa con que se vestía. Padeecía unas terribles jaquecas que la dejaban postrada en la cama durante horas. Perdió el apetito y el interés por la cocina en general; tampoco hacía ya aquellas delicias culinarias de las que ella se sentía tan orgullosa y que tantos elogios despertaban en los comensales. Así que Joaquín tuvo que meterse entre los fogones y aprender a preparar algunos platos sencillos. Cayetana siempre terminaba criticando aquellos esmerados menús con una tremenda aspereza que a Joaquín se le clavaba en el corazón.

Joaquín sufrió aquel cambio en silencio y solo. Confiaba en que todo fuera una mala racha, una pequeña depresión de la que finalmente saldrían. Hasta que una tarde en que estaban sentados en un banco del parque, Cayetana se acercó a saludar a una madre con su bebé y, de pronto y sin saber por qué, ella clavó sus uñas con fuerza en la barriguita de la criatura.

«Tu madre se ha vuelto loca de dolor». Joaquín ya no tuvo más remedio que acudir a su hija y confesarle la tortura en que se había convertido su idílica convivencia. Quería que Adela tratara a su madre en su consulta de psicoanálisis, pero no podía, de tan estrecho que era el vínculo con la paciente. Ella misma pagó las visitas a un colega muy competente y caro, cuyo diagnóstico fue demoledor. «Esto no tiene nada que ver con la psicología, Adela. Quizá sea demencia, quizá Alzheimer, no sé, pero a tu madre tiene que verla un neurólogo».

Comenzaron las visitas al especialista y las pruebas hospitalarias. El médico no tardó mucho en dar una respuesta. Cayetana tenía un tumor cancerígeno en el cerebro, bastante grande y en un mal sitio, que lo hacía inoperable e intratable. Ya nada podía hacerse por ella, excepto darle morfina para evitarle dolor. Como mucho, Cayetana duraría un mes más.

Una mujer preciosa y vital de sesenta y dos años, una compañera incondicional, una madre entregada moriría en el plazo de un mes. Joaquín quiso aprovechar ese tiempo al máximo. Quería

llevarla de nuevo a París. Con motivo de sus bodas de plata, él le había regalado un viaje a la capital del amor y ella quedó encandilada de la majestuosidad, el encanto y la elegancia de la Ciudad de la Luz.

Aquella decisión provocó la primera de las muchas discusiones que padre e hija libraron respecto de Cayetana. Adela no consideraba oportuno que su madre viajara, podría empeorar, podría incluso morir. «No quiero tener que ir a buscaros a París y traer un féretro de vuelta», le soltó Adela para zanjar la cuestión.

Joaquín ideó otros planes, pero no pudo realizar ninguno. El fin de Cayetana se aceleró demasiado. No quedó tiempo para recordar, ni para mirarse el uno al otro en los ojos y perderse en una inmensa mirada de amor y agradecimiento. En poco más de una semana, Cayetana había perdido la cordura por completo, a nadie reconocía y los dolores de cabeza la dejaban encogida en el montón de pellejo y huesos en que había quedado reducida. Cayetana no era más que un animal rabioso que ya solo esperaba su fin.

«No puedo verla así. No es justo...», le dijo Joaquín a su hija. Sin más palabras, Adela fue a buscar unos somníferos y, cuando Cayetana se hubo dormido, preparó una inyección con una dosis letal de morfina. El reloj de la iglesia del pueblo tocó las 7 de la tarde en aquel cálido viernes de mayo. Joaquín se tumbó al lado de su esposa y abrazó su frágil cuerpo con delicadeza infinita, no fuera a despertarla de su tranquilo sueño. Colocó aquella preciosa cara pegada a la suya, con los labios tocándose en un beso etéreo. Notaba la respiración de aquella mujer a la que había amado con toda su alma erizándole la piel.

En el último soplo de vida, Cayetana no tembló. Joaquín la miró y por fin reconoció a la mujer dulce y tierna de siempre. Tenía la expresión relajada, casi le pareció que sonreía. Se aferró a ella para grabar en su piel las aristas de ese cuerpo que reconocía como una extensión del suyo propio.

Del resto se encargó Adela. Papeles, tanatorio, incineración. Joaquín se dejaba conducir como un autómata, los pésames le llegaban en ecos lejanos. El hombre solo recobró la consciencia cuando sintió aquella puñalada en el lado izquierdo del pecho. Su corazón había dicho basta.



Después de la comida con Adela y de entretenerse con algunos escaparates de las tiendas de moda, Raquel se apresuró a buscar un taxi. Iba a llegar tarde a la reunión. Cometer un error, como la impuntualidad, la ponía muy nerviosa. Pero a eso había que añadir la perspectiva de volver a encontrarse con Iván. El nuevo proyecto informático que preparaba su departamento no había tenido nada de particular hasta que apareció él. Su antiguo amor de instituto regresaba a su vida después de tantos años y de la forma más inesperada. Iván dirigía el área de Logística de la empresa que había contratado los servicios de la suya con el encargo de implantar un nuevo sistema informático. Eso suponía que durante un año, ella e Iván tendrían que trabajar estrechamente para adaptar el proyecto a la realidad de la empresa.

Menuda oportunidad. Ojalá hubiera estado tan cerca de él en sus años de instituto. Iván era el chico más popular del centro. Todas suspiraban por su pelo rubio, sus ojos verdes, su boca roja, su gallardía, aquella apostura que a ninguna dejaba indiferente.

Raquel solo era una compañera de clase más y ella le admiraba desde la distancia que interponían los pupitres. Le fascinaba la manera en que se pasaba la mano por el pelo, la sonrisa picarona con la que conseguía dinero para el bocadillo del recreo o la insistencia con que se mordía aquellos labios gruesos y sensuales cuando calculaba un logaritmo.

Tenía una cara dulce y perfecta, sobre todo cuando dormía. Él y su amigo solían turnarse para echarse siestas durante las clases y era en esos momentos cuando Raquel aprovechaba para lanzar miradas furtivas y prolongadas a su amor. Se quedaba embelesada.

Raquel jamás trató de llamar su atención. Sabía que Iván no se fijaría nunca en ella porque no estaba a la altura de él. En realidad, ella no estaba a la altura de nadie, excepto de su amiga Adela. Ellas dos eran las únicas piezas que no encajaban en ese puzzle de prestigio, élite y dinero en que habían recalado.

Aquel era un colegio privado, donde estudiaban las clases más altas. La exigencia que imponían sus profesores, la diversidad de recursos y las buenas notas que sus alumnos sacaban en las pruebas estatales habían elevado al centro al primer puesto en su categoría. Todos las familias querían que sus hijos entraran en ese colegio, pero cada año la selección favorecía a las estirpes con más nombre, dinero y poder. Excepto dos plazas. La dirección del centro concedía cada año un par de becas por curso a jóvenes que no habían tenido el privilegio de nacer en la élite social. Para entrar, los aspirantes debían presentar un expediente académico sobresaliente, superar varias pruebas de conocimientos y personalidad, además de entrevistas con profesores y psicólogos. El colegio buscaba de este modo un par de talentos, con una inteligencia y ambición superiores a la media. Las becas eran completas e incluían matrícula, mensualidades, material, uniformes, transporte, actividades extraescolares y comedor. A cambio, los estudiantes reclutados debían cumplir con unas notas extraordinarias y un comportamiento ejemplar. Al primer error, la expulsión era fulminante e incuestionable.

Raquel y Adela habían ganado su beca entre cientos de candidatos y la renovaban cada año con su esfuerzo y dedicación. Pero si Adela consideraba ese privilegio como un pase a un futuro mejor, para Raquel significaba algo más. Estudiar en ese colegio la introducía en las clases altas. «No formas parte de ese mundo, Raquel, solo estás cerca, y ellos nunca te dejarán entrar porque te ven inferior», le recordaba Adela.

El taxi llegó a su destino. La empresa donde trabajaba Iván ocupaba varias plantas en uno de los edificios de oficinas más altos y reputados de la ciudad. Su singular forma de huevo y el brillo que desprendían las ventanas de espejo lo habían convertido en un edificio famoso y fácilmente reconocible en el horizonte.

«Buenos días», le dijo un conserje impecablemente ataviado con un uniforme azul marino. Raquel introdujo su tarjeta de visitante en uno de los tornos de acceso y avanzó hacia los ascensores.

Mientras Raquel hundía sus largos y carísimos tacones de Gucci en la gruesa alfombra de estilo persa, pensó que lo había conseguido. Había superado un mundo gris e insignificante que

odiaba profundamente. Mientras estudiaba en el instituto, vivía en un pequeño piso de alquiler, antiguo y viejo, con los muebles desvencijados por el uso y abuso de los inquilinos que lo habían habitado anteriormente. El piso estaba compuesto por dos habitaciones, una para Raquel y sus tres hermanas, y otro donde dormían su madre y su novio, un baño y un salón con cocina americana.

Aquella pequeñez pesaba sobre su vergüenza. El colegio, las actividades extraescolares y el estudio en la biblioteca ocupaban gran parte de la jornada. A veces, Raquel cenaba en casa de Adela, y algunos fines de semana la encantadora madre de su amiga la invitaba a quedarse a dormir. Pero al final siempre llegaba el momento en que tenía que volver a su casa.

Ya en el quicio de la puerta de entrada, antes de girar la llave, Raquel sentía el frío de un hogar tan agrietado como aquel piso. Las peleas y reproches cortaban el aire a navajazos, y daban el turno a un silencio violento que iba sedimentando un rencor negro en el pecho y la mirada. Un mes antes de empezar sus estudios universitarios, Raquel consiguió un empleo y una beca que le permitieron mudarse a un piso compartido. Para entonces, el cariño en su familia había terminado de escurrirse por los boquetes de las persianas.



Joaquín se despertó de la siesta atenazado por un pinchazo en la nuca. Se había dejado dormir en el sofá, vencido por el ritmo monocorde de un documental de naturaleza. Se frotó la nuca y bajó hacia la espalda, lo poco que le permitían sus oxidadas articulaciones. En la pantalla, una voz en *off* narraba el ritual de apareamiento de los pavos reales. El macho desplegaba su espectacular cola de plumas y colores para atraer a la hembra, más grisácea y menos vistosa. «El macho dirige a la hembra al lugar escogido para cubrirla», anunció el locutor. Joaquín tomó el mando a distancia y pulsó el botón de apagado. Miró el reloj; eran las seis menos veinte. Quedaban veinte minutos para ir a buscar a Mateo.

El silencio zumbó en el salón. Joaquín repasó con la mirada aquella estancia decorada con el gusto exquisito de un decorador bastante caro y equipada con tecnología de última generación. Su pequeña Adela era una mujer de éxito. Era una psicoanalista reputada, de las que daban conferencias, era rica, vivía en un ático en la mejor zona de la ciudad y podía presumir de haber logrado todo eso con su propio esfuerzo, sin que nadie le regalara nada. Muchas horas de estudio y trabajo habían dado sus frutos.

Qué diferentes eran sus hijos. Adela era metódica, responsable, exigente; Hugo era un locuelo que sorbió cada segundo de su vida sin planear el futuro, e hizo bien, de todos modos no tuvo futuro. A Adela no le vendría mal una pequeña dosis de esa insensatez. «Tu hija es así por tu culpa», solía decir Cayetana. Ella sostenía que Adela había heredado el ADN perfeccionista y laborioso de Joaquín, un electricista que trabajaba por cuenta propia durante largas jornadas para mantener a su familia y poder darles algunos caprichos. Pero con la distancia de miras que regala el paso de los años y el tiempo libre al que obliga la jubilación, Joaquín pensaba que verdaderamente era culpable del carácter rígido de su hija, y no a causa de la herencia genética.

Cuando Hugo se fue a descubrir África, Adela se convirtió en la única hija, y aunque era la menor, la ausencia de su hermano provocó que Joaquín trasladara a Adela las esperanzas e ilusiones que en principio había depositado en Hugo, por ser el primogénito. Hugo había escapado de su destino como hijo perfecto, pero aún tenía a Adela, la niña de sus ojos, una chica muy despierta y curiosa que siempre había mostrado un gran interés por aprender cosas nuevas.

Joaquín aleccionaba a su pequeña con discursos sobre la satisfacción que proporciona la mejora personal y la animaba constantemente a subir un peldaño más. Siempre podía sacar una nota mejor, patinar un poco más rápido, conocer un mayor número de palabras en inglés o instruirse en una nueva afición. Adela respondía de forma positiva, especialmente con los estudios. Aquel electricista de clase media casi se puso a llorar de orgullo cuando su hija le anunció que había ganado una plaza becada en el mejor colegio del país. Ese fue el primer gran logro de una futura psicóloga con una carrera académica plagada de reconocimientos. Así lo atestiguaban los artículos que había escrito para diversas revistas científicas, las conferencias a las que era invitada o las investigaciones que había emprendido y publicado en materia de depresiones, cuyas conclusiones citaban periodistas y colegas. La primera universitaria de la familia resultó ser toda una eminencia en su especialidad.

El precio que pagó fue una vida casi exenta de ocio. Muy pronto, Adela comprendió que para llegar a lo más alto tendría que renunciar a las diversiones propias de una chica joven. Adela se permitía pocas fiestas y salidas, y no toleraba las ataduras con novios que le reclamaran tiempo y dedicación.

Joaquín y Cayetana poco sabían del historial sentimental de su hija. De vez en cuando algún chico llamaba al teléfono de casa preguntando por ella, pero no tuvieron noticias de nada serio hasta que Adela les presentó a Pablo, otro psicólogo muy guapo y simpático. Se habían conocido en Alemania, donde habían estado investigando con sus respectivas becas. En cuanto regresaron, se fueron a vivir juntos, y aunque Joaquín no aprobaba del todo que convivieran sin estar casados, Pablo le gustaba y había encajado en la familia. Para su alegría y mayor sorpresa, un año después tuvieron al pequeño Mateo. Los tres formaban una familia preciosa y moderna.

Pero un día Adela apareció por casa con Mateo, que ya había cumplido cuatro años. «Nos separamos», soltó a bocajarro cuando Cayetana preguntó por Pablo. Adela fue bastante escueta en sus explicaciones. «Discutimos mucho», «Todo tiene un fin», «Nos vemos poco...» fue toda la información que sus padres le sonsacaron. Ambos suponían que había algo que se les escapaba, pero en el año que había transcurrido desde entonces, Joaquín no logró averiguar nada más.

El teléfono móvil vibró en la mesa de centro al ritmo de una estridente melodía. En varias ocasiones le había pedido a Adela que le cambiara esa música y le quitara la dichosa vibración que tanto le irritaba, pero ella no había tenido tiempo.

—¿Sí?

—Papá, soy Adela. ¿Te has tomado la pastilla azul de las cinco?

Joaquín recordó vagamente la multitud de medicinas que el médico le recetó después del infarto y que su hija le había ordenado por colores y horas del día. Todas las cajas permanecían precintadas en el cajón de su mesilla de noche. Aún no había tomado ninguna de esas pastillas.

—Sí —replicó Joaquín sin titubear.

—¿Cuándo hay que ir a por más?

—No te preocupes, hija, ya me encargo yo. El cerebro todavía lo tengo en forma.

—Eh..., bueno, vale.

Joaquín sabía que, en realidad, Adela se sentía aliviada de liberarse de otro recado por hacer.

—¿A qué hora llegarás hoy, hija?

—No sé, papá, estoy muy liada.

—Tu hijo te echa en falta. El otro día...

—Ya, ya..., pero no puedo hacer nada. Id al parque o cómprale algún juguete que le guste, que a la noche te lo pago.

—Que no es eso, niña, que...

—Papá, te tengo que dejar, que entra ya otro paciente.

—Venga, pues adiós —replicó Joaquín algo molesto.

—Oye, pero todo bien, ¿no? —insistió Adela.

—Sí, sí, hala, adiós.

—Hasta la noche.

En el tiempo que llevaba viviendo en casa de Adela, Joaquín enseguida entendió que a su hija le gustaban las respuestas concisas y positivas, que no le sumaran problemas a su ajetreo cotidiano. Probablemente él fuera la persona que mejor sabía del enorme esfuerzo que su hija invirtió para llegar a donde se encontraba y podía imaginar lo duro que debía de ser pensar siquiera en renunciar a ello. Pero su éxito la estaba conduciendo por una espiral de exigencia que iba en aumento, robándole cada vez más tiempo y alejándola de su familia. Miró el reloj. Ya no le daba tiempo a tomarse un café que le entonase. Tenía que salir inmediatamente o llegaría tarde a recoger a Mateo de su clase de dibujo. Pobre Mateo. «¿Le importará su hijo?», se preguntaba a veces Joaquín intentando averiguar los sentimientos de Adela. Así debía de ser, pero Joaquín no podía evitar dudarlo. ¿Y Pablo?, ¿acaso se había sentido solo, abandonado? Quizá, aunque eso no explicaba la penosa relación que había entre ellos.

Después de la separación, Pablo intentó acordar con Adela una custodia compartida de Mateo al cincuenta por ciento, pero ella no estaba dispuesta a ceder. El desacuerdo les empujó a verse en los tribunales. Adela contrató los servicios de un abogado con un excelente currículum machacando exmaridos y una tarifa desorbitada que ella pagó gustosamente. El juez determinó un régimen de visitas para Pablo que se reducía a fines de semana alternos, un mes de verano en vacaciones y la mitad de los días festivos, además de una paga de manutención nada despreciable. Como siempre, Joaquín y Cayetana no conocieron muchos detalles del litigio, pero a ninguno le cupo duda de que aquello parecía una especie de ajuste de cuentas entre Adela y Pablo. Y ella había ganado, como siempre.



Helia tomó el último bocado del *cannolo* que había pedido con su *frappé*. La tierna mezcla

de queso *ricotta* y pepitas de chocolate se fundió en su boca con un trago del intenso café helado. Menudo invento eran los *cannoli*.

Aquellos dulces sicilianos con forma de caña eran uno de los motivos que conducían a Helia al Confidente, pero la chica también se dejaba tentar por los *brownies* americanos, el dulce de leche argentino, los *coulant* franceses, con su exquisito corazón de chocolate fundido, o las sabrosas galletas polacas. No sabía si todas aquellas maravillas eran importadas o hechas en la propia cafetería. Muchas veces, Helia había ensayado las palabras para formular la pregunta, pero al final nunca se había atrevido a pronunciarlas, y menos aún ahora, con ese nuevo camarero, llegado unas pocas semanas atrás. Le imponía. Era uno de esos tipos simpaticotes y risueños que pronto se ganan la estima de todos los que le conocen. Miguel se llamaba.

Miguel conocía los nombres de los clientes, que en El Confidente solían ser siempre los mismos, y tenía una memoria prodigiosa para sus gustos y preferencias. Como El Confidente era un lugar pequeño y apartado, no solía estar masificado, de modo que él solía apañarse bien solo, dando servicio en la barra y en las mesas, y cuando andaba algo apurado, los propios clientes le ayudaban desplegando paciencia y amabilidad. Además, Miguel era muy gracioso, no porque contara chistes, sino por su manera de expresarse, y desbordaba la alegría y juventud propias de sus veintipocos años.

En varias ocasiones, Miguel había intentado ganarse la sonrisa de Helia, pero ella no había reaccionado como los demás clientes. Se asustaba ante su derroche de encanto y la incomodaban los piropos manoseados en los que Miguel se apoyaba para dar lustre a sus sugerencias. «¿Un *cannolo*, guapa?», «¿Qué estás leyendo ahora, corazón?», «No me mires así, reina, que me partes el alma». En el fondo, Helia debía reconocerse que se moría de ganas por entrar en aquel círculo de popularidad, ser otra amiga más de Miguel.

Helia alzó la vista hacia el reloj de pared, de estilo *vintage*. Le quedaba el tiempo justo para pagar y dirigirse al aula de informática del centro cultural donde daba clases de internet. Helia consiguió ese empleo de casualidad. Una tarde, merendando en El Confidente, oyó la conversación de un par de funcionarios que trabajaban en el centro cultural, muy próximo a la cafetería. Les faltaba un profesor joven para las nuevas clases de internet para gente mayor que estaban a punto de comenzar. Cuando Helia llegó a su casa, envió un correo electrónico al centro, pensando que la rechazarían, pero al día siguiente la llamaron. El empleo consistía en impartir unos conocimientos y habilidades básicas para que los mayores aprendieran a navegar en internet. Las clases serían de una hora, de lunes a jueves, durante el último trimestre del año. No se necesitaba gran experiencia ni títulos específicos, pero sí capacidad para hacerse entender y una paciencia infinita. Durante la entrevista, Helia argumentó que reunía esas características porque su sueño desde pequeña era convertirse en profesora. El seleccionador debió de creérselo porque finalmente Helia fue la elegida, si bien ella se convenció de que la llamaron por falta de candidatos.

Con el pequeño sueldo que ganaba, Helia se compraba libros antiguos y merendaba sus dulces favoritos en El Confidente. Pero, sobre todo, ahorra. En cuanto terminara sus estudios de Filología Española, se marcharía a Londres, una ciudad suficientemente grande y llena de gente como para pasar inadvertida y empezar una nueva vida.

Helia se aproximó a la barra y empezó a sacar monedas de su cartera.

—Déjalo, preciosa. Te invito —dijo Miguel con una gran sonrisa.

La sorpresa la dejó muda durante unos segundos y el silencio la obligó a soltar algo rápidamente, sin pensar:

—¿Por qué?

—Jo, tía, qué borde. ¿Por qué eres así?

«Imbécil...», pensó ella.

—Siempre tan seria y tan sola...

«¡Imbécil!».

—¿Se te ha comido la lengua el gato?

«¡Imbécil, imbécil, imbécil!».

—Me tengo que ir. Gracias por invitarme. Adiós.

Sin esperar una contestación, Helia se dio la vuelta y caminó rápida hacia la puerta. Al salir, la gitana de ojos esmeralda estaba cantando una melodía que le resultaba familiar. Se alejó andando, mientras cavilaba, rastreando en su memoria, y cuando ya casi no podía oírla por la distancia, lo recordó. La gitana estaba cantando uno de los poemas del *Cancionero* anónimo que Helia estaba leyendo:

*«Anda, amor, anda,
Anda, amor.
La que bien quiero,
Anda, amor,
De la mano me la llevo,
Anda, amor,
Y ¿por qué no me la beso?,
Anda, amor,
Porque soy mocho y necio,
Y anda, amor».*



Joaquín hizo parar al taxi frente al quiosco donde compraba el periódico cada tarde que iba a recoger a Mateo. Sabía conducir y podía hacerlo perfectamente, pero Adela se había empeñado en que no lo hiciera, por el riesgo de que le diera otro infarto en plena carretera. Joaquín sabía que Adela se preocupaba mucho por él, pero todas sus atenciones le recordaban el terremoto emocional que había sufrido en los últimos meses, y él solo quería superarlo, aunque fuera un poco. Supervisó el pantalón y la camisa, y con fastidio comprobó que el sudor había marcado algunas arrugas en su ropa. Chasqueó la lengua. Tendría que haber ido andando, a pesar de lo entumecido que le había dejado la siesta. Se ajustó el cinturón y avanzó hacia la acera. El quiosquero ya estaba tendiéndole el periódico.

—Buenas tardes, don Joaquín. ¿Cómo estamos?

—Buenas, Rafael. Pues aquí andamos, con mucho calor, a ver si viene pronto el otoño.

—Si usted tiene calor, figúrese yo, que estoy metido aquí dentro, en este horno de chapa —resopló el quiosquero—. Qué ganas tengo de retirarme. Se vive bien de jubilado, ¿verdad, don Joaquín?

—Sí, sí, muy bien...

Joaquín pagó y se despidió. Caminó cabizbajo hasta el centro cultural donde Mateo recibía sus clases de dibujo y se sentó en el banco donde solía esperar a su nieto. Cuando fue a abrir el periódico se dio cuenta de que tenía que haber pedido una bolsa; se había manchado los dedos de tinta. Con sumo cuidado sacó el pañuelo de tela que guardaba en el bolsillo del pantalón. Cayetana había bordado las iniciales de ambos en una esquina. Joaquín se quedó hipnotizado, mirando el pequeño pedazo de tela blanca y aquel bordado magistral.

Le despertó de sus recuerdos el vocerío infantil, que salió por la puerta en estampida. Mateo se acercó hasta su abuelo.

—¡Hola, abuelo! Mira qué he hecho hoy.

El pequeño le mostró una cartulina con un dibujo a carboncillo de un parque florido.

—Muy bonito, Mateo, dibujas muy bien.

Era cierto, Mateo tenía un verdadero talento para el dibujo. En cuanto su madre se percató de ello, enseguida lo llevó a esas clases, para potenciar la vena artística de su hijo. Le había comprado un equipo completo de utensilios para la tarea, además de manuales y libros de pintura. Por añadidura, de vez en cuando le ponía frente al televisor para que viera documentales de arte, con el fin de que el pequeño se inspirara con el espíritu creador de los grandes genios del pincel.

—Un momento, ¿y tu cartera? —preguntó Joaquín, echando en falta la mochila de Mateo.

—¡Ostras! Se me ha olvidado en clase.

—Venga, vamos a buscarla.

El centro cultural era un edificio grande y espacioso, con enormes ventanales que dejaban caer cascadas de luz. Sus cinco plantas alojaban diversas salas para la lectura, el estudio y eventos culturales, cafetería, biblioteca, hemeroteca y videoteca. Las aulas para cursos se repartían en la quinta planta. Cuando se abrieron las puertas del ascensor en la última planta, Mateo salió disparado. Aquel chaval era un torbellino de energía que a Joaquín muchas veces le costaba seguir. Al doblar una esquina, el abuelo ya lo había perdido de vista.

—¡Mateo! —gritó Joaquín en medio del pasillo, mirando a derecha e izquierda.

El hombre vio una puerta entreabierta. «Esa debe de ser la clase». Empujó y avanzó unos centímetros, pero enseguida se quedó parado. La sala estaba ocupada por gente de su edad, más o menos, cada uno frente a una pantalla de ordenador.

—¿Viene a clase? —le preguntó una chica joven, con gafas, que parecía ser la profesora.

—¿Eh? Oh, no, solo estaba buscando a mi nieto, creía que estaba aquí. Disculpe...

Al darse la vuelta, Joaquín tropezó con un rostro mágico. Era una señora de pelo larguísimo y muy rubio. Sus ojos azules chispeaban encima de unos pómulos veteados de pecas. A pesar de la avanzada edad que tendría, aquella mujer parecía una chiquilla.

Joaquín se quedó clavado en el sitio y siguió con la mirada a la señora rubísima, que con su gracioso andar hacía ondear su amplia y larga falda de mil colores.

—Tengo que cerrar —dijo la profesora invitando a Joaquín a salir.

Antes de que la puerta terminara de cerrarse, Joaquín tuvo una fracción de segundo para poder ver de nuevo aquella cara. Ella le estaba mirando con una sonrisa.



Raquel estaba distraída con la nuca de Iván. Tenía una pelusilla rubia que ella sabía que se le erizaba cuando se enfadaba, si se sentía tentado o le venía un escalofrío. Tiempo de sobra había tenido en los años de instituto para analizar aquella nuca, ahora un poco más ancha y algo menos tersa, pero igualmente seductora. Raquel se imaginaba acercándose a la nuca, para luego olerla a pequeños sorbos y finalmente clavar un mordisco tierno y remolón en la deliciosa carne.

Iván se giró hacia ella y le espetó:

—¿Y tú qué dices, Raquel? ¿Es posible hacer eso con vuestra aplicación informática?

Todos los reunidos en la sala se habían vuelto a esperar su respuesta. Y ella estaba fuera de juego. Torció la mirada para echar una rápida ojeada a las notas que había tomado su ayudante y replicó, muy resuelta:

—Bueno, yo creo que con todas las sugerencias que nos habéis hecho, nos habéis transmitido muy bien vuestras necesidades. Ahora nos toca ponerlas sobre el papel y realizar unas primeras pruebas, así tendremos más datos para que vosotros mismos podáis ver algo más tangible y seguir adaptando el proyecto, ¿no creéis?

Todos asintieron con gesto satisfecho. Iván dio la reunión por terminada y los asistentes fueron saliendo. Raquel se entretuvo recogiendo sus cosas hasta que solo quedaron ella, su ayudante e Iván.

—Llevamos ya tres o cuatro reuniones y aún no nos hemos tomado un café tranquilamente —dijo Iván sentándose de lado en la mesa, en una pose más fotográfica que de oficina.

—No, la verdad. Es que siempre vamos a tope...

—¿Tienes tiempo ahora?

—Eh..., sí, claro, cómo no... Mónica, puedes irte a casa. Por una vez, hoy terminamos pronto —le dijo Raquel a su ayudante.

Raquel e Iván bajaron juntos a una cafetería cercana, frecuentada por la élite económica y de negocios de la ciudad, y atendida por camareros con uniformes impecables y algo anticuados. Se sentaron en los taburetes forrados de piel de la barra. Raquel esperaba una charla breve e insustancial sobre el proyecto informático que tenían entre manos y el calor tan sofocante de aquel octubre tan atípico.

—Bueno, Raquelita, cuéntame. ¿Qué ha sido de ti durante todos estos años? Por cierto, estás muy bien. Tendrías que ver a algunas de nuestras antiguas compañeras de clase... ¡Menudas focas! —dijo Iván aflojándose el nudo de la corbata y desabrochándose el primer botón de la camisa.

Raquel notó que el rubor se le subía a las mejillas y rezó para que el sofoco no se notara bajo la capa de maquillaje. Esa era su oportunidad de acercarse a Iván, aunque solo fuera como amiga, y no la iba a echar a perder. Respiró hondo, con la tripa, como le habían enseñado en un curso antiestrés de su empresa, y se dispuso a exhibir su lado más divertido.

Durante casi dos horas, Raquel e Iván repasaron los años de instituto que habían compartido. Recordaron a aquel profesor de Matemáticas asqueroso que se comía los mocos que se le pegaban al bigote, arrastrándolos hasta la boca con los dedos colocados a modo de rastrillo. Se rieron mucho contando cómo el profesor de Educación Física aprovechaba los ejemplos de clase para tocar una nalga o un pecho a la pobre chica que le hubiera tocado hacer de modelo para el ejercicio de turno. De vez en cuando, Iván se arrimaba tanto a ella que sus rodillas se tocaban, en un roce que Raquel sentía trepar hasta el vientre.

Los antiguos compañeros también se acordaron de la profesora de Filosofía, una mala perra rabiosa de la que se contaba que el profesor de Lengua había dejado plantada en el altar, y qué decir de la de Historia, una muñequita *barbie* que se contoneaba por los pasillos para delicia de los alumnos varones.

Iván le quitó a Raquel una pestaña cerca de la sien, clavándole la mirada. «Dios mío, ¿estará ligando?», pensó Raquel, sacudida por una ola de sensaciones. Al retirar la mano, Iván vio la hora en su Rolex.

—¡Mierda, qué tarde! Me tengo que ir, había quedado con mi mujer.

«No, no estaba ligando...».

—¿Estás casado?

—Sí. ¿Y tú? ¿Te has casado, tienes novio...?

—No. —Raquel iba a soltar el discurso que tenía preparado para estas ocasiones: que su carrera era más importante, que no había encontrado a nadie capaz de seguir su ritmo y soportar su éxito, pero que era mejor estar sola que mal acompañada. Sin embargo, se calló, dudó que pudiera darle un tono creíble esta vez.

—¿En serio? Qué tontos son los hombres... Oye, tenemos que quedar otra vez, me lo he pasado muy bien. Te llamo, ¿vale? —dijo Iván colocando unos billetes en la barra.

—Cuando quieras.

Iván se acercó, la rodeó por la cintura con un brazo y le dio un beso sensual en la mejilla. Raquel se quedó en el taburete, observando cómo Iván se marchaba y aún dudando si su amor platónico de la adolescencia la estaba seduciendo o no.



Mateo había cenado mal, como de costumbre. Desde luego nunca había sido un niño con mucho apetito. Lo normal era tener que recurrir a promesas de premios o chantajes, y en ocasiones, no quedaba más remedio que blandir amenazas para conseguir que el niño se llevara algo de comida a la boca. El plato de arroz con merluza en salsa verde aún permanecía casi intacto en la mesa, pero Mateo ya se había levantado y se había sentado frente a la televisión, a

esperar a que su abuelo comenzara su habitual vaivén con la comida.

Sin embargo, esa noche Joaquín tenía ocupada su mente en otras estrategias. Estaba escogiendo las palabras y la manera de anunciarle a su hija que de lunes a jueves no podría recoger a Mateo de su clase de dibujo porque se había apuntado a un curso de internet para mayores. Adela le haría muchas preguntas para sonsacarle la verdad, pero lo peor era pensar que ella podía sentir que su padre la dejaba en la estacada. Adela había despedido a la canguro cuando Joaquín se mudó con ellos, porque él le prometió que se ocuparía del niño, que le vendría bien cuidar de su nieto. Pero, ahora, algo en su interior le empujaba hacia aquel rostro de ojos azulísimos y se sentía incapaz de deshacerse de ese impulso.

El corazón le dio un vuelco cuando oyó la llave girar en la cerradura.

—¡Mamá!

Mateo corrió hacia su madre y se colgó de su cuello.

—¿Pero qué haces todavía despierto a estas horas?

Ya habían pasado las diez y media de la noche y Joaquín no se había dado cuenta, absorto como estaba en sus pensamientos. La cara de enfado de Adela le puso más nervioso.

—No me he dado cuenta, hija, lo siento.

—¿Te encuentras bien?

Esa era la pregunta favorita de su hija en los últimos meses. En realidad, prácticamente solo hablaban de si se sentía bien, cuando en verdad Joaquín empezaba a encontrarse aburrido de la misma conversación.

—Sí, sí, es que se me ha ido el santo al cielo.

—¿Te enseño unos dibujos que estaba haciendo ahora?

—Sí, ahora lo miro... Papá, ¿puedes llevar al niño a la cama, a ver si ceno algo?

—Acompáñalo tú, hija, yo te dejo la cena preparada. —Joaquín se topó con el plato de comida que Mateo había despreciado—. Eh... ¿te apetece arroz con merluza en salsa verde?

—Bueno.



Raquel entró en un restaurante donde vendían *sushi* para llevar. Una sonriente dependienta de rasgos orientales tomó nota del pedido: *make* de *surimi* y aguacate, *nigiri* de atún y california *roll*. Mientras esperaba, Raquel corrió la vista por las mesas. Había muchas parejas. Algunas se comían con la mirada, otras mostraban el desgaste del tiempo, pero eran parejas al fin y al cabo. ¿Cuándo le llegaría su príncipe soñado? Raquel ansiaba la seguridad emocional de una pareja estable, una familia feliz, un refugio seguro, pero no había tenido suerte. Adela la había avisado en varias ocasiones de que no se trataba de suerte. «Eliges mal a los hombres. Intentas huir de tu pasado familiar, pero no puedes evitar reproducirlo una y otra vez, debido a una carencia emocional muy grande». En realidad, no hacía falta ser psicoanalista para hacer ese diagnóstico. Cada vez que Raquel cometía un nuevo error, se reprendía a sí misma y se recordaba la necesidad de reconocer las señales de cara al futuro. Sin embargo, indefectiblemente, volvía a

caer en su propia trampa.

El primer error importante fue precisamente a causa de Iván. Antes de terminar sus estudios de secundaria, le oyó decir que estudiaría Informática en la universidad pública. Raquel siempre se había imaginado como una famosísima neuróloga, pero la posibilidad de continuar cerca de Iván le hizo cambiar sus preferencias. Quizá, durante los años de facultad, pudieran acercarse más y después casarse y tener hijos.

El primer día de clase no lo vio, ni el segundo ni el tercero, ni en toda la semana ni en el primer mes. Cuando Raquel ya no aguantaba más la ansiedad, se armó de valor para llamar por teléfono a Martina, una antigua compañera que era amiga de Iván. Sabía que ella y todos los demás la despreciaban por pertenecer a una clase inferior, pero era más urgente averiguar qué había sido de su gran amor. Martina se mostró fría y distante, y daba respuestas demasiado cortas, pero finalmente Raquel logró arrancarle la información que buscaba: al padre de Iván lo habían trasladado al extranjero y se había llevado a su familia consigo.

Se acabó. Su futura historia de amor con Iván había terminado antes de empezar, con el problema añadido de que se había matriculado en una carrera que no le gustaba ni le motivaba. Además, debía sacar unas notas excelentes para mantener la beca que le permitía estudiar y, con suerte, poder cambiarse al año siguiente a Medicina. Qué estúpida. Había renunciado a su sueño de reparar cerebros a cambio de nada, absolutamente nada.

Las primeras semanas fueron una tortura, con aquel remolino de rabia retorciéndose en el estómago. Por suerte, su querida Adela le lanzó un salvavidas. «La informática es el futuro. Sin pretenderlo has elegido bien. Cada vez se necesitan más informáticos y aún hay muy pocos, así que encima vas a ganar una pasta y desde muy pronto, ya lo verás. No te cambies de carrera, sería una pérdida de tiempo. La informática es lo tuyo». Finalmente, Adela, con su clarividencia para los asuntos prácticos, no se había equivocado. Pero haber elegido una carrera solo por la perspectiva de perseguir una fantasía amorosa era definitivamente un enorme error, el primero de una lista de tropiezos inspirados siempre por la búsqueda voraz del amor.

La camarera de rasgos orientales regresó con un paquete elegantemente compuesto, de color rojo con letras doradas, y atado con un gran lazo de raso carmesí.

—Su pedido, señora.

Raquel pagó y salió. Desde la calle, y a través de los ventanales, podía ver a las parejas haciéndose arrumacos, sonriéndose, tocándose. Ya no tenía hambre. Tiró el paquete a la papelera y paró un taxi. Le habían entrado ganas de ver a Miguel.



El plato de arroz con merluza en salsa verde continuaba intacto en el plato. Aquel pedazo de pescado llevaba tanto tiempo servido que a Joaquín le parecía que hasta había envejecido. Hacía tiempo que Adela había salido del salón, arrastrada por su hijo. ¿Qué estarían haciendo? Joaquín no quería interrumpir el escaso tiempo que su hija podía ofrecerle a Mateo, pero era urgente que hablaran. Adela tenía que buscar inmediatamente a una canguro, pues en dos días él empezaba

sus clases de internet.

Se levantó de la silla y fue hasta la habitación de Mateo. Empujó ligeramente la puerta y vio a madre e hijo durmiendo en la cama. Adela tenía un cuento sobre su regazo y Mateo se había quedado acurrucado, hecho un ovillo, pegado a su madre.

Joaquín se acercó y apretó suavemente el brazo de su hija.

—Adela —susurró.

Adela dio un pequeño brinco.

—¿Eh? ¿Qué?

—Te has quedado dormida.

Adela se frotó la cara con fuerza, como si así pudiera limpiarse el sueño.

—Me voy a la cama, papá. Buenas noches.

—¿No vas a cenar?

—No, no tengo hambre.

Antes de que Joaquín pudiera decir algo más, Adela salió de la habitación. «De mañana no pasa. Se lo tengo que decir en el desayuno como sea».



En cuanto Raquel entró por la puerta de El Confidente de Melissa, lo vio. El local era pequeño, sí, y a esas horas tampoco quedaba mucha gente, pero de todos modos Miguel se hacía notar enseguida. Tenía ese magnetismo especial que hace brillar a las personas que han tenido la suerte de nacer así. A pesar de las pocas semanas que llevaba trabajando en la cafetería, al nuevo camarero ya le había dado tiempo a conocer a los clientes habituales y a intimar con algunos. Miguel estaba detrás de la barra, hablando animadamente con un par de chicas de su edad. ¿Estaría seduciéndolas? En ocasiones, Raquel se preguntaba si ella no sería la única amante de Miguel. Se sentó en uno de los mullidos sillones cerca de la ventana, frente a ellos y bien visible. Miguel no tardó en percatarse de su presencia. Se alejó de las chicas y fue hasta ella.

—¿Qué va a querer la señorita?

—¿Cuánto te queda?

—Hay que esperar a que terminen esas chicas y aquellos tres tipos del fondo. Ya he quitado la música, así que supongo que lo habrán pillado. Entonces, ¿qué?, ¿te tomas algo? Hoy han sobrado unas *samosas* de pollo que a Asier le han quedado súper buenas.

Al recordar las estupendas *samosas* que hacía el dueño del Confidente, el hambre rugió con fuerza en su estómago.

—Bueno, vale. Y un *ristretto* bien cargadito, que esta noche va a ser larga...

Miguel le trajo el café humeante y un plato con cuatro empanadillas en forma de triángulo. Estaban rellenas de verduras y pollo, y aderezadas con una mezcla de especias que le daban ese aroma tan característico de la cocina hindú. Ya no estaban crujientes, ni quedaba salsa para acompañar, pero el sabor era soberbio.

Raquel no sabía si las *samosas* de Asier le gustaban tanto por lo bien hechas que estaban o

porque cada bocado la transportaba a sus años del máster. Nada más salir de la facultad, su brillante expediente le abrió las puertas de una gran multinacional con la que firmó un contrato de formación, que incluía un máster con los gastos pagados en alguna de las escuelas con las que la compañía tenía acuerdos. Raquel eligió el destino más alejado, Nueva York, movida por el impulso de escapar de una traición bochornosa. Su último novio le había despedazado el corazón de una forma fría y cruel. Así que aquel máster, lejos de casa y de su vida entera, era una oportuna vía de escape para su socavón sentimental.

Raquel llegó al distrito de Queens con una maleta muy pesada y el alma llena de esperanzas. Le habían asignado un estudio de treinta metros cuadrados en la última planta de un edificio antiguo sin ascensor, con desconchones en las paredes y unas estrechas escaleras de madera en forma de caracol, que soltaban crujidos de terror a cada paso. Cuando Raquel abrió la puerta de su nueva casa suspiró aliviada. El estudio no tenía nada que ver con el oscuro ascenso que la había conducido hasta allí. Un gran chorro de luz entraba por una enorme ventana alargada que daba paso a un pequeño balcón muy soleado. Los muebles y la decoración eran sencillos, sin estridencias ni lujos, pero componían un conjunto armonioso y acogedor. Raquel se dejó caer en el sofá cama y con los ojos llenos de lágrimas aspiró grandes bocanadas de aire, conmovida por tanta paz y tanta belleza.

Varios días más tarde, cargando con la compra escaleras arriba, Raquel se topó de frente con un chico hindú. Tenía esos rasgos tan peculiares del Índico, con el pelo y los ojos azabache, la piel barnizada y un misterio especial en la forma de mirar. El chico enseguida se prestó a ayudarla. Tomó las bolsas y empezó a subir aquellas escaleras endemoniadas con una agilidad asombrosa, sin perder el resuello. Se llamaba Mishka.

Al día siguiente, Mishka le llevó una bandeja plateada con unas bolitas de color crema, con almendras en su interior. Eran *besan laddu*, unos dulces típicos de la India que su madre acababa de cocinar. Cuando Raquel bajó al segundo piso, a devolver la bandeja y agradecer la atención, se encontró con una familia maravillosa. La madre de Mishka se llamaba Sundari. Iba vestida con el atuendo típico de las mujeres hindúes y siempre lucía colores vivos y ricos estampados que resaltaban el lustre de su piel. Mishka también tenía una hermana menor, Uma, igual de hospitalaria y simpática que su madre, que hacía de traductora cuando el escaso inglés de Sundari y la comunicación gestual no daban más de sí.

Los padres de Mishka habían emigrado desde la India con sus pequeños hijos, que por entonces contaban nueve y tres años. El padre tenía un pariente en Nueva York que le había hablado maravillas de aquella tierra de oportunidades y le ayudó a establecerse en el país. En los doce años que habían transcurrido desde entonces, el padre de Mishka y Uma no se había hecho rico, pero ganaba lo suficiente como para mantener a su familia, a costa de largos y extenuantes horarios de trabajo.

Los dos hijos ayudaban a su padre en el negocio familiar, una especie de supermercado en miniatura, situado cerca de casa. Mishka prestaba su fuerza y juventud en el almacén y ayudaba a los clientes a llevarles las compras hasta su domicilio, mientras que Uma trabajaba como dependienta, atendiendo al público, que en su mayoría pertenecía a la comunidad hindú de la ciudad.

Las visitas de Raquel al apartamento indio de la segunda planta se hicieron cada vez más frecuentes, al principio con excusas vanas y después por el simple placer de visitar, lo que Sundari y Uma celebraban con grandes aspavientos. Raquel pronto adivinó los horarios de Mishka y se las arreglaba para coincidir con él. Observaba sus fuertes brazos, sus manos grandes, el brillo de su pelo. Y se turbaba como una adolescente cuando se topaba con su mirada penetrante y callada.

Una tarde, Raquel encontró a Sundari hojeando unos anuncios por palabras de un periódico local. Parecía la sección de contactos. Sundari la invitó a acercarse a la mesa y, mientras iba a la cocina a hacer té verde, Raquel se dio cuenta de que eran anuncios para arreglar matrimonios entre los hindúes. Rodeados por un círculo rojo, había algunos candidatos varones. Estaban buscando un marido a Uma.

—Es lo normal —dijo Uma a su espalda.

—¡Ah! No sabía que estabas aquí...

Uma se sentó a su lado y dobló el periódico.

—Estoy ayudando a mis padres a traducir los anuncios para que puedan buscarme a un buen esposo.

—Bueno, pero algo tendrás que decir tú, ¿no?

—No.

—¿Y el amor? Primero os conoceréis para saber si estáis enamorados o si, al menos, os gustáis.

—Eso solo pasa en las pelis.

Raquel no salía de su asombro. Uma parecía la más occidentalizada de aquella familia de inmigrantes. Hablaba inglés con el acento y fluidez de un nativo, vestía como cualquier otra chica de su edad, estudiaba y se divertía con sus amigas. Sin embargo, no mostraba el menor indicio de rebeldía ante una imposición matrimonial.

—Siempre ha sido así. Nuestros padres arreglan nuestros matrimonios y así nos va bien. Estoy segura de que ellos me encontrarán al mejor marido posible.

—Ah... —Raquel meditó unos instantes cómo preguntar una curiosidad que le reptaba por la garganta—. ¿Y a tu hermano también le están buscando mujer?

—Mishka ya la tiene. Se casan el próximo verano.

Raquel sintió un mazazo en la boca del estómago. El chico fuerte y de mirada misteriosa estaba prometido.

Uma le trajo una fotografía de la novia. A diferencia de la familia que Raquel conocía, la joven de la imagen era poco agraciada. Su cara, oscura y sin brillo, con aquella prominente nariz y esos ojos diminutos y tan juntos, le recordaba a la de un cuervo.

—No es muy guapa, pero tiene mucho dinero. Su padre tiene grandes cultivos de té en la India y quiere exportar su producción a Nueva York. Estamos muy contentos con el arreglo, porque con este matrimonio ascendemos a una casta superior. Eso sí, todos esperamos que los hijos que tengan se parezcan más a Mishka... —Uma soltó una risilla infantil.

Raquel tardó varios días en regresar a la segunda planta. Se dio cuenta de que quizá Mishka le gustaba más de la cuenta y no le apetecía volver a sufrir tan pronto. Había llegado a Nueva

York escapando de unas heridas y no quería hacer el viaje de vuelta a casa con otra cicatriz.

Una noche, mientras Raquel tomaba una taza de té y se deleitaba con el recuerdo de Mishka, sonó el timbre. Se sobresaltó. Tenía que ser él, intuía su presencia varonil, casi podía sentir su aroma. Con un temblor incontrolable en las manos, abrió la puerta. Sí, era él. Con una sonrisa amplia le entregó un plato con unas empanadillas en forma de triángulo.

—*Samosas*. Muy buenas —dijo él clavándole la mirada.

Raquel le invitó a pasar. Él cerró la puerta pero no avanzó. Se quedó quieto y callado, observándola.

—Sabes que me caso.

—Sí, Uma me lo contó.

Sin desviar la mirada, Mishka se acercó, sin prisa ni titubeos. Rodeó a Raquel por la cintura y la besó. Fue un beso cálido e intenso, cuerpo con cuerpo, con sabor a especias y olor a té, que secuestró los sentidos de Raquel para conducirla por un remolino de sensaciones que nunca antes había experimentado. Raquel se sentía como un pedazo de algodón tierno e impoluto, envuelto en la capa morena y suave de la piel de Mishka. El chico indio de la segunda planta tenía el ímpetu de la juventud recién estrenada y se entregaba con fogosidad al delirio del amor.

Cada noche, Raquel aguardaba ansiosa a oír los crujidos de la escalera, que anunciaban la visita secreta de Mishka. Cada noche, Raquel y Mishka desenrollaban una pasión contenida y con fecha de caducidad. El paso del tiempo y el matrimonio prometido no hacían más que atizar el frenesí, y los amantes se bebían y aspiraban, como si pudieran robarse el alma. Hablaban poco y siempre después del amor. Mishka le narraba simpáticas anécdotas de su infancia en la India, le retrataba paisajes y costumbres. Le reveló que su nombre significaba «regalo de amor».

Una noche Mishka no subió. Raquel se quedó dormida esperándole, con la ventana abierta, para airear el calor del final de la primavera. Su amante tampoco acudió a la noche siguiente ni la siguiente. Una tarde, poco antes de la cena, cuando ya no podía aguantar más la inquietud, Raquel llamó a su apartamento. Tenía que verle, intentar averiguar en su mirada qué había ocurrido. Nadie respondió, pero Raquel notó unos pasos sigilosos al otro lado de la puerta y el sonido de la mirilla al descorrerse.

—¿Sundari? ¿Uma?

Raquel aporreó la puerta con fuerza, pero no dio resultado. Lo intentó de nuevo en los días siguientes, sin que sirviera de nada.

Una calurosa mañana de un sábado, Raquel se acercó hasta la tienda de la familia. Se apostó en un lugar medio escondido y esperó. Mishka no tardó en aparecer. Estaba colocando un colorido surtido de frutas y verduras en unos cajones a la puerta del local. Raquel chistaba, gesticulaba, pero Mishka seguía concentrado en su labor. Entonces, sus ojos se encontraron con los de Uma a través del escaparate. Era una mirada llena de reproche. Uma salió de la tienda y fue hasta ella.

—Vete y déjale en paz.

Raquel no podía creer que Uma le hablara con tanta dureza.

—Sabemos lo que ha ocurrido. Mi padre pilló a Mishka saliendo de casa y entrando en la tuya. Le dio una paliza, ¿sabes? Ahora lo tiene controlado. ¿Cómo has podido traicionarnos de

este modo? Nosotros siempre te hemos tratado muy bien.

—¿Pero qué traición? Yo... ¡lo quiero! ¡Y él a mí!

—El matrimonio es sagrado y Mishka ha hecho una promesa que no puede romper. No les puede fallar a nuestros padres. Ellos le han buscado una mujer rica, y eso va a permitir que todos tengamos una vida mejor. Eso significa mucho para nosotros. ¿Eres tan egoísta que no lo ves?

Raquel no sabía qué responder.

—Y no llames más a nuestra puerta, por favor, ya no eres bien recibida. Además..., Mishka tampoco vive ya con nosotros. Mi padre lo ha llevado a casa de un pariente y allí permanecerá hasta que se case.

En las semanas que siguieron, Raquel notó el peso de la nostalgia en su estudio. Los recuerdos estaban impregnados en los quejidos de las escaleras, las sábanas del sofá cama y el aroma a especias que a veces subía a hurtadillas desde la segunda planta. Durante horas se recreaba en los últimos besos, las últimas caricias. Ojalá hubiera sabido que eran las últimas. Sentía pena y rabia, mucha rabia. Les habían arrebatado la oportunidad de despedirse.

Cuando faltaban pocos días para el final del máster, Raquel empezó a ordenar y empaquetar sus pertenencias. En medio de la faena, alguien llamó al timbre. Era Uma. El rencor seguía ensombreciendo su rostro.

—Te traigo un mensaje de Mishka.

Raquel la hizo pasar y la invitó a sentarse, pero Uma permaneció de pie.

—Mishka se va a escapar esta madrugada. Tiene un amigo que trabaja en un transatlántico de mercancías y que puede colaros a los dos. Debes estar en el puerto a las cinco de la mañana. Mishka te estará esperando en un quiosco de prensa que hay frente a la puerta. Estas son las señas y el plano, y el teléfono de su amigo por si tienes problemas. Se llama George. —Uma le entregó un papel doblado.

—Pero ¿a dónde vamos?

—No sé. El barco hace varias paradas. Podéis bajaros donde queráis.

—¿Y de qué vamos a vivir?

—Mishka tiene algunos ahorros y algún trabajo conseguiréis, supongo. Sois jóvenes, guapos e idealistas. Él está convencido de que saldréis adelante.

Raquel estaba estupefacta.

—¿Pero tú no estabas en contra de nosotros?

—Sigo sin aprobar vuestra aventura y todo este plan me parece de locos, pero no estoy en contra de nadie, mucho menos de mi hermano. Él haría lo que fuera por ti, ¿entiendes?... Con esta huida él renuncia a su familia, así que hazle feliz. Prométemelo.

—Sí, claro... —dijo Raquel en un susurro.

—Suerte... y adiós —dijo Uma con lágrimas en los ojos y, con la voz quebrada, añadió—: Te lo suplico. Por favor, hazle muy feliz.

Raquel terminó de empaquetarlo todo. Qué locura. En pocas horas estaría navegando por el Atlántico sin rumbo, pero con su gran amor, su moreno de brazos fuertes y mirada arrolladora.

Cuando terminó, se dejó caer rendida en la cama. ¿Qué sabía ella de Mishka? Mishka era un joven guapísimo con un nombre que significaba «regalo de amor», que echaba de menos sus

años de niñez en la India, que trabajaba cargando cajas y bolsas, y que por amor a ella iba a faltar a la promesa de un matrimonio arreglado con una chica rica a la que conocía por una foto. Pero ¿cuáles eran sus aspiraciones? ¿Era ambicioso o se conformaría con una vida sencilla y anodina? ¿Estaría de acuerdo con que Raquel se desarrollara profesionalmente? ¿Y qué pasaría con el máster que prácticamente había completado? Seguramente lo perdería y quizá su empresa le podía reclamar el coste al darse de baja... ¿Y si él se empeñaba en volver a la India? ¿Encajaría ella en un mundo tan diferente?

Raquel se incorporó con un escalofrío. De pronto, sentía que la presencia de Mishka se evaporaba en aquel ambiente que tan cargado de él había estado en los últimos meses. Raquel no se atrevía a hacerse la pregunta que ya merodeaba en su mente. ¿Todo esto merece la pena?

Las horas volaban y Raquel tenía que tomar una decisión. Se había vestido, las maletas estaban en la puerta y en la mano tenía el papel que le había dado Uma. Había empezado la cuenta atrás. En un impulso, Raquel se levantó para despedirse del estudio. Definitivamente había sido enormemente feliz en aquel pequeño espacio. Era bonito, íntimo y tranquilo. Qué diferencia con el piso alquilado de su madre. Repasó sus peores recuerdos y aquello le dio náuseas. «Son los nervios», pensó. Sin embargo, la sombra de aquellos años empezó a expandirse sin que ella pudiera evitarlo y pronto inundó su estudio. Se imaginó viviendo la misma precariedad con Mishka y le entró pánico. Arrugó el papel entre sus manos y lo quemó con el encendedor de la cocina. No. Cuando abandonó la casa de su madre se juró que no daría ni un solo paso atrás.

Se derrumbó en el suelo y allí estuvo llorando hasta que la luz azulada del amanecer empezó a deslizarse a través del balcón. Se sentía profundamente culpable de haber arrastrado a Mishka a un destino imprevisto y de sembrar la semilla de la discordia en una familia maravillosa.

Ese sentimiento le produjo un amargor en la boca del que solo se libró meses después de regresar de su aventura neoyorquina. De vez en cuando le sobrevenía ese regusto áspero, cuando el aroma a *curry* le despertaba los sentidos y le hacía revivir aquel final desgraciado. Y el paso del tiempo había sumado a ese recuerdo una duda. «¿Debí haberme marchado con Mishka?».



Recostada en la cama, Helia leía con atención un facsímile del *Poema de Mío Cid* y tomaba notas en un cuaderno aparte. Adoraba la literatura medieval. Durante largo tiempo pensó en realizar una tesis relacionada con esa especialidad, pero el plan ya estaba descartado. Nada más terminar la carrera, se escaparía al extranjero. Le gustaba mucho Londres, pero tampoco quería descartar otras opciones. Como sabía francés, también podría poner en la balanza alguna ciudad de Francia o Bélgica. Abrió el cajón de su mesilla y sacó una carpeta con información que había ido recogiendo de varios destinos. Tenía datos sobre alquileres, coste de la vida, posibilidades de trabajo. Le apasionaban los estudios filológicos, pero se sentía perfectamente capaz de trabajar sirviendo comidas o haciendo camas en un hotel, a cambio de estar lejos de casa. Ansiaba construirse su propia vida, no la que sus padres le imponían ni la que sus amigos le aconsejaban.

La cerradura de la puerta principal sonó. Era su padre, que llegaba pasadas las doce de la noche, como casi siempre. Casi nunca coincidían y aquella falta de roce había terminado por pudrir una relación que, de todos modos, Helia no recordaba que hubiera sido especialmente cercana alguna vez. Aunque no podía estar segura, Helia imaginaba que su padre habría preferido un hijo varón, que estudiara una carrera de ciencias, «con futuro», como decía él. Helia suponía que su padre deseaba que ella fuera más sociable, guapa, popular. Y el choque con la realidad debía de provocarle una enorme decepción que desahogaba alejándose cada vez más de su hija y lanzando comentarios suspicaces sobre ella, aunque dirigidos a un auditorio invisible. En muchas ocasiones Helia se preguntaba si quería a su padre. Pero no sabía qué responderse.

Por su madre sentía lástima. Era una mujer servicial y amable que se desvivía por una familia que se había quedado rancia hacía mucho tiempo. Pasaba largas horas metida en casa, sin nada que hacer excepto ver la televisión, limpiar y cocinar. No salía con su marido y lo veía casi tan poco como su hija. Hablaban lo justo. Helia sabía que cuando ella se fuera de casa, sus padres se divorciarían. Por un lado se alegraba de que su madre se librara de aquel marido desagradecido que no la quería y confiaba en que la separación alentara en ella un cambio radical y positivo; pero por otro lado, se sentía culpable de abocarla quizá a una vida más triste y tediosa.

Helia apagó la luz de la mesilla antes de que los pasos de su padre alcanzaran el pasillo. A veces, los resquicios de luz que se asomaban desde su cuarto despertaban en él críticas y maldiciones. Oyó cómo su padre entraba en el dormitorio matrimonial, se desvestía sin pretender amortiguar el ruido y se acostaba sin decir una palabra. Hacía tiempo que su padre ya no inventaba excusas de exceso de trabajo, reuniones con posibles clientes o cenas de empresa. Se dio cuenta de que su mujer aceptaría sumisa sus idas y venidas, y su relación con Helia ya no podía empeorar. «¿Cómo será ella?», se preguntaba Helia a veces, tratando de imaginarse a la amante que él seguramente tenía. En alguna ocasión pensó en espiarle, intentar averiguar algo de su doble vida, pero pronto abandonó sus pesquisas. Francamente, no le importaba nada.

MARTES

Aún no había amanecido y Adela llevaba un buen rato con el portátil abierto en su regazo. Se había despertado a las seis de la mañana para leer y responder la pila de correo electrónico pendiente, y comprobar que estuvieran en orden los documentos de su consulta privada, sus investigaciones y ponencias. Desde que echó a Pablo de casa y de su vida no había confiado en nadie más para ocuparse de esas gestiones. Su secretaria la ayudaba con ciertas tareas, pero siempre las supervisaba y nunca dejaba en sus manos todo el trabajo. La contrapartida era que cada vez tenía menos tiempo y eso la enfurecía.

La alarma del móvil sonó para avisarla de que tenía que meterse en la ducha. El cansancio del día anterior la había conducido hasta la cama directamente, obviando el aseo diario. Odiaba las duchas mañaneras. El sueño la hacía torpe y más lenta de lo que se podía permitir, y además el fresco de aquellas horas tan tempranas la destemplaba.

Con un suspiro tomó impulso para salir de la cama y se dirigió al baño de su dormitorio. En cuanto vio el desodorante a la vista, en la repisa de mármol, cambió de idea. Se lavaría las axilas y se cambiaría de ropa interior. Total, por un día tampoco pasaba nada y por suerte no tenía el pelo sucio. Además, así ganaría algo de tiempo. Se miró al espejo. La noche anterior tampoco se había quitado el maquillaje y como resultado ahora lucía unas siniestras sombras de máscara de pestañas alrededor de los ojos. Tomó nota mental para la próxima fiesta de disfraces de Mateo: frotar restos de rímel en la cara para parecer un zombi.

Con el cutis limpio e hidratado con crema, Adela se vio algo mejor. Sin embargo, se daba cuenta de que la ira y el estrés habían dejado unas huellas terribles en su rostro. Las armoniosas facciones que había heredado de su madre se habían endurecido. La boca parecía más pequeña a fuerza de tenerla casi siempre encogida, en un gesto constante de cólera contenida, y el ceño se había quedado fruncido por una profunda arruga de rabia. Los grandes ojos se hundían por encima de unas ojeras oscuras y profundas.

Máscara de pestañas y unos brochazos rápidos de colorete, para dar rubor a una piel cetrina y apagada, fueron todo el maquillaje que Adela escogió para una nueva jornada encerrada en su consulta.

Cuando terminó de arreglarse faltaban pocos minutos para las ocho, la hora a la que se despertaba Mateo para ir al colegio. Normalmente desayunaban juntos, era el único momento del día que podía dedicarle con relativa tranquilidad. Pero anoche ya le había leído un cuento y había cedido cuando el niño le pidió que se quedara a su lado hasta que se durmiera. Eso compensaba

el desayuno, así que enfiló por el pasillo con paso rápido y salió disparada por la puerta sin echarle un vistazo al pequeño. No quería enternecerse y caer en la tentación de quedarse. Aún tenía muchos mensajes que revisar.



El pitido del despertador arrastró a Raquel de un profundo sueño a una realidad que le costó ubicar. Sentía su cuerpo muy pesado y la cabeza le dolía. Era muy consciente de que no le sentaba bien trasnochar cuando tenía que madrugar al día siguiente, pero de vez en cuando no podía evitar quedarse atrapada en el envoltorio de la noche, con sus luces de neón, la música envolvente y el flirteo con algún tipo de buen ver o, al menos, que la hiciera reír.

Se dio la vuelta. Ahí estaba Miguel, durmiendo con la boca abierta y esa expresión de plácida despreocupación tan propia de los chicos de su edad. Raquel creía recordar que Miguel le había contado que tenía veintitrés años y que siempre había trabajado detrás de la barra de un bar. Decía que le gustaba hablar con la gente —especialmente con las mujeres, pensaba Raquel— y que algún día volvería a trabajar en la noche, en una discoteca. Había decidido probar en la cafetería de Asier porque le conocía, le parecía un buen jefe y le pagaba bien. Pero el horario de diez de la mañana a doce de la noche era mucho más cansado, aunque tuviera descansos durante la jornada, y desde luego el ambiente le resultaba bastante menos divertido que el de una discoteca.

Miguel no era especialmente guapo. Raquel observó una vez más sus rasgos, con detenimiento, pero no encontró nada que encajara con su perfil ideal. Tampoco es que fuera feo; simplemente era un tipo corriente. Pero se moría de risa con él. Miguel tenía conversación para todo, parecía haber vivido siete vidas y siempre tenía una amplia sonrisa que regalar. «¿Tú nunca te enfadas?», le preguntó Raquel en una ocasión. «Sí, claro que sí...». Y a continuación, se echó a reír.

Raquel le dio un manotazo desmayado.

—Eh... Ve vistiéndote. Me tengo que ir a trabajar.

—Ummm...

Miguel se arrebujó bajo la colcha púrpura y se hizo un ovillo. Raquel fue al baño a ducharse y arreglarse. Esperaba que en ese lapso de tiempo, Miguel tuviera la decencia de levantarse y vestirse, y que ella no se viera en la desagradable circunstancia de repetirle que saliera de su cama.

Cuando salió, no le vio. Solo quedaban los restos de una noche con compañía masculina. Raquel empezó a buscar entre su extensa colección de *stiletos* un par que combinara con su traje negro de Armani.

—¿Te apetece un zumito, reina?

El camarero del Confidente traía una bandeja con dos vasos de zumo recién exprimido, un par de cafés aguados y unas tostadas.

—Tu despensa es una calamidad, chica. No sé cómo puedes tomarte este café soluble

asquerosillo. Y tampoco tienes bollos ni nada que ponerle a las tostadas...

—Pues comes lo que te apetezca cuando salgas a la calle.

—¡Jo! Pero qué bordes sois las tías... Eso es culpa del feminismo. Si no fuera por esa demagogia feministilla, serías tú quien me hiciera el desayuno y además te quedarías calladita y sonriendo a tu macho.

—Si no fuera por el feminismo, no podrías tirarte a todas tus clientas, rico.

Miguel soltó una carcajada sonora y franca.

—¡Me hago feminista! ¿Dónde me hago el carné de socio? —repuso levantando el brazo.

A Raquel se le escapó una risa resignada. Cogió unos zapatos cerrados de Jimmy Choo con estampado de cebra, punta estrecha y tacón altísimo.

—¡Hala, chica! ¿Pero a dónde vas con eso? Como te caigas de ahí, te abres la cabeza.

—Estoy acostumbrada. En realidad, así voy muy cómoda.

Raquel se vio en el espejo de cuerpo entero y sonrió satisfecha. Era consciente de que no era una de esas mujeres guapas de verdad, pero sí bastante atractiva, y la ropa, el maquillaje y los complementos le ayudaban a transmitir ese magnetismo. A Raquel le gustaba ir siempre impecable, perfecta.

—Vámonos.

Miguel bebió a toda prisa lo que quedaba del segundo zumo, dejó los cafés intactos y se apresuró a recoger las tostadas que quedaban.

—¿No te importa? —le preguntó en la puerta de salida, cargado con las tostadas y una expresión de perrillo abandonado—. Es que anoche me sorbiste toda mi energía y tengo que reponer combustible...

—Venga, tira... —repuso Raquel moviendo la cabeza hacia fuera.

«Menudo calavera», pensó.



Adela estaba enfrascada en la lectura de correos atrasados. Era un privilegio vivir tan cerca de la consulta, porque así minimizaba al máximo la pérdida de tiempo. Cuando se lanzó a la búsqueda de una nueva casa tras la separación de Pablo, el primer requisito que le exigió a su agente inmobiliario fue que la vivienda se hallara a una distancia máxima de quince minutos andando respecto de su oficina. «Te va a salir muy caro el piso. Esta zona está por las nubes», le advirtió el agente. «Lo sé, pero me compensa», respondió ella.

Sonó su móvil. Era el teléfono de casa. ¡Mierda! Con las prisas se le había olvidado dejarle una nota a su padre avisándole de que había tenido que marcharse antes de lo habitual.

—Sí, papá. Oye, lo siento, es que me he tenido que venir a la oficina. Tengo mucho trabajo pendiente antes de que empiecen a venir los pacientes. Dime...

Joaquín se quedó en silencio un instante. No sabía cómo responder al discurso atropellado de Adela.

—Bueno, hija, es que... No sé si te acuerdas de que anoche te dije que tenía que hablar

contigo.

—¿Eh...? Sí... —Adela hizo un esfuerzo por repasar la noche anterior, pero no recordaba ninguna conversación pendiente con su padre—. ¿Puedes esperar a esta noche?

—No, Adela, de verdad que no. Escucha, tienes que contratar a una canguro urgentemente, porque esta tarde empiezo unas clases de internet, a las seis, en el centro cultural, y no puedo ocuparme de Mateo.

—¿Cómo? ¿Tú...? ¿Internet?

Adela hizo un esfuerzo por imaginar a su anticuado padre delante de uno de esos «trastos», como él llamaba a los ordenadores.

—Bueno, es que siempre me estás diciendo que salga, que tengo que relacionarme con la gente, que haga cosas para distraerme...

—Sí, sí, si eso está genial, papá, pero ¿tiene que ser ese curso? ¿Y a esa hora? ¿Y hoy?

—Es que no hay otra opción, Adela. Ellos ya han empezado hace días, no puedo perder más clases.

—Bueno, pero si miramos en otro sitio, quizá haya otros cursos y mejores. Es más, yo te puedo pagar a un estudiante que vaya a casa y te enseñe.

—No, Adela. Quiero ir a ese curso. Por favor..., sé que te hago una faena, pero...

—Vale, vale, está bien. Buscaré a alguien que cuide del niño. Te dejo, papá. Chao.

—Hasta luego, hija.

Adela estaba enfadada. No le gustaba reconocerlo, pero sí, qué narices, estaba tremendamente enfadada con su padre. Y a la vez le parecía ruin molestarle con el hombre que le dio la vida, que la cuidó y la quiso, y que tanto había sufrido con la desgracia de su familia. Era mezquino irritarse con un hombre que atendía a su Mateo mejor que nadie. Pero estaba a punto de explotar de rabia. Ahora no tenía más remedio que posponer su trabajo para ponerse a buscar a una maldita canguro. Decidió probar con Elena, la chica que se ocupaba de Mateo antes de que su padre se mudara con ellos. Nunca le gustó demasiado: no paraba de hablar por teléfono, ver la televisión y acabar con sus existencias de helado Häagen-Dazs, pero al menos la conocía y era la forma más rápida de zanjar el problema.



Joaquín se vio reflejado en el espejo negro de su café matinal y lo que vio no le gustó. Se sentía avergonzado. Iba a abandonar a su nieto por estar cerca de una mujer a la que solo había visto una vez y a la que probablemente tampoco conocería nunca. Estaba sorprendido. A sus sesenta y seis años, aún le sacudía el primitivo instinto del deseo. Y en medio de esa conmoción, pensaba en Cayetana y le sobrevenía la culpa. ¿Ya la había olvidado? ¿Tan pronto? Un temblor incómodo le recorrió la espalda. Quizá debería olvidar todo aquello del curso y la tonta fantasía de un amor maduro. Pero a la vez, no podía obviar esa culebrilla que se agitaba en su estómago desde la tarde anterior. Hacía mucho tiempo que no se sentía tan vivo.

Mateo se acercó somnoliento, con gesto apesadumbrado.

—¿Y mamá?

—Se acaba de ir hace un ratito, por poco no la pillas. Me ha dicho que te echa mucho de menos y te manda muchos besos.

Mateo miró a su abuelo fijamente. La duda brillaba en sus ojos.

—¿De verdad?

—¡Pues claro! No seas tonto. Venga, vístete, que ya casi está el desayuno, y vamos a llegar tarde al colegio.

«Pobrecillo», se dijo Joaquín. Sentía lástima por aquel pequeño, una víctima del egoísmo de su madre y ahora de su abuelo, que también lo abandonaba.



Helia dio un brinco en la cama y miró el despertador. «Mierda, me he dormido». Cuando fue a salir de la cama, el enorme peso del cansancio la detuvo. Las piernas estaban adormecidas y casi no podía abrir los ojos. Ese cuerpo no era el suyo. Con paso torpe y dando tumbos, se dirigió al baño. Se sentó en la taza del váter y apoyó la cara en las manos. «¡Au!». Un dolor punzante le atravesó la punta de la nariz. Se la tocó de nuevo y sintió como un escalofrío afilado que le atravesaba el cerebro. «Joder, un grano». Cuando se levantó, fue a mirárselo en el espejo. Era uno de esos granos internos, muy dolorosos al roce, y le había dejado una mancha rojiza. La insolente nariz resaltaba ahora mucho más con aquella punta rosada. «Estupendo».

Unos pasos se acercaron por el pasillo, seguros y autoritarios. Antes de llegar al baño dieron la vuelta, acompañados de un refunfuño ininteligible. Helia comenzó a asearse a toda prisa. La ira, los nervios y algo de temor se mezclaron con el jabón en sus manos.

—Heli, ve saliendo, que tu padre tiene prisa... —suplicó su madre suavemente al otro lado de la puerta.

—Sí, ya voy —replicó Helia enfadada.

Helia hubiera preferido gritarle a su padre que se esperara y no estuviera todo el santo día hablando por lo bajo, como un maldito viejo amargado. Hubiera querido chillarle a su madre que no estuviera siempre cuidando los intereses de un marido ausente, desagradecido y seguramente infiel, que no fuera tan servil como para tener que ir andando de mensajera con su propia hija. Pero, como siempre, no dijo nada. El silencio, la frustración y el miedo se acomodaron un día más en aquel piso que rebosaba reticencias.



«URGENTE. Necesito una canguro por las tardes y desde mañana. ¿Tu hermana podría? ¿O conoce a alguien de la guardería que pueda?». El mensaje de Adela le llegó al móvil por WhatsApp y espabiló a Raquel de la resaca matutina que había viajado con ella hasta la oficina. «¿Le ha pasado algo a tu padre?», respondió.

«Mi hermana...», pensó Raquel mientras daba un sorbo al *mokaccino* que había sacado de la

máquina expendedora de cafés. No sabía poner nombre a los sentimientos que le inspiraba Silvia. Complicidad, cariño, pena, rencor. Últimamente quizá también envidia.

Adela contestó rápido. «Se ha apuntado a clases de internet y empieza mañana. Elena, la canguro que tenía antes, tampoco puede. Pregunta a tu hermana, *porfa*».

¿Joaquín manejando internet? Raquel intentó imaginarse a aquel hombre de aspecto impecable y ademanes algo anticuados lidiando con las nuevas tecnologías. Pero la imagen pronto se desvaneció. «Mi hermana trabaja por las tardes y sus compañeras también», respondió. Era mentira, pero Raquel aún no le había contado a Adela nada de lo que había descubierto de Silvia hacía poco.

Raquel y Silvia eran hermanas de madre y un padre al que apenas recordaban. Antes que ellas, nacieron otras dos hermanas, Ana y Sandra, que su madre tuvo con su primer y único marido. Cuando el padre de Ana y Sandra se dio cuenta de la sordidez en que su madre las había sumido, después de varias mudanzas de piso y padrastros, y un ambiente familiar áspero e insano, el hombre cogió a sus hijas y se las llevó con él. La madre no las reclamó, casi no protestó. Apenas volvió a preguntar por ellas. Raquel supuso que las exigencias familiares y los fracasos sentimentales de aquella mujer joven y sin carrera habían encallecido el normal apego de una madre.

A pesar de ser hermanas, Raquel y Silvia eran muy diferentes, casi opuestas. En la rifa genética, a Raquel le tocaron la perseverancia, la ambición, la inteligencia, la simpatía; a Silvia, la timidez, la pereza, la fragilidad, la inercia y una belleza perturbadora. Siendo pequeñas, Raquel sentía un fuerte instinto de protección hacia su hermana menor, a la que sacaba tres años. Estaba pendiente de ella en todo momento, en casa y en el colegio. La protegía de las riñas y la ayudaba a hacer las tareas escolares. Se la llevaba consigo cuando bajaban al parque, le curaba las heridas cuando se caía y le daba de comer cuando su madre estaba trabajando. Si Silvia tenía una pesadilla, Raquel la acariciaba y la consolaba.

La primera separación se produjo inevitablemente cuando Raquel entró en el instituto de las élites. La noche anterior al primer día de clase, las dos hermanas lloraron abrazadas durante largo rato. Sentían el dolor lacerante del bisturí rajando el cordón invisible que las había mantenido tan unidas. Raquel contaba catorce años, Silvia, once.

Raquel intentó integrar a Silvia en su nueva vida, pero apenas tenía tiempo disponible. El horario de clases ocupaba gran parte de la jornada, al que había que sumar las actividades extraescolares y el estudio diario para sacar las notas excelentes que el colegio exigía para mantener la beca. Como resultado, Silvia comenzó a llenar su tiempo con nuevas diversiones y amistades. Raquel observó aquella reacción con optimismo. «Al final esto le vendrá bien para buscarse la vida. La tenía sobreprotegida», pensaba.

Entrando en la adolescencia, la belleza de Silvia estalló en todo su esplendor. Lejos de afearla, como les sucede a la mayoría de los púberes, el torrente de hormonas la había dotado de un nuevo atractivo. La niña ya no solo era hermosa, era deseable.

Silvia empezó a darse cuenta de su magnetismo. Cuando iba por la calle, no había hombre, joven o mayor, que no se la quedara mirando embobado. Toda su naturaleza era pura exageración.

El pelo rubio, largo, lustroso y ondulado, enmarcaba un rostro que había sido bendecido por la perfección, pero no en una armonía suave y angelical, sino en una combinación que llamaba irremediabilmente a los sentidos más primitivos. Tenía los ojos rasgados, de un azul verdoso poco común, enmarcados por unas pestañas largas, espesas y rizadas. Sus labios gruesos lucían un rubor rosado que los hacían más voluptuosos y un pequeño lunar en la comisura les añadía una nota pícaro y sensual. Sin que Silvia lo cuidara especialmente, su cutis resplandecía uniforme, sin acné, ni marcas.

La pubertad añadió voluptuosidad al aspecto de Silvia. La niña desarrolló unos pechos grandes y unas caderas redondas que hacían de su cuerpo un objeto ideal para el amor.

Sí, todo en la naturaleza de Silvia era pura exageración.

La admiración que despertaba en el sexo masculino y la envidia que provocaba en el femenino llevaron a Silvia a frecuentar más la compañía de los chicos. Le complacían la solicitud de sus nuevos y muchos amigos, sus miradas de deseo, y jugar a un tira y afloja que a ella le divertía más que a ellos.

A Raquel le preocupaba la dirección que estaba tomando la vida de su hermana. Estaba demasiado cerca del sexo y muy lejos de los estudios. Aquello no podía resultar en nada bueno ni provechoso para Silvia. En diversas ocasiones, Raquel trató de hacerla entrar en razón, pero las charlas terminaban en agrias discusiones, en las que Silvia le recriminaba haberla cambiado por una panda de pijos y Raquel acababa sintiendo el peso de la culpa en el pecho.

El ambiente empeoró cuando los apuros económicos asfixiaron las ya ajustadas cuentas de la familia. Hacía tiempo que las hermanas mayores se habían ido con su padre, y con ellas, la correspondiente pensión mensual que Susana, su madre, recibía para su manutención. Raquel no suponía mucho gasto, habida cuenta de la beca que había ganado, pero tampoco aportaba nada, y el alquiler y los gastos había que pagarlos. Silvia comía siempre como si estuviera muerta de hambre y Susana tampoco podía contar con Carlos, su novio, que en ese momento se hallaba escribiendo una novela, una buena novela que sería todo un éxito, estaba convencido de ello. Por tanto, alguien tenía que contribuir y de manera urgente. Y esa era Silvia. Además, a ella ni siquiera le gustaba estudiar, así que de todos modos tendría que buscar un trabajo más pronto que tarde.

Susana le consultó a una vecina que trabajaba de cajera en un supermercado cercano. «¿Y por qué no la metes de actriz o modelo? La niña es monísima, seguro que te la cogen». ¡Pues claro! ¿Cómo no se le había ocurrido antes? Silvia era bastante más guapa que muchas de las que salían en las revistas y la televisión, y era lo suficientemente coqueta y superficial como para acceder a trabajar de modelo. «Me voy a forrar». Susana no escondía sus intenciones mientras enviaba unas fotos de Silvia a las agencias de la ciudad. Tal y como había previsto la mujer, las respuestas no tardaron en llegar. En pocos días, Susana le había concertado a Silvia varios *castings* para anuncios en prensa y televisión.

Sin embargo, después de las pruebas nadie llamó. Susana estaba extrañada. «¿Cómo es posible que no les guste Silvia? Juraría que todos se habían quedado hipnotizados al verla llegar a los *castings*». A Susana le bastó con llamar a un par de agencias, que coincidieron en dar la misma respuesta. «La chica es guapísima, pero... le sobran unos kilitos».

Así comenzó un plan de adelgazamiento duro y estricto para que Silvia rebajara sus sensuales redondeces. Con el régimen que le diseñó, Susana calculaba que en un mes su hija habría eliminado los cinco kilos que la separaban del dinero a espuestas. Pero las semanas transcurrían sin que se apreciaran los cambios. La báscula no se movía apenas y Susana se desesperaba. Madre e hija se lanzaban acusaciones e improperios cada vez más crueles.

—¡Tú estás comiendo! —le gritaba Susana mientras buscaba pistas que le confirmaran la sospecha.

—¡Déjame en paz! ¡Vete a tu habitación con tu novio, a ver si te echa un polvo y te relajas!

—¿Por qué no te metes tú con él? Seguro que os gustaría mucho a los dos, que os coméis con los ojos... ¿Qué te crees, que no me doy cuenta? Menuda zorra estás hecha...

—Tienes envidia, ¿a que sí? ¿A que te gustaría tener mis tetas? ¡Amargada!

Las broncas solían terminar con un bofetón que a Silvia le latía en la cara durante un buen rato.

Con el tiempo Raquel dejó de intervenir en esas disputas. No conseguía nada que no fuera avivar la rabia o recibir un ataque. Sin duda, era mejor desentenderse. Además, pronto terminaría su último curso en el instituto y había conseguido una beca para la universidad. En pocas semanas podría mudarse a un piso compartido y se acabarían los problemas.

Eso era lo que Raquel pensaba en ese momento, pero no podía imaginar nada de lo que ocurrió después. A veces, Raquel se lamentaba por no haber previsto el destino de aquella tensión y se preguntaba si quedándose en su casa hubiera sido capaz de evitar la desgracia de su familia.

Un nuevo aviso de su móvil despertó a Raquel de sus pensamientos. «¿Te puedo invitar a comer?». Era Iván. Un nudo se le formó en la garganta. «Claro. ¿Y a dónde me vas a llevar?». «Elige tú y mándame la dirección por *email*. ¿Te parece bien a las dos?».

Raquel abrió el correo electrónico y le envió a Iván la dirección de El Confidente de Melissa. Aunque era una cafetería modesta, de público corriente, era un lugar precioso, tranquilo e íntimo, ideal para averiguar las intenciones de Iván.



Joaquín miraba la nevera de hito en hito, tratando de dar con algo que le apeteciese para almorzar. Se sentía nervioso como un adolescente. Notaba una pesada bola en la boca del estómago que le comprimía el apetito y una presión en el pecho que le recordaba que estaba vivo. Allá donde dirigía sus ojos, solo veía un rostro dulcísimo, cuajado de pecas e iluminado por una sonrisa llena de paz.

El hombre se preguntó qué le gustaría tener con aquella mujer. ¿Quería un noviazgo? ¿Vivirían juntos, como los jóvenes de hoy en día o le gustaría volver a casarse? Y eso del matrimonio, ¿no era una traición a su Cayetana? Si se enamoraba de aquella señora, ¿olvidaría a la mujer con la que había compartido tanta vida?

Antes de conocer a la que se convertiría en su esposa, Joaquín no había tenido más que dos o

tres novietas que le duraron poco tiempo y en nada marcaron su alma. Sin que fuera buscando una mujer a conciencia, Joaquín sí sabía que algún día se casaría y tendría hijos. Una familia propia era uno de sus mayores anhelos. Sus padres habían fallecido cuando él aún era muy pequeño y no habían tenido tiempo siquiera de darle hermanos. Joaquín pasó al cuidado de unos tíos que lo acogieron en su seno como si fuera su hijo. Pero el pequeño ya tenía edad suficiente para echar de menos a sus padres y aquella carencia la llenó con la ilusión de crearse su propia familia en el futuro. Mientras llegaba ese momento, Joaquín perfeccionaba el oficio de electricista y se divertía con sus amigos.

Una tarde de abril, la pandilla de Joaquín se encaminó hacia un pueblo cercano, que se hallaba de fiesta. Una orquesta tocaba en la plaza, donde se congregaban los jóvenes para echar unos bailes y conocerse. Joaquín y sus amigos llevaban un buen rato allí cuando Cayetana apareció con sus amigas. A pesar de la erosión que el tiempo produce en la memoria, Joaquín recordaba con viveza ese momento. Ella vestía una falda de color *beige* que le caía vaporosa un poco más abajo de la rodilla, y se ajustaba a la cintura con un lazo ancho de raso negro, cuyas puntas descansaban elegantemente en la cadera. La blusa, del mismo color que la falda e igual de vaporosa, tenía las mangas cortas y abullonadas, y lucía un delicado cuello de encaje negro que se había hecho ella misma. Las ondas de su pelo castaño estaban recogidas a ambos lados de las sienes, dejando despejada una cara de facciones suaves. Cuando sus ojos se encontraron con los de Joaquín, su mirada cayó, presa de la timidez, y el rubor encendió sus mejillas en un gesto tan encantador que Joaquín se enamoró para siempre.

Mientras Joaquín calculaba cómo presentarse a Cayetana sin parecer un gañán, otro joven se le acercó en un gesto que parecía pedirle un baile. Ella miró hacia Joaquín, que no le había quitado el ojo de encima, y rechazó la invitación. ¡A ella le gustaba! Esa preciosa chica se había fijado en él. No podía tardar más, tenía que aproximarse y sacarla a bailar. Componiéndose una apostura arrogante y aparentemente decidida, Joaquín fue caminando en su dirección, mientras las amigas de Cayetana cuchicheaban y soltaban risillas nerviosas. Ella estaba sentada y se miraba las manos, con el rostro ligeramente encendido.

—Buenas tardes, señorita.

Cayetana alzó ligeramente la cabeza y le sonrió contenida.

—No quería molestarla, pero sería un gran honor para mí que me acompañara en este baile.

Cayetana se levantó, se arregló la falda, como planchándola con las manos, aseguró el lazo de la cintura, y posó suavemente sus dedos en la palma que Joaquín le había ofrecido.

No hablaron mucho, pero con los ojos se lo dijeron todo. La vergüenza de saberse descubiertos por el amor les había despojado de palabras. Bailaron tres piezas más durante la tarde, y cuando Cayetana anunció que ella y sus amigas debían regresar a casa, Joaquín se ofreció a acompañarlas junto con su pandilla. Ellos las siguieron prudentemente a unos pasos por detrás, para evitar que las malas lenguas levantaran calumnias injustas que las perjudicaran.

Así averiguó Joaquín dónde vivía Cayetana. Desde la mañana siguiente, el joven comenzó a visitarla cada día y siempre la agasajaba con algún regalo que su bolsillo se pudiera permitir: una rosa, un pequeño libro de poemas, un cofre de madera tallado, unos pendientes, un pasador de plata. Ella le reprendía el gasto y le aseguraba que era innecesario, que le quería sin regalos, pero

lo cierto era que le encantaban y cada día esperaba ansiosa la visita de su novio y su pequeña sorpresa.

Un día Joaquín se vistió más elegante de lo normal. Siempre trataba de arreglarse, con ropa de calidad y bien planchada, pero aquel día era especial. Cayetana se extrañó al verle compuesto de esa guisa.

—¿A dónde vas así vestido? Pero si te has puesto chaqueta y todo... ¡En pleno agosto y con el calorazo que hace! Tú estás loco, chico.

—Loco por ti.

Ella soltó una carcajada nerviosa. Joaquín la condujo hasta un banco y se sentaron.

—Sí, Cayetana. Estoy loco por ti y tú lo sabes. Y tú también me quieres, me lo has dicho... Porque tú me quieres, ¿verdad?

—Sí, claro... Te quiero mucho. Qué raro estás hoy... ¿Estás enfermo? Te veo un poco pálido.

Joaquín se llevó la mano al bolsillo interior de la chaqueta y extrajo una pequeña caja de terciopelo granate y ribeteada con un filo dorado. Joaquín se agachó delante de ella y clavando una rodilla en el suelo de tierra le dijo, mientras abría la cajita:

—Cayetana, ¿quieres casarte conmigo?

Ella le miraba sin dar crédito, con los ojos llenos de lágrimas de emoción. Tomó la caja y sacó el anillo. Era una alianza de oro, sencilla, en la que Joaquín había mandado grabar las siguientes palabras: «Para siempre».

—Hubiera querido comprarte un anillazo de esos de compromiso, con diamante y todo, pero no tengo tanto dinero... —dijo Joaquín en un lamento—. De todos modos, ganaré más, ya lo verás. Te prometo que si te casas conmigo te daré una buena vida, no te faltará de nada, ni a ti..., ni a nuestros hijos.

Joaquín observaba a Cayetana, que se había quedado como paralizada ante la escena. Entonces, ella empezó a asentir rápidamente con la cabeza.

—¿Eso es que sí? —le insistió él.

Ella continuó asintiendo, se agachó a la altura de Joaquín, que seguía clavado en el suelo, y le echó los brazos al cuello, mientras lloraba en silencio. Tiempo después, ella le confesó que no había podido decir que sí de tan intensa que fue su emoción. Hubiera querido pronunciar un sí decidido, enamorado e ilusionado, tal y como había visto en el cine y ella misma se había imaginado tantas veces, pero la enorme presión en la garganta la enmudeció y le estropeó uno de los momentos que con más cariño recordaba.

Se casaron en noviembre, siete meses después de conocerse en aquel baile del pueblo. Los padres de ella al principio se mostraron reticentes a tanta premura, sospechando que las prisas se debían a un posible embarazo. Los novios lo negaron hasta la saciedad y ambos juraron que no se habían acercado más allá de lo que las normas de la decencia permitían. «Quiero y respeto tanto a su hija que no me atrevería nunca a poner en riesgo su honor», le dijo Joaquín a su futuro suegro.

Finalmente, los padres de Cayetana accedieron a la boda relámpago, a la que asistieron las familias de ambos y unos pocos amigos. El banquete fue todo lo sencillo que puede permitirse un

electricista que empieza en el oficio. «Algún día te invitaré a bonitos restaurantes, ya verás», le aseguró él.

Pronto la pareja se mudó a la ciudad, donde había más oportunidades. Joaquín prosperó a fuerza de muchas horas de trabajo. Cumplió con su palabra y le dio a Cayetana y a sus hijos una buena vida, con ciertas comodidades y algunos caprichos de vez en cuando. Con motivo del nacimiento de su hija, después de siete años de matrimonio, Joaquín le regaló a Cayetana un solitario de oro blanco con un pequeño brillante. «Ya te dije que tendrías tu pedrusco», le dijo él con tono burlón.

Al aproximarse su jubilación, Joaquín le tenía preparadas más sorpresas a Cayetana. Viajarían mucho, ¡había tantos sitios que ella anhelaba ver! Pasarían largas temporadas en el pueblo, aprenderían cosas nuevas. Pero Joaquín no había previsto que la desgracia se cebaría en su familia soñada.



La ayudante de Adela tocó en la puerta.

—¿Se puede?

—Pasa, Ana. Dime, ¿has encontrado a alguien?

—He mirado en varias páginas webs especializadas en personal al cuidado de niños, y he llamado a todos los teléfonos de la gente que trabaja en la zona, pero no hay nadie disponible.

—¿En serio? No puede ser, Dios mío...

—También he llamado a agencias e incluso he hablado con mi madre y algunas amigas por si conocen a alguien, pero nada.

—¿Pero cómo es posible?

—El problema son las prisas. Es difícil dar con una persona que pueda trabajar desde esta misma tarde.

—Sí, está claro... Vale, muchas gracias, Ana. Sigue con tu trabajo normal. Haz pasar al siguiente dentro de cinco minutos, por favor.

¿Y ahora qué? Adela tenía un problema bien gordo, no sabía con quién dejar a su hijo. ¿Y si el niño se quedara en un banco del pasillo, fuera de la clase de su abuelo, y esperar a que él terminara? Podría entretenerse haciendo unos dibujos... Calibró la idea unos segundos y cogió el teléfono para llamar a su padre. No, qué barbaridad. Su hijo solo, esperando como un perro, no, no y no. ¿Cómo se le habría ocurrido? ¿Tan egoísta se había vuelto que había estado dispuesta a dejar abandonado a su niño pequeño y seguir cargándole la responsabilidad de su cuidado a su padre enfermo? ¿Cuándo se había vuelto tan mala madre y tan mala hija?

Se restregó la frente con vigor. Le vino a la mente el cuento del genio que se aparecía al frotar una lámpara y concedía tres deseos. Pero en aquel despacho de muebles caros y privilegiadas vistas sobre la ciudad, no había magia.

En su vida, Adela nunca había notado nada de magia. Ni siquiera siendo pequeña se dejaba embaucar por los cuentos de hadas y princesas, amores predestinados y existencias tocadas con

la varita de la suerte. La vida era un conjunto de azares y acontecimientos, algunos buenos y otros malos, que se unen en unas coordenadas de espacio y tiempo con resultados que muchas veces son predecibles. Adela estaba firmemente convencida de que cada persona puede y debe tomar el control de su vida: de quién se enamora, la forma de ganarse la vida, el papel que desempeña en la sociedad o la opinión que suscita en los demás. En definitiva, cada cual tiene lo que se ha buscado.

Adela perseguía el éxito. De pequeña se dio cuenta de que el trabajo y el esfuerzo tienen sus recompensas. Ahí estaba su padre, un hombre de pueblo que emigró a la ciudad apenas con una maleta y que consiguió sacar adelante a una familia de cuatro personas y que vivieran con desahogo. Su padre había ascendido de la frugalidad al bienestar; Adela quería conocer la plena prosperidad.

Como se le daba bien estudiar, enfiló por los libros. Tenía que ser la primera. No se sorprendió cuando ganó una beca en el mejor colegio del país, que le ponía en bandeja la oportunidad de alcanzar su sueño.

Con la meta bien clara en el horizonte, Adela desatendía ciertos pasatiempos propios de su edad y descartó bastantes otros. Adela no pasaba tardes enteras charlando con sus amigas, yendo de compras o probándose maquillajes. No leía revistas femeninas ni novelas románticas ni veía películas para chicas. Adela sintió que había encontrado a su media naranja cuando conoció a Raquel en el instituto.

Desde el primer día, Adela se dio cuenta de que Raquel era la otra alumna becada. Lo dedujo por su ropa, anticuada y sin marca, y un ligero encogimiento del cuerpo que, no obstante, no le impedía trabar conversación con muchos compañeros, quizá anhelando hacerse amiga de algunos. Lo que esa chica no sabía era que, salvo alguna extraña excepción, ningún adolescente de clase alta querría relacionarse con alguien inferior como ellas dos.

Un día, en clase de gimnasia, el profesor propuso un ejercicio en parejas. Raquel buscó con la mirada y solo encontró la de Adela. Desde entonces, las dos chicas se hicieron inseparables, y no solo porque las uniera un origen socioeconómico similar; sus caracteres congeniaron perfectamente, como si fueran las dos piezas de un puzzle. Adela admiraba en Raquel la energía que desprendía, además de su carácter abierto y positivo, más aún desde que descubrió sus problemas familiares. Adela consideraba que era necesaria una gran fuerza de espíritu para enfrentar las constantes crisis que Raquel tenía que soportar y luchar por labrarse un futuro mejor. Raquel era el vivo ejemplo de que, a pesar de que la lotería de la vida no había sido generosa, ella se esforzaba lo indecible por construirse su propia buena suerte.

Raquel, por su parte, estaba encantada con la familia de Adela. Decía que le transmitían paz, que con ellos se sentía segura y tranquila. En compañía de Adela, Raquel se relajaba porque no tenía que fingir ser menos inteligente o ambiciosa, como le ocurría con sus amigas del barrio, ni tenía que ensayar poses de clase alta para ganarse el respeto del resto de los compañeros de clase. Adela la quería de verdad, tal cual era.

Ambas pasaban muchos fines de semana juntas, en casa de Adela, y salían por la noche de vez en cuando. En algunas de esas salidas, Adela y Raquel conocían a chicos, flirteaban con la ayuda de alguna copa de más y se enrollaban con ellos. Una de las primeras diferencias que se

descubrieron fue su actitud hacia el amor. Mientras que Raquel se ilusionaba y buscaba a un príncipe azul que la rescatara de un hogar roto, Adela se olvidaba de ellos al día siguiente. Raquel tachaba a su amiga de fría e insensible, y Adela le respondía que ella era una ilusa que se creía todas las promesas de amor que le susurraban al oído.

Así transcurrieron sus años de adolescente y temprana juventud. Adela nunca se había enamorado hasta que conoció a Fernando, el director de su tesis en el programa de doctorado. Era un hombre veinte años mayor que ella, con un pelo veteado de canas seductoras y pequeñas arrugas alrededor de los ojos. Adela se quedó prendada de su sabiduría, su forma de explicar, la manera en que movía sus manos de dedos largos y huesudos. Cada vez que Adela veía esas manos danzando gráciles en el aire, se las imaginaba recorriéndole la piel, y no podía evitar que un escalofrío le serpenteara en la piel.

Fernando estaba casado y tenía dos hijos. Pero eso era lo de menos. Adela solo pretendía deleitarse con su presencia, no aspiraba a más. Hasta que una noche en que terminaron tarde, después de una larga jornada de duro trabajo, Fernando la besó, primero con delicadeza, calibrando la reacción de ella, y después con pasión. Adela respondió con la misma intensidad, sin pensar en si estaba haciendo lo correcto o no. Eso era lo de menos. Seguro que solo se trataba de la aventura de una noche.

Sin embargo, la aventura se prolongó algo más. A esa noche, le siguieron otras noches, diversas citas para comer y algunos fines de semana juntos en la casa que él tenía en la montaña. Parecía que los amantes estaban reforzando sus lazos. Adela vivía un sueño y una felicidad que jamás se había figurado, aunque en ocasiones sentía pequeños accesos de culpa por la familia que Fernando estaba traicionando. Se ponía en el lugar de su madre, pensaba cómo sería descubrir que su padre tuviera una amante, y la sensación no le gustaba. Pero eso era lo de menos. Esa relación tenía un fin claro. «Esto se termina en cuanto acabe la tesis y yo desaparezca de la facultad, ya lo verás», le decía Adela a Raquel, con la que compartía sus momentos de confesión. «O no, quién sabe... ¿Te imaginas que Fernando fuera el hombre de tu vida?», le replicaba Raquel.

A veces, en la soledad de su cuarto, cuando se disponía a dormir, Adela se dejaba contagiar un poco por el espíritu idealista de su amiga y veía un futuro junto a Fernando. Vivirían en una casa bien bonita, mantendrían eternas charlas sobre el psicoanálisis y él seguiría instruyéndola en el amor por la montaña. Tendrían un hijo en común.

Era la primera vez que Adela pensaba en niños. Sí, sin duda, estaba enamorada. Cuando Adela se reconoció lo lejos que habían llegado su relación y sus sentimientos, resolvió encauzarlos por el camino correcto. Adela fue sincera con Fernando y le expuso sus deseos. Él respondió que la correspondía de la misma manera y que quería lo mismo, de modo que decidieron que él se divorciaría y emprenderían una nueva vida juntos.

Pero era necesario ir despacio. Él tenía una familia a la que dar explicaciones y unos hijos que no iban a desaparecer. Fernando tenía que elegir bien el momento.

Adela entendió las primeras reticencias, pero el tiempo pasaba y Fernando no se decidía a dar el paso. Adela terminó su tesis, la aprobó con honores y pasó a formar parte del equipo docente de la facultad. La pareja empezó a discutir a cuenta del divorcio que nunca llegaba. Él prometía

que la quería, que era la única mujer de su vida y que siempre estarían juntos, pero que necesitaba tiempo para asimilar un cambio tan radical en su vida. A Adela esos discursos empezaron a sonarle a cuento chino.

Hasta que un día, mientras comían en la cafetería de profesores de la facultad, bien acaramelados después de otra disputa, la esposa de Fernando entró buscando a su marido, al que pretendía sorprender con una visita espontánea. Pero la sorpresa se la llevó ella. Sin pensarlo apenas, la mujer fue hacia ellos y comenzó a aporrear a Fernando. Cuando otros dos profesores consiguieron detenerla, se dirigió a Adela y le soltó con cara de asco: «Otra putita más para su colección». Ante el asombro que Adela reflejó, la mujer de Fernando se dio cuenta de que era su oportunidad de anotarse un tanto y saborear algo de venganza. «Ah..., ¿que nadie te ha informado? Eres una alumna suya, ¿verdad? Sí, claro que sí, no podría ser de otra manera. Verás..., a mi marido le encanta tirarse a sus alumnas y prometerles la vida eterna. Y vosotras os lo creéis. ¡Sois todas unas gilipollas y unas zorras!».

Al ver cómo esa mujer se humillaba aún más, Adela se prometió que si algún día descubría una infidelidad, nunca perdería la dignidad de ese modo y tan públicamente.

Pasaron los días. Para pasmo de Adela, Fernando no intentó darle una explicación. Y aunque ella no quería saber nada más de ese hombre, hubiera apostado a que él se volvería a acercar, que algo le suplicaría. Pero no ocurrió así, lo que aumentó su decepción.

Esa fue la primera vez que Adela se enamoró. «¿La primera y quizá única vez?», se preguntaba.

—Adela, ¿hago pasar a Antonio Rodríguez?

Ana había entrado en el despacho y le tendía a Adela una carpeta de cartulina marrón con el historial del paciente. Antonio Rodríguez llevaba en tratamiento seis meses por una depresión a raíz de un trágico accidente de coche en el que fallecieron su mujer y sus dos hijos pequeños. Él había estado bebiendo y la ebriedad le impidió reaccionar a tiempo en una curva muy cerrada.

Adela se irguió en su asiento y despejó su mente.

—Sí, dile que pase. Y en cuanto puedas, por favor, llama a mi padre y dile que ya está solucionado lo del niño. Pero eso sí, que te confirme que al menos puede llevarle a su clase de dibujo.

—¿Has encontrado una canguro?

—No, el niño se quedará por aquí, en la consulta, bueno, quiero decir fuera de este despacho, en la sala de espera. —Al ver la cara de asombro de su secretaria, Adela añadió—: No te preocupes. Con unas pinturas y un cuaderno se entretiene, no te dará la lata, es muy tranquilo. Pero esto no se lo cuentes a mi padre. A él solo dile que el problema está solucionado.



Helia había salido al césped de la facultad. El profesor de Fonética había faltado y tenía una hora libre por delante. El sol y la temperatura invitaban a salir a tomar el aire y absorber esos últimos días del lánguido verano que se resistía a marcharse.

Desperdigados por el terreno, había multitud de estudiantes en grupos, que jugaban a las cartas o hablaban. También había parejas besándose, enlazadas en un amasijo de brazos y piernas.

A Helia le encantaría tener novio. Hasta el momento solo se había besado con un par de chicos que ni siquiera le gustaban, ni ella a ellos, pero solo accedió porque sus amigas la convencieron y, sobre todo, por estrenarse en esos menesteres y no seguir siendo la ridícula insuficiente sexual de su grupo.

Helia se fijó especialmente en una de las parejas. Se besaban con fogosidad y mantenían sus cuerpos muy pegados, mientras movían sus caderas acompasadamente. «Como estos se descuiden, se desnudan aquí mismo». Todas sus amigas ya habían perdido la virginidad. Contaban que al principio dolía, que escocía, que sangraban, pero con el tiempo, empezaban a pasarlo bien. Helia también quería probarlo. No pretendía encontrar al hombre ideal, solo alguien que le gustara y que la correspondiera, pero eso era muy difícil. Todas las chicas que tenían novio eran muy monas y delgadas. Con toda probabilidad, Helia nunca encontraría a nadie que se interesara por ella.



A medida que transcurrían las horas, Joaquín se ponía cada vez más nervioso. Había pasado la mañana seleccionando el atuendo para su encuentro con la señora de pelo rubísimo. Finalmente escogió una camisa de algodón azul claro y un pantalón de color *beige*. Planchó las prendas a conciencia. Esa tarea, a pesar de que no le entusiasmaba especialmente, la desempeñaba más que bien. Joaquín dejaba los cuellos tan tiesos que podrían permanecer de pie por sí mismos y lograba que las mangas le quedaran sin una sola marca. Los pantalones acababan igual de impecables, incluso los de pinzas, y con una raya perfecta desde la ingle hasta el bajo. Adela le repetía en numerosas ocasiones que le dejara esos menesteres a Romina, la mujer de la limpieza que su hija había contratado, pero aquella buena señora, rechoncha y parlanchina, no planchaba con esa misma perfección, y hoy Joaquín no podía permitirse el lujo de no sentirse totalmente a gusto con su atuendo.

El hombre nunca se imaginó que acabaría planchándose la ropa, cocinando recetas elaboradas o haciendo la colada. Cuando Joaquín se casó con Cayetana, él prefirió que ella se quedara en casa, cuidando de todos los detalles del hogar y después de sus hijos, mientras él se ocupaba de trabajar y llevar dinero a casa. De ese modo, las obligaciones familiares estaban justamente repartidas. Cayetana se mostró de acuerdo y desempeñó sus tareas a la perfección. En realidad, Joaquín sabía planchar tan bien de haber visto a su mujer hacerlo tantas y tantas veces.

Cuando la mujer estaba tan enferma que ya ni se reconocía a sí misma, Joaquín tuvo que hacerse cargo de los trabajos del hogar. Cada vez que se estrenaba en una nueva tarea, solo tenía que echar mano de sus recuerdos y repetir los pasos que ella seguía. Fue fácil. Era como si Cayetana le estuviera dictando las instrucciones desde el más allá de su locura.



A la una y media, Raquel apareció por la puerta de El Confidente de Melissa. Llegaba con media hora de antelación, pero quería asegurarse de coger un buen sitio para su cita con Iván. Barrió con la mirada las mesas disponibles y escogió la más alejada de la puerta, al lado de la ventana y escoltada por un tronco de Brasil verdísimo y bien frondoso.

Raquel abrió el portátil para entretenerse mientras esperaba.

—¿Qué va a ser?

Raquel levantó la cabeza y lo vio. Mierda, no había pensado en Miguel. Al menos, esperaba que su amante ocasional no le estropeará su cita.

—¡Ah...! Pues, eh..., una Coca-Cola Zero, por favor.

—Por supuesto, guapísima. ¿Algo de comer? —Miguel añadió una sonrisa pícará que parecía dar a entender otro sentido a la pregunta.

—Oye, Miguel, una cosa. Mira, he quedado aquí con un hombre que me interesa mucho. No quiero que sepa nada de nosotros dos, no quiero espantarlo.

—¿Es un remilgado que no soporta pensar que su chica se ha acostado con otros anteriormente?

—No, no es eso...

—Ah, que eres tú la remilgada.

Raquel no sabía si Miguel estaba de broma o se había enfadado. La verdad es que ella no había tenido mucho tacto insinuándole que él no era su primera opción.

—A ver, Miguel...

—Que sí, mujer, no te preocupes —soltó el camarero finalmente con una amplia sonrisa—. Haré como si no me hubiera rendido ante tus infalibles armas de seducción, vampiresa.

Raquel intentó concentrarse en el portátil. Abrió un documento relativo al proyecto de la compañía de Iván, solo para que él viera que ella no estaba aburrida y sin saber qué hacer mientras le aguardaba. Seleccionó la carpeta de juegos y pensó en echar unas partidas al solitario, pero su cabeza estaba en otra parte. Entre su cita con Iván y el inesperado recuerdo de su hermana, Raquel no lograba desatascar su cabeza.

Ahora parecía que, por fin, Silvia había encontrado su sitio, que era feliz, y Raquel se alegraba, pero no dejaba de recriminarse por haberla abandonado una y otra vez.

Cuando Raquel escapó del apartamento familiar, para compartir piso con otras estudiantes universitarias, se sintió liberada de un gran peso. Aunque había estado tremendamente unida a Silvia, el lazo fraternal se había aflojado demasiado en los últimos años y parecía que las hermanas ya nada tenían en común, salvo la sangre. Raquel tenía que reconocerse que incluso despreciaba un poco a Silvia, especialmente cuando su hermana menor adoptaba las maneras gritonas de su madre y desde que solo parecía interesada en recibir la constante aprobación masculina.

Ni qué decir tiene que la carrera de modelo de Silvia se truncó antes de empezar siquiera.

Silvia no iba a renunciar a los bollos ni al chocolate, mucho menos para contentar a su madre. Las riñas entre ellas ganaron intensidad, y siempre a cuenta de aquel sueño de fama y dinero nunca alcanzado, aparte del evidente deseo que Silvia despertaba en Carlos, esa especie de padrastro que vegetaba en el piso frente a una pantalla de ordenador. Raquel fue espaciando sus visitas y sus llamadas telefónicas, puesto que casi siempre terminaban en una nueva gresca.

Raquel estaba preparando sus exámenes de final de carrera cuando una tarde Silvia se presentó en su casa, nerviosa, llorando y con una bolsa de plástico llena de ropa.

—Mamá me ha echado de casa...

—¿Qué ha pasado?

Silvia dudaba en responder, parecía avergonzada. Raquel la zarandeó ligeramente por los hombros e insistió:

—¿Pero qué pasa, Silvia?

—Él... Carlos... Carlos me... ¡Carlos me ha violado!

Raquel se quedó espantada. Silvia le contó que el novio de su madre llevaba tiempo detrás de ella, sobándola e insinuándose con palabras soeces. Ella le rechazaba, pero quizá él pensaba que esas negativas formaban parte del juego. Aquella tarde él no pudo aguantarse más y la forzó en el sofá del salón. Susana entró por la puerta justo cuando él se subía los pantalones y ella permanecía tirada en el sofá, medio desnuda.

La escena no podía haber sido más humillante. Susana fue hasta su hija y la golpeó con dureza, con las manos y con cualquier objeto que encontraba a su paso, mientras Silvia intentaba cubrirse y chillaba que Carlos la había violado. Carlos representó bien el papel de hombre ofendido. Se confesó culpable de la infidelidad, pero en su defensa adujo que la niña iba siempre enseñándolo todo, moviéndose para provocar y rozándose con él a la menor ocasión. Susana creyó a Carlos y expulsó a su hija de casa. Solo le permitió llenar una bolsa de plástico con algo de ropa.

Raquel no daba crédito ante tanta indignidad. Llamó a su madre, pero esta solo gritaba que Silvia era una zorra redomada que solo serviría para hacer la calle. «¿Y ahora se va a vivir contigo? Menuda pájara vas a meter en tu casa», le advirtió. Raquel creía a Silvia. La tristeza y la vergüenza de su rostro delataban el crimen que aquel infame había cometido en su cuerpo. Intentó convencer a Silvia de que lo denunciara, pero ella solo quería olvidarlo todo.

De ese modo, las hermanas volvieron a estar juntas. Compartían la misma habitación, pero Silvia apenas distraía a Raquel de sus estudios. En agradecimiento a que su hermana y sus compañeras de piso la acogieran con tanto agrado, Silvia pasó a ocuparse de las tareas domésticas y no permitía que ninguna de las demás hiciera nada. Además, buscó un nuevo empleo, lejos de la casa de su madre, para poder colaborar económicamente con los gastos.

Silvia parecía cómoda con su nueva vida, pero quizá no era la de siempre. Le faltaba esa chispa de rebeldía en los ojos, el movimiento coqueto en los andares. Tenía pesadillas por la noche de las que se despertaba muy asustada y de las cuales se negaba a hablar. Hasta que una noche, agotada por el mal sueño, se desahogó. Entre hipos y sollozos, Silvia le dijo a Raquel que sentía un miedo constante, una amenaza en la espalda que la hacía desconfiar de todos los hombres. Silvia también le confesó a Raquel un detalle inesperado, que añadía más desgracia a la

violación. «Era mi primera vez». Silvia leyó el desconcierto en los ojos de Raquel. «Ya sé lo que pensáis todos, pero no soy ninguna fresca. Nunca he tenido novio más allá de una semana porque todos buscaban lo mismo. Yo solo quiero que alguien me quiera».

Raquel volvió a sentir el mismo instinto de protección hacia esa niña que apenas tenía diecinueve años. El abandono la había abocado a ese destino, la culpa de todo era suya. Raquel decidió volver hacerse cargo de su hermana pequeña como si fuera su propia hija.

La animó a que prosiguiera sus estudios, con la promesa de que ella la ayudaría. Raquel trató de inspirar a Silvia para que esta descubriera las ventajas de la cultura y el saber. A Silvia le gustaría estudiar para ser peluquera. Eso era bastante menos de lo que Raquel había previsto para su hermana, pero de ese modo, al menos, estaría centrada en algo útil para sí misma y que era mejor que ser cajera o canguro de niños, los dos trabajos que Silvia había desempeñado hasta el momento. Quizá algún día, Silvia podría montar su propia peluquería y Raquel la ayudaría como socia capitalista.

Nada más terminar su carrera, Raquel consiguió un empleo. Haber sido la primera de su promoción fue el principal motivo por el que la seleccionó una de las multinacionales informáticas más importantes, con delegaciones en diversos países. El sueldo inicial no era para tirar cohetes, pero la compañía tenía un plan de promoción ambicioso para quien supiera aprovecharlo y Raquel estaba dispuesta a llegar a lo más alto.

Cuando la introdujeron en el primer proyecto informático, le asignaron a Raúl, un consultor que llevaba varios años trabajando allí y que contaba con experiencia suficiente para enseñarle. Era más bien guapo y simpático. La cantidad de horas extraordinarias que ambos echaron a cuenta del trabajo les unió más de lo normal. En dos semanas, empezaron a salir juntos.

Generalmente, la pareja se citaba en casa de él porque vivía solo, pero cuando salían por la noche, no era raro que acabaran en el piso de Raquel, que estaba más cerca del centro de ocio juvenil de la ciudad. Como a Raquel le daba apuro mandar a su hermana al incómodo sofá del salón, sustituyó este por un sofá cama para que Silvia pudiera descansar mejor.

Pero el salón abierto de aquel apartamento no permitía intimidad alguna. Era verano y Silvia dormía destapada, con una pequeña y ajustada camiseta de tirantes y un *culotte* que dejaba al descubierto parte de sus redondas nalgas. Toda su exuberancia se desparramaba plena por las sábanas, a la vista de quien quisiera deleitarse con ella.

Raúl y Silvia congeniaron. Raúl le contaba chistes y anécdotas, y Silvia le correspondía riéndose sonoramente. Raquel observaba complacida la buena relación que ambos habían trabado hasta que una compañera de piso hizo saltar la alarma. «Qué bien se llevan tu hermana y tu chico, ¿no? Yo en tu lugar estaría súper mosqueada».

Raquel cayó en la cuenta de que esos dos pasaban cada vez más tiempo juntos y a solas. Raquel y Raúl casi nunca se veían ya en casa de él y a veces Raquel se lo encontraba en su piso sin que él la avisara de su visita. «¡Sorpresa! He venido a verte, chuchi», le decía él. Raquel les observó durante un tiempo y detectó algunos gestos de complicidad que encendieron sus celos. Se abrazaban efusivamente, se regalaban masajes en la espalda y se lanzaban miradas cargadas de significado mientras tomaban café.

Cuando Raquel creyó notar un distanciamiento por parte de Raúl, recordó una advertencia

que no quería escuchar. «Menuda pájara vas a meter en tu casa», le había dicho su madre cuando expulsó a Silvia.

Raquel se enfrentó a Raúl. Acudió a casa de él y en la misma puerta le soltó a bocajarro:

—Te gusta mi hermana, ¿no?

Él se quedó paralizado por la pregunta y la urgencia con que ella hablaba. Raúl hizo pasar a Raquel y la sentó en el sofá.

—Verás... Voy a ser sincero contigo. Eres una mujer maravillosa y me encantas, y te aseguro que no lo he buscado, pero... me he enamorado de tu hermana.

—¿Y ella?

—Bueno, creo que es evidente que yo también le gusto.

Menuda desfachatez y qué engreído. Raquel salió disparada por la puerta, furiosa y abrumada por la falta de culpa que Raúl había demostrado. Cuando entró en su piso, Silvia estaba viendo la televisión.

—¿No tienes nada que hacer? O no, mejor... ¿no tienes nada que decirme?

A Silvia se la notaba asustada por el tono agresivo de su hermana.

—No sé a qué te refieres.

—Pues, hija, está clarísimo. Que me quieres quitar a mi novio. Pero no te apures, ya tienes el camino libre. Lo hemos dejado. Enhorabuena, el tío está enamorado de ti.

Silvia no era capaz de articular palabra. Fue tras Raquel, que huía hacia su habitación.

—No sé de qué me hablas —trató de defenderse Silvia—. ¡Yo nunca te quitaría a tu novio!

—¿Y qué pretendías, vistiéndote así y riéndole todas las gracias? No me extraña que luego te pasen ciertas cosas.

Silvia se quedó fría. Raquel supo que había traspasado la raya, ni siquiera sentía lo que acababa de decir. Pero tampoco pidió perdón. Estaba demasiado dolida.

Al día siguiente, Raquel no encontró a Silvia en el sofá cama. En la oficina, actuó con Raúl como si no hubiera ocurrido nada entre ellos, ni siquiera su corto noviazgo. Acudió al despacho de Recursos Humanos a preguntar por ese máster que los recién titulados podían cursar en el extranjero con los gastos pagados. Era la mejor oportunidad para poner distancia.

La palma de una mano se agitó extendida delante de sus ojos.

—Estás como hipnotizada...

Allí estaba Iván, tan rubio, guapo y encantador como siempre.

—¿Eh...? Sí, bueno, ya estoy de regreso —replicó ella con una sonrisa.

—¿Llevas esperando mucho tiempo?

—Ummm, no. Acabo de llegar hace nada.

—¿Has pedido algo?

—Sí, una Coca-Cola, pero aún no me la han servido. Verás, el servicio aquí es un poco particular, el camarero a veces va un poco pillado, pero te aseguro que la comida es excelente y muy original. Aquí hacen platos típicos de otros países. ¡Será como si estuviéramos de viaje!

—Eso suena bien —dijo Iván a media voz.

Raquel pidió la carta y le recordó a Miguel que faltaba su refresco. Él representó bien su papel de camarero que no sabe cómo es su clienta en la cama. Iván pidió arroz senegalés con

pescado y verduras, y Raquel, cuscús marroquí con pollo. Compartieron los platos y probaron bocados metiéndose el tenedor en el plato del otro. Rieron mucho.

—Ha sido una comida estupenda. Hacía tiempo que no lo pasaba tan bien —dijo Iván con cara de satisfacción.

Raquel tenía que averiguar ya a dónde iba todo ese coqueteo. Como no sabía disimular, se lanzó directamente.

—¿Con tu mujer no te lo pasas bien?

—No.

Raquel tuvo que esforzarse para no estallar en un grito de alegría que casi le sabía a victoria.

—¿Tenéis problemas?

—Los problemas empezaron después de la boda. Me casé por inercia, porque ella se puso muy pesada y porque yo suponía que en algún momento acabaría haciéndolo. Pero más tarde me di cuenta de que no estaba enamorado de ella. No es mala ni ha hecho nada reprochable, pero simplemente no es la mujer de mi vida.

—¿Y por qué no te divorcias?

—Creo que por lo mismo, por inercia. Y porque, en realidad, la relación no va mal. No nos peleamos y ella es estupenda. Como te digo, el problema es mío, que no siento lo que hay que sentir.

—Entonces, eres capaz de seguir con ella por los restos de los restos.

—No creo. En algún momento me cruzaré con una mujer guapa, inteligente, moderna y simpática que me guste de verdad. —Iván aproximó su cuerpo hacia ella y agravó la voz—. Una mujer única..., una mujer... como tú.

Iván tomó la cara de Raquel entre sus manos y la besó con delicadeza en los labios. Ella sentía como si levitara. Lo había conseguido. Raquel se vio a sí misma en el instituto, vigilando a su Iván desde lejos, imaginando el momento que estaba saboreando en ese instante. Hubiera querido viajar en el tiempo para decirle a esa adolescente que estuviera tranquila, que un día de un octubre extrañamente caluroso conseguiría hacer su sueño realidad.



Joaquín solía caminar pausado y con sosiego. Cuando conoció a Cayetana, ella le decía que tenía andares de rey. Pero el hombre hoy no tenía tiempo para majestuosidades. Acababa de dejar a su nieto en su clase de dibujo y había regresado al piso de Adela rápidamente. Quería ducharse, afeitarse y acicalarse para la clase de internet.

El antiguo electricista era mayor, pero muy consciente de la importancia del aspecto. Que su origen fuera modesto y que se hubiera ganado la vida con un oficio manual no impedían que él hubiera cuidado siempre su imagen. Cuando tenía menos dinero, mientras vivía en el pueblo y durante los primeros años en la ciudad, el hombre se conformaba con muy pocas prendas, pero siempre de buena calidad. Cada mañana, cuando se vestía para ir a trabajar, Joaquín se arreglaba como si fuera un ejecutivo de oficina, y en una pequeña maleta llevaba aparte sus ropas para

trabajar como electricista. No fueron pocas las veces que, al llegar a una obra nueva, los demás obreros le confundieran con el arquitecto o el jefe de obra, o que al llegar a una casa particular, la señora de la casa quisiera echarle pensando que aquel señor tan elegante venía a venderle una enciclopedia.

Cuando terminó, el hombre se miró en el espejo. A pesar de las arrugas y la flacidez propias de su edad, pensó que aún tenía ciertos atractivos. Por suerte, conservaba su pelo frondoso y brillante, que ahora lucía muy cano y que contrastaba vivamente con su piel morena. Se tocó la cara y comprobó que estaba suave.

Bien compuesto y con una imagen seria y distinguida, Joaquín se sentía más seguro. El hombre nunca había querido aparentar lo que no era, de hecho, su estilo era sobrio, pero tampoco deseaba que nadie le despreciara por juzgarle demasiado rápido a causa del desaliño.

Joaquín sabía que no se equivocaba en su tesis. El electricista siempre cayó bien a jefes y compañeros, y sus clientes quedaban satisfechos por su buen trabajo y predisposición. Y además, estaba convencido de que su aspecto impecable fue decisivo para conquistar a Cayetana.

Ahora que los años se habían llevado el empuje y el coraje de la juventud, ahora que Joaquín había olvidado el arte del cortejo, el hombre sentía más que nunca la necesidad de estar perfectamente arreglado para conocer a aquella mujer de la clase de internet.



Helia llevaba escasos minutos sentada en una mesa de El Confidente y ya empezaba a costarle mantener la concentración en la lectura. Y no solo por las punzadas que había comenzado a sentir hacía pocos instantes en el vientre y que bajaban en oleadas por las ingles y hacia el muslo izquierdo. Era sobre todo por el miedo. Aquellos calambrazos eran el aviso de que su próxima regla estaba bajando y significaban el preludio de unos dolores infernales que la incapacitaban para cualquier cosa, incluso la simpleza de mantenerse sentada de forma digna. Cuando el dolor alcanzaba su pico más alto, Helia se sentía a punto de enloquecer.

Aquella tortura solo podía remediarla ciertas pastillas que le había recetado la ginecóloga. Helia buscó en el bolso. Solía llevar varias dosis de las santas pastillas para remediar situaciones imprevistas como aquella. Sacó el blíster y con desesperación descubrió que estaba agotado. Tomó el monedero y contó el dinero que le quedaba. Era insuficiente. Una caja de aquellas pastillas costaba el doble de lo que tenía en ese momento.

Helia miró en derredor intentando descubrir una solución. Tenía que mendigar, no le quedaba otra. Pero ¿a quién? Solo conocía a Miguel, pero era un estúpido, y ella había hecho el ridículo el día anterior al quedarse muda. Si ahora le pedía dinero, seguro que él le haría un montón de preguntas a las que ella no sabría ni tendría tiempo de responder.

Los dolores iban en aumento. En alguna ocasión Helia oyó que las contracciones de parto eran parecidas a los dolores de la menstruación. Bien, en ese caso, ella paría todos los malditos meses.

¡La sangre! Helia se dio cuenta de que si no se daba prisa mancharía la silla. Qué vergüenza.

Por supuesto, tampoco le quedaban compresas en el bolso. Fue hasta el baño con la idea de ponerse papel higiénico. Había cola. La cafetería era pequeña y tampoco había demasiada gente, pero hoy, en ese preciso instante, tenía que haber cola para entrar en el baño.

Helia empezó a encogerse. Se sentó en un taburete de la barra e intentó adoptar una postura lo menos forzada posible para no llamar la atención. Entrelazó las piernas y apoyó los brazos cruzados sobre la rodilla. Doblada de esa manera podía hacer fuerza cada vez que la sacudía un nuevo espasmo.

Al fin le llegó su turno. Al bajarse los vaqueros, una mancha rojiza asomó en la entrepierna del pantalón. Helia miró por fuera de la tela, para comprobar que la sangre no hubiera calado hasta el exterior y suspiró aliviada al descubrir que ese no sería un problema. Se colocó unas largas tiras de papel higiénico para contener la hemorragia y se subió los pantalones.

Pero apenas encontraba fuerzas. El dolor se estaba haciendo intolerable. En contra de las advertencias de su madre y olvidando el asco que podía haber sentido en una situación menos urgente, Helia se sentó en la taza del váter. Las piernas ya no la sostenían. ¿Cómo demonios iba a salir de allí? No podía ni levantarse y aún tenía que pedir dinero e ir hasta una farmacia. Helia rompió a llorar de dolor, de desesperación, de vergüenza. Alguien comenzó a aporrear la puerta. «¿Hay alguien?». Varias mujeres murmuraban fuera. «Está ocupado», logró decir Helia casi tiritando.

Encogida y con la cara desencajada, Helia se dispuso a salir del baño. Tenía que conseguir marcharse lo antes posible, aunque eso implicara irse sin pagar. Si no, iba a montar un escándalo mayúsculo en uno de sus sitios preferidos y después no tendría el valor de regresar.

Mientras giraba el picaporte de la puerta, la chica se enderezó. No podía salir al exterior y aparecer ante los demás como si alguien le hubiera pegado un tiro en la tripa. El dolor le recorrió todo el cuerpo y le bañó la piel de un sudor frío y electrizante. Aquella postura estirada era una tortura, el dolor se había multiplicado por mil. Las piernas le flaquearon y se tambaleó. Se agarró a una mujer que esperaba en la cola y que le devolvió una mirada mezclada de extrañeza y algo de repugnancia. Helia quiso disculparse pero los ojos se le empezaron a nublar. Antes de caer al suelo, Helia notó que se estrellaba contra una mesa.



Raquel se había perdido entre las caricias de Iván. Él entrelazaba sus dedos en la melena de ella, hacían tirabuzones y le hacían cosquillas en la nuca. Llevaban un buen rato besándose y el deseo apremiaba.

—¿Qué tal si hoy pasamos del curro y nos tomamos la tarde libre? —propuso Iván levantando una ceja.

—Pero debo volver a la oficina... —Raquel tenía un alto sentido del deber y no concebía faltar al trabajo por una tarde de placer, aunque fuera con Iván.

—Nosotros somos los jefes, ¿no? Nadie nos va a pedir cuentas. Además, tenemos una reunión pendiente que es muy importante y... muy urgente.

Iván se aproximaba al cuello de Raquel para sellar el acuerdo, pero no le dio tiempo. Una chica joven se precipitó hacia su mesa y cayó a sus pies.

Raquel bajó de su silla para atenderla y las dos mujeres de la cola la imitaron.

—¿Estás bien?, ¿me oyes? —le dijo Raquel mientras le cogía la cara y le quitaba las gafas, que se habían quedado descolocadas con el trompazo.

Por suerte, la chica no estaba inconsciente; se movía un poco y parecía querer decir algo.

—¡Paso, paso! —Miguel apareció raudo y se agachó al lado de la chica. Le dio unos toques en la cara para que espabilara.

Entre Raquel y Miguel la incorporaron. Tenía la cara pálida y se llevaba las manos a la tripa. Parecía enferma.

—¿Qué te ha pasado? —le preguntó Miguel con cierta angustia.

A Raquel le extrañó esa preocupación por parte del camarero. No le cabía duda de que prestaba atención a sus clientes y que siempre se mostraba amable y solícito, pero lo consideraba demasiado frívolo y superficial como para afligirse de ese modo.

—Necesito unas pastillas..., por favor.

—Claro, voy a la farmacia. Apúntame aquí cuáles son —le dijo Miguel tendiéndole el bloc donde anotaba los pedidos.

La chica apuntó con dificultad el nombre y el precio, y le devolvió la libreta al camarero.

—Son caras... Ahora no tengo dinero suficiente, pero te lo devuelvo mañana, te lo juro —dijo ella con un asomo de angustia.

—No te preocupes por eso. Enseguida vuelvo.

Raquel miró cómo Miguel se apresuraba y se quedó observando a la chica con curiosidad. «¿Se habrá liado también con esta?». La atención que Miguel le había dispensado había sido especial, pero aquella muchacha no parecía su tipo. Era bastante corriente e insulsa. Parecía tímida y seria, lo que no encajaba con el carácter abierto y desenfadado de Miguel.

La chica seguía en el suelo, hecha un ovillo. Se había puesto en cuclillas y apoyaba la frente en las rodillas.

—¿No prefieres estar sentada? O tumbate en uno de los sillones. Estarás más cómoda —le dijo Raquel, que había vuelto a sentarse en su silla.

—No, no, prefiero estar así.

—Esto es por la regla, ¿no?

La chica asintió.

—¿Y te pasa muy a menudo?

La chica volvió a afirmar con la cabeza.

—Pues menuda faena. A mí también me duele, pero no tanto, ni muchísimo menos.

La chica se había arremangado y se mostraba sofocada. Raquel tomó la carta de los postres y la abanicó.

—Muchas gracias —musitó la muchacha con una sonrisa.

—¿Y por qué te duele así de fuerte?

—Ovarios poliquísticos y útero invertido.

—¿Y qué solución tiene eso?

—Operarme o terminar mis estudios. La ginecóloga está convencida de que a mis ovarios les salen quistes por los nervios.

—¿Y cuánto te queda para acabar?

—Este año.

—Anda, pues qué bien, ¿no?

Raquel notaba que a la chica le costaba hablar y que tampoco le apetecía, así que dejó de molestarla con su charla. Continuó abanicándola y le puso la mano que le quedaba libre en la espalda, trazando círculos amplios y pausados.

Al poco rato, Miguel llegó corriendo hasta ellas y se agachó. Le mostró la caja a la chica.

—¿Son estas?

—Sí. ¿Me puedes dar un vaso de agua?

Miguel fue a la barra y trajo una botella de agua mineral.

—Bueno, creo que ya está todo hecho aquí, ¿no? —dijo Iván—. ¿Nos vamos?

—Sí, vámonos —replicó Raquel, que seguía maravillada ante la delicadeza de Miguel, y dirigiéndose a la chica, le dijo—: Hasta luego. Y cuídate.

—Gracias. Adiós.



—Menudo susto nos has dado, rica... —dijo Miguel en tono burlón.

Después de que Helia hubo ingerido el doble de la dosis normal de pastillas, los dolores remitieron hasta desaparecer. El efecto de aquella medicina era casi inmediato e igual de fulminante que el dolor que remediaba.

El camarero la condujo hasta una mesa y allí se sentaron, mientras Asier le turnaba en la barra. Ella le insinuó con medias palabras lo que le había ocurrido.

—Lo siento..., no quería montar un espectáculo, pero me cogió desprevenida.

—No tienes que pedir disculpas, qué tontería.

—Ya, pero qué vergüenza. La gente habrá pensado que estaba borracha o que me habría drogado en el baño.

—Pues si piensan así, son todos unos payasos. Que les den...

Helia sonrió.

—¿No te preocupa lo que los demás digan de ti? —preguntó ella.

—Depende de quiénes sean esos «demás». Me importa la opinión que de mí tenga la gente a la que quiero. De los otros, no, y de los desconocidos, ni te cuento.

—Es una suerte pensar de ese modo...

Helia recordó que tenía otra urgencia que resolver y que comprometía la pulcritud de sus pantalones.

—Me tengo que ir, pero mañana vuelvo y te daré el dinero.

—Tranquila, mujer..., no te preocupes, de verdad. Además, te invito a lo que estabas tomando.

—Gracias —dijo Helia con una sonrisa franca y abierta. Cogió el bolso y emprendió el paso hacia la salida.

Antes de abrir la puerta, la chica se volvió. Miguel la miraba sonriente y con una mano alzada la despedía.



Adela había mandado a Ana, su secretaria, a recoger a Mateo a su clase de pintura. A veces Adela tenía que endilgarle algunos encargos de carácter personal, pero aquellos engorros extra iban en el sueldo, superior a la media, y además, Adela sabía cómo recompensar a su secretaria. Al final, Ana era apreciada no solo por ser una buena empleada, sino también por tratar a su familia con respeto y discreción.

La psicoanalista le había conminado a Ana a no dejarse ver por su padre. Le indicó que aguardara la salida de Mateo en la calle, como hacía Joaquín, pero no demasiado visible. Adela esperaba que su padre fuera tan exageradamente puntual como siempre y ya estuviera sentado en la clase antes de que diera la hora. De ese modo, Ana y Joaquín no se encontrarían, él no haría preguntas y ella no tendría que dar explicaciones.

Adela no quería decepcionar a su padre por no presentarse ella misma a buscar a Mateo. De hecho, estaba segura de que todo aquello de querer aprender internet era una estratagema para obligarla a atender a Mateo. Adela había visto en el rostro de Joaquín que él no aprobaba la distancia que la separaba de su hijo y no entendía que el trabajo absorbiera todo su tiempo. Pero no podía hacer otra cosa. Aquella era la mejor solución. Era la única solución.

En su mente se cruzó un pensamiento recurrente que le recordó que sí había otra opción: Pablo. El niño añoraba terriblemente a su padre. A pesar de que ella le odiara tan profundamente, no podía obviar que ambos tenían un vínculo especial. En ocasiones pensaba que el estricto régimen de visitas alentaba ese deseo de estar juntos. Quizá si se vieran más a menudo, Mateo le querría menos... Sí, Adela tenía que admitir que deseaba que su hijo quisiera menos a su padre, que preguntara menos por él, que no le diera esos abrazos cuando se encontraban un fin de semana de cada dos, o las lágrimas y los hipoes de Mateo cuando ambos se despedían. Adela sentía una rabia ardiente en la boca del estómago cada vez que asistía a esas escenas de mutua devoción. Por eso, no en pocas ocasiones mandaba a Ana o a su padre a realizar el intercambio del niño con Pablo.

En realidad, era normal que Mateo le profesara ese amor a su padre. Y no solo por el consabido lazo paternofilial. Pablo era un padre comprometido y cariñoso. Tanto era así, que mientras vivían juntos, él parecía la madre porque pasaba más tiempo con el niño. Jugaba con él, le mimaba, le hacía la comida, le bañaba, le leía cuentos. Mientras, Adela se dedicaba a investigar, a trabajar, a hacer crecer su consulta y ganarse una reputación.

Adela le había dejado a Pablo demasiadas responsabilidades a su cargo. Su gran error fue confiar en él, y a partir de ahí, ya fuera por casualidad o por una especie de condenado efecto mariposa, su vida derrapó.



Joaquín echó una ojeada al interior del aula de informática. Aún no había llegado nadie. Consultó su reloj y vio que aún faltaban diez minutos para que comenzara la clase.

La sala era pequeña. Estaba equipada con varias mesas, dispuestas sin orden, ordenadores, una pizarra y una gran mesa para la profesora. Joaquín contó los puestos disponibles: ocho. Definitivamente a los mayores no les interesaba demasiado la informática.

El reloj de la sala contaba los segundos con un tic tac furioso que a Joaquín le ponía los nervios de punta.

¿Dónde se sentaría ella? El día anterior le pareció que la mujer se había colocado hacia el final de la clase. ¿Elegirá el mismo sitio? Joaquín supuso que la costumbre haría que todos se sentaran en los mismos puestos. Fue hacia el fondo y en la última fila el hombre eligió una de las dos mesas libres. Miró buscando señales de algún posible propietario, pero no encontró nada. Se sentó.

Cerca se hallaba la ventana. Joaquín echó un vistazo al exterior. ¿Quién sería la canguro de Mateo? El hombre sintió remordimientos de nuevo. Tendría que haber esperado más tiempo para que Adela pudiera seleccionar a una buena canguro. ¿Y si con las prisas había contratado a una desalmada o a una tontaina que no le prestara la menor atención a su nieto? A lo lejos divisó a Ana, la secretaria en la consulta de su hija, agazapada tras una esquina. Joaquín no tardó en comprender. ¡Adela ha enviado a su secretaria a encargarse de su hijo! De nuevo, esa pobre chica tenía que ocuparse de los problemas de Adela... Un momento, ¿y con quién se va a quedar el niño? Es imposible que Adela pueda prescindir de Ana mientras están trabajando... Tal vez Ana iba a llevar al niño a otro sitio, quizá a la casa de la nueva cuidadora. Sí, eso sería lo más probable.

El chirrido de la puerta apartó la mirada de Joaquín de la ventana. Entraba la misma chica joven y con gafas que el día anterior le había hablado y que él supuso era la profesora.

—Buenas tardes —dijo ella—. ¿Viene a la clase de internet?

—Buenas tardes, señorita. Sí, acabo de apuntarme.

—Vale, me avisaron de que hoy vendría un alumno nuevo... —La chica consultó unos papeles y añadió—: Joaquín Estévez, ¿verdad?

—Sí, eso es.

—Le habrán informado de que ya llevamos algunas sesiones, así que sus compañeros estarán algo más avanzados que usted.

—Sí, me lo han dicho, pero me pondré al día.

La chica sonrió.

—Cuando hagamos ejercicios me pondré con usted y le explicaré lo que necesite.

—De acuerdo. Muchas gracias.

—Por cierto, me llamo Helia.

—Encantado.



De vuelta en la oficina, Raquel trataba de concentrarse frente a la pantalla de su portátil, pero un torbellino de sensaciones e ilusiones la mantenía en un estado de excitación que no era capaz de sosegar. Tendría que haber accedido a celebrar el reencuentro como Iván había propuesto. Total, de todos modos, Raquel ya no podría terminar el trabajo que tenía pensado para esa tarde. Dios mío, él era tan guapo...

Iván insistió en que fueran a casa de ella o un hotel cercano. Él se había mostrado muy apasionado. La tenía cogida por la cintura y le mordisqueaba el cuello y el lóbulo de la oreja. Raquel tuvo que hacer un esfuerzo titánico para controlar las convulsiones de deseo que le recorrían todo el cuerpo. Adujo una reunión ineludible a la que ya llegaba tarde. Iván se rindió y propuso que se vieran esa noche. «Vente a mi casa. Cenaremos, beberemos champán...», dijo Raquel.

En realidad, el trabajo que tenía que hacer esa tarde tampoco era tan urgente. Había algo más que la había detenido en su cita con Iván. Raquel tenía miedo de dejarse llevar otra vez demasiado lejos. Ella no era, desde luego, como esas otras mujeres que saben hacerse de rogar y tienen a sus hombres comiendo de su mano. Raquel pensaba que parte de sus fracasos sentimentales se debían a la precipitación con que empezaban y se desarrollaban sus relaciones. Esta vez no quería fallar. Por eso echó el freno con Iván. Era demasiado pronto para irse a la cama con él, no quería que el hombre de sus sueños la catalogara dentro de la nómina de chicas facilonas listas para desechar. Sí, razonar de ese modo era anticuado, no iba con ella y tampoco quería imaginar que Iván podía pensar así. Pero la realidad de su historial se daba de bruces contra sus creencias de mujer moderna y liberada.

En cualquier caso, aquella estrategia del fuego lento no era incompatible con mandar algún mensaje cariñoso. Raquel cogió el teléfono y le mandó un WhatsApp. «¿Hay alguna comida que no te guste? No quisiera darte algo que no soportes».

Mientras esperaba la respuesta, Raquel repasó mentalmente los diferentes restaurantes que servían comida a domicilio y pensó si sería mejor mentirle a Iván sobre la procedencia de la cena o si tendría que obviar esa conversación para evitar confesar que entre sus talentos no se hallaba el de la destreza en los fogones. Lo que estaba claro es que la verdad estaba descartada por completo. Solo era su segundo encuentro con él y por experiencia ya había comprobado que ningún hombre le reía la gracia de ser una auténtica inepta en la cocina.

Raquel cogió de nuevo el móvil para cerciorarse de que Iván aún no había respondido. «Debe de estar liado», pensó Raquel. «Ya me dirá algo».



Mateo había entrado en el despacho de Adela como un torbellino.

—¡Mamá!

El pequeño fue corriendo hasta su sitio y la abrazó.

—Hola, cariño mío. ¿Qué tal la clase?

—Guay. Mira lo que he hecho.

El niño sacó una cartulina con formas extrañas. Adela creía que su hijo pintaba bien, pero aquello era una masa informe difícil de descifrar.

—Qué chulo, ¿eh?... Ummm, ¿y qué es?

—Es un monstruo *austracto*.

—¿Cómo?

—La profe quiere que ahora hagamos dibujos *austractos*, con formas raras.

—¡Ah...! ¡Pintura abstracta! —Adela respiró aliviada.

—¡Sí! Este monstruo está enfadado, por eso le salen estos rayos y...

—Uy, qué bien. Pues ahora vas a sentarte un ratito con Ana a practicar con esos dibujos abstractos, ¿vale, cariño? Mamá tiene que trabajar.

—¿Y el abuelo?

—Está en clase de internet. Luego Ana te lleva a casa y os contáis lo bien que os lo habéis pasado.

En ese momento Adela se dio cuenta de que su padre no tardaría en darse cuenta de que no había ninguna canguro. En cuanto él viera a Ana, lo deduciría todo, le preguntaría a su nieto cómo le había ido la tarde y Mateo le contaría que había estado aburrido en el despacho de mamá.

—Jo, pero es que esto es un rollo...

—Ya, ya lo sé, peque, pero es un ratito de nada, verás que se te pasa volando.

Adela empujó suavemente a su hijo de camino hacia la puerta y Ana le tomó de la mano para hacerle salir. El niño se dejó llevar con el rostro compungido y los ojos lastimeros. Adela pensó que había tenido suerte con su pequeño. Él apenas protestaba y casi nunca armaba las rabietas que otros niños montaban, a pesar de que tenía razones sobradas para hacerlo. Era un niño maravilloso y ella, una madre pésima. Sintió un nudo en la garganta, pero enseguida tragó. El nuevo paciente ya asomaba en el quicio de la puerta.



Joaquín miró su reloj de nuevo y comprobó la hora en aquel que colgaba de la pared. Ambos marcaban casi las seis y diez minutos. La clase ya había comenzado y no había ni rastro de la mujer. «¿Será posible que tenga que faltar justamente hoy?».

En ese instante, la puerta se abrió. Un rostro lleno de luz se asomó con gesto travieso y miró hacia la profesora:

—¿Se puede?

Helia sonrió con indulgencia.

—Claro, Silke, pasa.

Era ella. La mujer encantadora y bella, de ojos clarísimos y pelo largo. Vestía una ligera

túnica blanca, con bordados florales en granate, combinada con un pantalón del mismo tejido y también blanco. Cruzando el pecho colgaba un enorme bolso de múltiples colores y estampados. Caminó hacia el fondo y se sentó en la mesa al lado de Joaquín. Él se había quedado mirando embobado y solo volvió en sí cuando ella le saludó.

—Buenas tardes.

Hablaba raro, con un acento extraño.

—Silke, tu compañero se llama Joaquín, es nuevo. ¿Querrás echarle una mano? —dijo la profesora.

—¡Claro, cómo no!

¡Cielos! Cómo era posible que una mujer fuera tan encantadora y sublime. Cayetana también era de carácter afable, pero el de esta señora añadía un matiz vivaracho que Joaquín no podía dejar de admirar.

—Me llamo Silke.

—¿Disculpe?

—Sil-ke —repitió ella enfatizando cada sílaba—. Es un nombre alemán, aunque yo soy de Estados Unidos. Nací en San Francisco.

—Yo... yo... yo soy Joaquín —acertó a decir el hombre entre tartamudeos.

—¿Sabe algo de ordenadores?

La sonrisa y la sincera amabilidad de ella relajaron a Joaquín.

—Ni idea —confesó él.

—¡Pues ya somos dos! —replicó ella entre risillas nerviosas.

Silke sonrió y Joaquín se deshizo. Sus mejillas estaban encendidas como las de una chiquilla y sus pecas parecían chisporrotear en ese rubor rosado.

El antiguo electricista se sintió rejuvenecer ante aquella mujer. Le parecía que eran dos adolescentes en el instituto, cuchicheando mientras la profesora impartía su materia. Por primera vez en muchísimos meses, Joaquín se sintió bien.



A Helia le estaba resultando algo complicado impartir la clase de internet. Por un lado, los dolores de la menstruación y el desmayo en El Confidente la habían dejado débil y, además, esa oportunidad de conocer otra cara de Miguel le restaba gran parte de su capacidad de concentración. Encima, Silke no paraba de cuchichear con su nuevo compañero, aunque eso tampoco era raro; aquella mujer no podía estarse quieta ni un minuto. Lejos de llamarle la atención, Helia sonrió para sí.

En las pocas semanas que llevaba dando esas clases de informática, ella y Silke se habían hecho amigas. Helia no podía dejar de extrañarse cada vez que lo pensaba. Ella, una estudiante de veintidós años, era amiga de una señora de sesenta y tres. Pero era imposible no caer en sus redes; los hombres babeaban con ella y las mujeres, lejos de sentirse amenazadas, buscaban su compañía.

Una tarde, al terminar la clase, Silke le suplicó a Helia que la acompañara a su casa. Sabía que existía el Skype ese, pero no tenía ni idea de cómo instalarlo en su ordenador y mucho menos utilizarlo. Su hijo, que vivía en Estados Unidos con su mujer y su hija recién nacida, había intentado guiarla a través del teléfono, pero todos los intentos fueron infructuosos. Helia no pudo resistirse a las súplicas de Silke y realmente tampoco quiso. La señora le había llamado la atención poderosamente y le picaba la curiosidad saber algo más de ella.

Su casa era un fiel reflejo de su aspecto. Estaba decorada con objetos exóticos, plantas, muebles de diferentes estilos y colores a gogó, que sin saber cómo, casaban a la perfección. El aire olía a incienso y un gato marrón chocolate de ojos grises saltaba de un lado a otro.

Mientras Silke fue a preparar un té, Helia se acercó a un rincón donde colgaba una serie de fotografías antiguas, algunas en blanco y negro, otras, en color. En muchas de ellas estaba Silke de joven. El análisis de las imágenes confirmaron lo que era evidente: Silke había sido *hippie*. Helia se detuvo especialmente en un marco que encerraba un recorte de periódico. Era un plano de Silke hasta la cadera, tomada de perfil. Llevaba el pelo suelto y muy largo, hasta el final de la espalda, sujeto en la cabeza por una diadema que le ceñía la frente. Las muñecas estaban adornadas por múltiples pulseras. Silke tenía un brazo alzado, los ojos semicerrados y una sonrisa relajada. Parecía estar bailando. En su rostro brotaba la belleza y la juventud en todo su esplendor.

Pero la poderosa atracción de esa imagen estaba en la total despreocupación que desprendía. Silke únicamente vestía una falda. Un mechón de pelo ocultaba parcialmente un pecho pequeño, cuyo pezón despuntaba arrogante y joven. «¿Te gusta?», le preguntó Silke de pronto, que había llegado hasta su lado sin que Helia se diera cuenta. La muchacha enrojeció al verse descubierta, pero Silke estaba lejos de molestarse. «Es una fotografía muy bonita, ¿verdad?», dijo ella sin asomo de vanidad. «Es de 1967, durante el Verano del Amor, ¿te suena?».

De ese modo, Silke comenzó a contarle a Helia algo de su vida. Era hija de unos alemanes que, al poco de casarse, emigraron a Estados Unidos. Montaron una tienda de productos naturales en San Francisco y establecieron su residencia en el vecindario de Haight Ashbury, sin saber que esa decisión marcaría la vida de su única hija.

Durante los años sesenta, el barrio empezó a convertirse en el puerto en el que recalaban artistas y jóvenes con un estilo de vida en común, abanderada por el pacifismo, la libertad y el amor libre. Durante su adolescencia, Silke asistió a ese ir y venir de bohemios que desafiaban las normas y la cultura imperante, y que protestaban contra la guerra de Vietnam.

En 1967, los cantantes de moda exhortaron a los jóvenes a que lo abandonaran todo para ir al Verano del Amor en San Francisco. Silke estaba cerca de cumplir los dieciocho años y a punto de entrar en la universidad para estudiar Derecho. Pero aquel verano de música, amor y LSD trastocó su vida para siempre.

Para disgusto de sus padres, Silke hizo suyo el estilo de vida *hippie*. Abandonó su proyecto de estudiar Derecho y se marchó a Ibiza, una isla bañada por el Mediterráneo donde se congregaba un buen número de *hippies* para realizar el sueño de vivir en comunidad, paz y amor.

En la isla española, Silke aprendió a trabajar con las manos. Hacía artesanías de todo tipo, pero lo que más le gustaba era elaborar prendas y complementos con el ganchillo, y no solo con

lanas. Silke convertía en hilo una infinidad de materiales, como cordel de atar paquetes, tiras de ropa vieja, rafia, cuero o bolsas de plástico. Lo mismo tejía un jersey que una alfombra o unos pendientes. Silke y sus amigos vendían sus creaciones artesanales en el mercadillo de la isla, que con el tiempo se fue haciendo famoso y un reclamo pintoresco para los turistas.

Silke siguió al pie de la letra el principio de amor libre. Durante su estancia en Ibiza, conoció a muchos hombres —también a alguna que otra mujer—, pero solo hubo uno que de verdad la conquistó. Paul era un inglés que había abandonado sus estudios de Medicina para vivir una nueva experiencia, lejos de las constreñidas pautas burguesas con las que se había criado.

La pareja mantenía una relación abierta, como no podía ser de otra manera. La fidelidad y la monogamia eran cosa del pasado, unas normas absurdas y artificiales que reprimían los instintos naturales. Ellos se querían, sí, y pasarían su vida juntos, porque estaban hechos el uno para el otro, pero eso no impedía que ambos dieran rienda suelta a sus pasiones de vez en cuando con quien las despertara.

Durante muchos años, Silke aceptó de buena gana el pacto que habían acordado. Pero su tolerancia encontró un límite después de tener a su pequeño Alexander. Paul apenas prestaba atención al bebé, escudado en la duda de que él pudiera no ser el padre. Pero eso no era más que una frágil excusa, pues ambos sabían que hacía tiempo que Silke había renunciado a acostarse con más hombres. A Silke le dolía ver al amor de su vida con otras mujeres, pero lo que no le perdonaría nunca era esa insensibilidad que acababa de descubrir en él y que la había dejado estupefacta. Silke sabía que no podría soportar el disparate de criar a su hijo con un padre presente y ausente al mismo tiempo.

Después de haber pasado quince años en Ibiza, Silke se despidió de su amada isla con un pinchazo en el corazón, pero saludando con alegre esperanza la nueva vida que había elegido. Sus padres la habían reclamado de vuelta a San Francisco en diversas ocasiones, prometiéndole que no le iban a faltar las comodidades, pero su vida en comunidad la había despojado de la necesidad del bienestar material. A Silke le bastaba con tener a su hijo al lado y la promesa de una historia excitante a la vuelta de la esquina. «Viví en varias ciudades, pero solo encontré mi sitio aquí, quizá también porque tuve la oportunidad de montar mi tienda de manualidades», le había contado Silke a Helia. «Paradójicamente, mi hijo conoció a una americana, de San Francisco, y allá se ha ido a vivir. Mis padres sufrieron con mi ausencia, pero están disfrutando de lo lindo con su nieto y su bisnieta», dijo Silke con una risa alegre y sincera.

Aquella tarde, Helia se quedó con las ganas de saber algo más de los derroteros de aquella fascinante mujer a la que había empezado a admirar.



«Tengo que cancelar nuestro plan. Mi mujer ha preparado una cena de última hora con unos amigos en casa. Te voy a echar mucho de menos, guapa». El mensaje de Iván la había decepcionado y alegrado a partes iguales. Por un lado anhelaba estar a solas con su amor platónico del instituto, que él la besara y la acariciara como había hecho en El Confidente de

Melissa. Pero a la vez sentía el alivio de postergar el momento más íntimo, que Raquel pretendía retrasar lo máximo posible.

Desde que se separaron a la salida de la cafetería, Raquel no había dejado de pensar en cómo seguir manteniendo la relación en la fase de besos y caricias. Si fueran unos adolescentes le resultaría más fácil aducir cualquier excusa, pero con treinta y tres años, muchos de esos pretextos sonaban ridículos. Raquel estaba decidida a jugar un poco al gato y al ratón, segura de que aquella apuesta encendería el interés de él y lo haría caer rendido a sus pies.

Se le ocurrió que durante la noche podría enviarle algunos mensajes excitantes que lo pusieran nervioso y lo obligaran a pensar en ella durante esa cena con amigos. Qué gran idea.

Sí, esta vez saldría bien.



—De acuerdo, por hoy hemos terminado. Mañana nos vemos —dijo Helia metiendo sus apuntes en la carpeta.

Joaquín miró a Silke y calculó la posibilidad de invitarla a merendar o a un paseo, u ofrecerse a acompañarla a casa. Bien podía llamar a Adela y pedirle que la canguro aguantara un poco más hasta que le entregara a su nieto... No, quizá era demasiado pronto. Aún quedaba mucho curso por delante y no quería darle a Silke la sensación de ser un viejo loco desesperado.

—¡Hasta mañana, Joaquín! —dijo Silke cogiendo su bolso.

Antes de que Joaquín tuviera tiempo de responder, la mujer se dirigió con paso veloz hasta la profesora y le entregó un pequeño paquetito. Era un par de pendientes.

—¡Ah! ¡Qué bonitos! Los has hecho tú, ¿no?

—Sí, claro.

—Muchas gracias... ¿Te invito a tomar algo?

—Vale —respondió Silke con entusiasmo.

Joaquín pasó delante de las mujeres y se despidió.

—Hasta mañana. Que pasen buena tarde.

Silke le sonrió y le devolvió el saludo con la mano. Joaquín se marchó de la sala pensando que tal vez podía ser fácil invitar algún día a Silke.



Cuando Raquel salió de la oficina no sabía muy bien qué hacer. La falta de concentración la había llevado a terminar su jornada laboral antes de lo habitual, así que se sintió desorientada.

Quizá podría tomar algo, pero tampoco le apetecía estar sola. ¿Qué pensaría Miguel si iba a El Confidente otra vez y después de haberse besado con otro delante de sus narices? En realidad, no tendría que tomárselo a mal porque ellos no eran nada. No habían puesto nombre a su relación, poco sabían el uno del otro y ni siquiera planeaban sus encuentros. Raquel estaba segura de que ambos eran bien conscientes de que aquello era una aventura sexual sin

importancia y con fecha de caducidad.

Estaba decidido. Raquel iría a visitar a su amigo Miguel. Y con suerte, él la invitaría.



Silke era una caja de sorpresas. Helia nunca pensó que podía hacerse amiga de una señora de sesenta y tres años, pero allí estaba, sentada en El Confidente, deseosa de compartir otra tarde con aquella mujer que parecía haber vivido cien vidas.

A Helia le gustaría ser como Silke. Era activa, abierta, carismática. Y a pesar de la edad, había que reconocer que la condenada era bien guapa y esbelta. Si era verdad eso de que el bienestar interior da la belleza, Silke debía ser la confirmación de la hipótesis.

Helia se sentía un poco avergonzada por regresar al Confidente tan pronto después del desmayo. Sin embargo, tenía que reconocerse que le apetecía ver otra vez a Miguel. El camarero había acudido en su ayuda como los príncipes de los cuentos rescatan a sus princesas de las mazmorras.

Desde luego había sido una gran coincidencia que Silke también fuera asidua de la cafetería. Era amiga de Asier, el dueño. «Le conocí en Ibiza», le había dicho Silke.

—¿Así que este tal Asier también es un *hippie*? —dijo Helia después de que el dueño las hubiera invitado a dos cafés vieneses acompañados de dulce de leche.

—Ajá... Le perdí la pista durante una eternidad, hasta que un día, buscando el centro cultural, me encontré con la gitana de la puerta, que me guio hasta aquí.

—¿En vez de indicarte correctamente el centro, te mandó aquí?

—Sí... Curioso, ¿verdad? Cuando vi el nombre de la cafetería, me dio un vuelco el corazón. Tenía que ser Asier, estaba claro, así que entré y ahí estaba él, detrás de la barra.

—¿Supiste que era tu amigo por el nombre del bar?

—Es que El Confidente de Melissa es más que un nombre, querida. Ese confidente tan sensacional que ves ahí —replicó Silke señalando el confidente decorativo del rincón— lo hizo Melissa con sus propias manos. Melissa era la mujer de Asier y ese confidente fue... su regalo de despedida.

—¿Ah, sí? —dijo Helia y con cara suplicante añadió—: Cuenta, cuenta.

—Melissa llegó una noche a nuestra comuna, muy asustada y suplicando ayuda. Era muy jovencita, calculamos que tendría unos quince años. Decía que era huérfana y que había tenido que huir del orfanato porque la maltrataban y el director quería matarla. A todos nos pareció una historia algo exagerada, pero su cara de miedo era real, así que no dudamos en acogerla con agrado. A la mañana siguiente, ella apareció radiante y feliz, y así continuó muchos días más. Ella era encantadora de verdad, tan guapa, tan chiquitita y con esos ojos verdes tan brillantes... Ayudaba en todo y se adaptó estupendamente a la comuna. Además, resultó ser una ebanista consumada. Nos contó que su padre le había enseñado a hacer algunos muebles y a tallarlos. Tendrías que haber visto algunas de las cosas que hizo, Helia. Ese confidente es solo un pequeño ejemplo de su enorme arte... Pero ya sabes que todos los genios tienen una pizca de locura. O

eso era lo que pensábamos de Melissa. A veces, la chiquilla corría a esconderse presa del pánico. Aseguraba que había visto a los secuaces del director, como ella los llamaba, que habían descubierto su escondite y que iban a matarla. A esas alturas nosotros ya habíamos deducido que Melissa era una niña que se había enfadado con sus padres y se había fugado de casa, y que montaba esos numeritos para dar pena y que la creyésemos.

—No me digas...

—Espera, que aún no he terminado. Asier enseguida se enamoró de ella. Nos confesaba que, a pesar de que la quería como nunca había imaginado, y que quería pasar el resto de su vida con ella, le preocupaba ese carácter tan volátil. Paul, que como sabes había estudiado Medicina, le dijo a Asier que pensaba que Melissa podía padecer esquizofrenia. No estaba seguro, pero nos enumeró los síntomas y estos, desgraciadamente, coincidían con sus arrebatos.

—¿Sí? Pobrecilla... ¿Y después qué pasó?

—Después, Melissa se quedó embarazada. Ella estaba ilusionadísima porque iba a tener su propia familia y ya nunca más estaría sola. Pero el embarazo lo empeoró todo. Esas alucinaciones fueron haciéndose más frecuentes y cada vez eran más terribles. La pobre incluso se arañaba y se tiraba del pelo. Se quedaba hecha un guiñapo. Asier sufría por Melissa y por ese pequeño hijo que le iba abultando el vientre. Entonces, una mañana, a la salida del sol, Melissa salió corriendo de su caseta, dando unos alaridos que ponían los pelos de punta. Iba sin rumbo, mientras Asier intentaba darle caza. Pero Melissa no oía ni veía a nadie que no fueran sus perseguidores imaginarios. Al llegar a un acantilado siguió corriendo y cayó. Quedó aplastada sobre las rocas... Lo más paradójico de todo es que Melissa eligió para su muerte un escenario tan bello como lo fueron ella y sus muebles, con las olas bañándole el camisón y el sol despuntando al fondo. —Silke se emocionó. Desvió los ojos brillantes hacia la ventana y continuó—: La tarde anterior Melissa había terminado un confidente precioso. Ella normalmente vendía lo que hacía, pero deseaba que aquel mueble formara parte de su hogar. Decía que cuando naciera el bebé, ella y Asier podrían sentarse frente a frente y pasarse la criatura el uno al otro.

El silencio se instaló entre las dos. Silke seguía emocionada, perdida entre sus recuerdos. Helia se había quedado compungida, pero tragó saliva, resuelta a romper la tensión.

—¿Y qué pasó con Asier?

—Estuvo fatal durante semanas. Apenas se relacionaba con los demás, no comía, dormía poco. Siempre estaba mudo y cabizbajo. Entonces, un día nos anunció que se marchaba a conocer mundo, que quería viajar y vivir en todos los rincones del planeta. Como podrás imaginar, en su equipaje no faltaba ese confidente. No volví a saber nada más de él hasta hace varios meses, cuando entré aquí por primera vez. No sabes qué alegría me dio encontrarme con él de nuevo y ver que estaba bien, feliz. Me contó que fue de un lado para otro, donde aprendió a cocinar todas esas recetas extranjeras que él hace aquí, y que regresó hace algunos años. Su madre estaba muy malita, se iba a morir, y solo deseaba poder ver a su único hijo por última vez. En herencia le dejó unos ahorros que él invirtió en esta cafetería, ya que estaba cansado de vagar como un nómada. Asier dice que esta cafetería es su manera de resumir su corretear por el mundo y, sobre todo, honrar el recuerdo de Melissa y su hijo no nacido, a los que nunca olvidará.

—Vaya... Cuando veía a Asier, me imaginaba que él era el dueño y a veces me preguntaba

de dónde salían esos platos de cocina extranjera. Pero nunca pensé que detrás de todo esto hubiera una historia así.

—Como dice el refrán, ver para creer, ¿verdad?



Raquel se acercaba a El Confidente lenta y parsimoniosa, saboreando las últimas horas de la tarde, con el sol muriendo en el horizonte y la noche ensombreciendo las calles. El ambiente estaba más fresco, pero suficientemente templado como para disfrutar del paseo.

En la puerta de la cafetería, estaba apostada la gitana. Hasta el momento, Raquel no se había atrevido a consultarle sobre el futuro ni la cingara había osado a contarle la buenaventura, como había ocurrido con Adela. Pero ¿ella creía en esas cosas? Bueno, por probar tampoco pasaba nada.

—Buenas tardes —dijo Raquel a la gitana con sonrisa amable.

La gitana dirigió sus intensos ojos verdes hacia Raquel y sostuvo su mirada sin mostrar ninguna emoción en su rostro. Raquel, habitualmente resuelta en las relaciones sociales, no sabía qué hacer o qué decir. Entonces, la gitana cogió la mano de Raquel y leyendo en su palma le dijo:

*«Un hombre rubio, el otro, moreno.
Buscas el amor de uno.
No te conformas con el otro.
Querrás correr,
Puede que llegues tarde.
Sola te quedarás».*

Pero ¿qué demonios significaba toda aquella parrafada? Raquel recordó la conversación con Adela, cuando su amiga dijo que las adivinas hablaban «en plan oráculo de Delfos».

—Disculpe, creo que no la he entendido.

La gitana se encogió de hombros con gesto resignado. Le había tendido la mano a Raquel, esperando su recompensa. Raquel buscó en su bolso, pero no encontró monedas. «Mierda, encima voy a tener que soltarle una pasta...». Consideró la idea de disculparse y decirle a la mujer que le pagaría al salir del bar, pero Raquel había oído historias de maldiciones y, aunque ella tampoco creía que una persona pudiera condenar el futuro de nadie, prefirió no tentar al demonio. Raquel le dio un billete intentando no pensar en lo bien que estaba remunerando a la gitana por una predicción de mercadillo, y entró con prisa en El Confidente.



Joaquín repasaba su tarde mientras preparaba el baño de Mateo. La clase no podría haber ido

mejor. Pensaba que tendría que conformarse con admirar a aquella mujer desde lejos, pero ella había acortado la distancia en pocos segundos, con una sonrisa chispeante y una amabilidad poco habitual.

Tenía un nombre muy bonito, como sus ojos, sus mejillas, sus pecas, su pelo, su cara. Se movía con una gran vitalidad y gesticulaba con gracia. Hablaba con un ligero acento extranjero que remarcaba las eses y las tes, y que la obligaba a estirar las comisuras de sus labios en una sonrisa casi permanente. Sus ropas eran raras en una mujer de su edad, pero frescas y livianas. Parecía una señora feliz. El electricista jubilado creía que esa alegría era lo que más le gustaba de ella.

Se sentía cómodo con esa mujer y eso lo incomodaba. Desde que había visto a Silke por primera vez, el hombre se había subido a una montaña rusa de sensaciones que lo alzaban hasta la gloria para luego dejarlo caer hasta los infiernos de la culpa y el remordimiento.

«Solo han pasado seis meses. Esto no puede estar bien». Joaquín sentía como si le estuviera siendo infiel al recuerdo de Cayetana. «¿Qué pensaría ella?, ¿lo aprobaría?». Cayetana fue una mujer moderadamente celosa, pero su prudencia y dignidad le impedían montar esos dramas cargados de reproches y lágrimas que Joaquín había visto en otras mujeres. En alguna ocasión hablaron de cuando se quedaran viudos. Ambos estaban de acuerdo en que era normal conocer a otras personas y puede que hasta enamorarse, pero en esos momentos a ninguno de los dos le parecía posible querer a nadie más. Joaquín imaginó que él era el muerto y ella la viuda alegre que acababa fijándose en otro hombre, pensando en él en todo momento, besándose...

Joaquín agitó rápidamente la cabeza y aspiró hondo. Tenía que reconocer que no le gustaba la idea de que Cayetana se hubiera enamorado de alguien más, aunque él ya no estuviera en este mundo. Era un egoísta. ¿Es que acaso no quería la felicidad de su mujer? Ella fue generosa toda su vida. Lo demostró dedicándose en cuerpo y alma, día y noche, a su familia.

¿Y Adela? ¿Qué cara pondría ella si supiera que su padre andaba detrás de una señora? Bueno, ella era una mujer moderna, había estudiado, era psicóloga. Seguro que lo entendía. Además, Adela tampoco estaba para juzgar a nadie. Su comportamiento distaba mucho de ser correcto. El trato que le dispensaba a Mateo era tan frío que a veces, como aquella tarde, Joaquín sentía que se le helaba el corazón. Adela había dejado a su hijo solo en la sala de espera de su consulta. ¿Pero qué cree ella que puede hacer un niño de cinco años que se sabe abandonado? Joaquín no había estudiado, pero estaba seguro de que eso marcaría al niño y entorpecería su normal desarrollo afectivo.

¿Por qué Adela era así? Cayetana y él habían sido unos padres cariñosos, que le prestaban atención y siempre la apoyaban. El trabajo es importante, desde luego, ¿pero lo es tanto? Joaquín sabía que él mismo había sido un ejemplo para ella en cuanto a voluntad y dedicación, que la había empujado a ser mejor que los demás y llegar a lo más alto. Joaquín también sabía que su hija lo admiraba desde que era una niña y que esa devoción había desembocado en un esfuerzo por contentarle.

Joaquín ahora se sentía responsable. Empezó a pensar que quizá se había aprovechado de esa debilidad de Adela para verla alcanzar los logros que en realidad hubiera querido para sí mismo.



Adela consultó la hora disimuladamente, no fuera que el paciente creyera que ella no le escuchaba. Todo aquel asunto del repentino interés de su padre por internet y la falta de canguros la había descentrado. Bueno, en realidad, la culpa no era de su padre. Adela debía admitir que ya llevaba descentrada una buena temporada y eso la hacía sentir furiosa. Sí, Adela era consciente de que todo fue a peor desde que dejó a Pablo. La culpa era de Pablo.

Pablo era otro investigador becado, como ella misma, cuando Adela lo conoció. Ella acababa de romper con Fernando y cuando terminó el curso en el que estaba dando clase como profesora asociada, decidió optar por alguna de las plazas de investigación en el extranjero. Consiguió la beca y se fue a Alemania. Como sabía algo de alemán, además podría aprovechar su estancia allí para mejorar su conocimiento del idioma.

Aunque el doctorado y las clases que había impartido en la facultad versaban sobre el psicoanálisis, hacía tiempo que Adela se interesaba por los estados depresivos. Entraba dentro de la lógica que una persona estuviera triste y deprimida por alguna desgracia, que normalmente comportaba una pérdida, como el fallecimiento de un ser querido, el despido de un trabajo, una enfermedad, la ruina económica, pero Adela sabía que en ocasiones las depresiones llegaban sin que fueran llamadas, sin motivo. ¿Podría ser que hubiera pacientes con una predisposición a padecer depresiones? ¿Esa predisposición estaba en el ADN, en el cerebro, en la sangre?

Adela conoció a Pablo en la facultad a la que acudía a investigar. Él estudiaba la anorexia y otros desórdenes alimenticios, y aquello le llamó la atención, pero no por la investigación en sí, sino por el hecho de que un hombre se inclinara por unos trastornos que fundamentalmente eran femeninos. Aquella rareza fue el primer atractivo que Adela vio en Pablo.

Después, reparó en que el chico tampoco estaba mal físicamente. Era alto, delgado pero con formas armoniosas, de ademanes suaves y gesto afable. Encajaba en cualquier parte, era popular y a todos caía bien. Eso también le gustaba a Adela.

No tardaron demasiado tiempo en empezar a compartir habitación en la residencia de estudiantes. La falta de amigos y familiares en Alemania fortaleció una relación que ahora Adela identificaba con la necesidad de afecto. Apenas se separaban. Les unía su amor por la investigación, el estudio psicológico y lo bien que compaginaban en la cama.

Cuando regresaron a España decidieron irse a vivir juntos. Adela estaba cansada de los tipos anodinos que conocía en las discotecas cuando salía con Raquel. Y además, quería a Pablo. A veces la sorprendían algunas dudas sobre la profundidad de su amor hacia él, sobre todo cuando cotejaba ese cariño con lo que había sentido por Fernando. No, el amor por Pablo no la dejaba como ahogada ni se quedaba anidado en su vientre, retorciéndose como una serpiente. Pero es que lo de Fernando no era sano. Eso eran nervios por una relación que Adela nunca controló y que siempre supo que no iba a ninguna parte.

El embarazo fue del todo imprevisto. Adela pensó que lo mejor era abortar. Ambos tenían mucho trabajo y unas carreras espléndidas por delante. Definitivamente, no era un buen

momento para tener un hijo. Pero Pablo insistió. Aseguró que él podría cuidar del pequeño por las tardes, que ella podría seguir volcada en sus estudios sobre la depresión y abrir una consulta, tal y como había planeado. Adela terminó convencida, y no tanto por las promesas de Pablo, sino por esa tensa hinchazón que le recordaba que una pequeña persona crecía en su interior. No podía negárselo, Adela también quería tener a ese hijo.

En el momento en que dio a luz y le pusieron a su bebé encima de su pecho, Adela supo que daría su vida por aquel pequeñín amoratado, cubierto de sangre y viscosidades. Era tan diminuto, tan frágil e indefenso. Emocionada y embargada por tanta ternura, Adela estaba dispuesta a dejar de lado su carrera por su hijo.

Pero Pablo cumplió con lo pactado. Solía decir que él era como la tortuga del cuento, que se conformaba con una carrera más lenta, pero segura. Por las mañanas daba sus clases en la universidad y al terminar recogía a su hijo en la guardería para dedicarle el resto de su tiempo libre.

Pablo era el mejor padre del mundo y además sacaba tiempo para ayudar a Adela cuando el trabajo la desbordaba. Mientras el niño dormía o estaba entretenido, Pablo hacía las veces de secretario. Empezó revisando el correo electrónico de Adela, que crecía sin límite. Le llegaban consultas de otros especialistas, invitaciones a ponencias, entrevistas en medios de comunicación. Adela estaba cumpliendo su sueño, se estaba haciendo un nombre en el campo de la depresión, y sabía que parte de ese éxito se lo debía a Pablo.

Adela le fue encomendando más tareas y responsabilidad, gracias también a una mayor independencia del niño. Pablo le ordenaba los historiales de los pacientes, le pasaba un resumen de las investigaciones más recientes y le preparó una base de datos excepcional, que recogía su trabajo en la consulta, sus investigaciones, síntomas, conclusiones, estudios. Fue una labor ingente que no tenía precio. Adela se sentía orgullosa de su pareja y cada vez lo quería más.

Pero, entonces, Pablo cometió un error imperdonable.



Aquella tarde, Miguel andaba algo apurado. El Confidente de Melissa estaba a rebosar de clientes y el camarero apenas tenía tiempo para detenerse un momento. Raquel se había sentado en un taburete de la barra, de espaldas a la ventana, para evitar cruzar su mirada con la de la gitana. Le daba vergüenza que esa mujer la hubiera timado de aquel modo. De su extraño pronóstico, Raquel solo recordaba algo de un rubio y otro moreno, y algo de llegar tarde. Menudo análisis. La gitana la había visto con Iván y Miguel, y había tomado nota por si Raquel le solicitaba la buenaventura, como así había ocurrido. No, desde luego no era tonta la señora.

Cuando Miguel le puso un espumoso capuchino desde el otro lado de la barra, ella intentó robarle cinco minutos.

—¿Qué tal? —le preguntó Raquel muy simpática.

—Liadísimo. ¿Y tú?, ¿qué tal con ese tipo?

Raquel se sentía culpable por haber tratado a Miguel con desdén cuando le advirtió de la

llegada de Iván. Él se había comportado de manera impecable y no se había merecido esa arrogancia por parte de ella.

—Bien, muy bien. Precisamente..., quería darte las gracias por hacerte el desconocido y..., bueno, pedirte perdón por haberte hablado así, no tenía ningún derecho.

—*Tranqui*, no te preocupes, lo entiendo perfectamente —replicó él con la mejor de sus sonrisas.

Raquel se sintió satisfecha. El camarero sabía cómo hacer que la gente se sintiera bien. La verdad es que, en ese sentido, aquel chico era una joya.

—Entonces, ese tío te mola un montón, ¿no? —continuó Miguel mientras ponía dos *frappés* y varios *brownies* en la bandeja.

—Sí, me gusta mucho. Creo que podemos tener algo importante.

—Guay, tía, me alegro.

Miguel le guiñó el ojo y salió de la barra. Raquel pensó que la primera impresión que se había llevado de Miguel no era acertada. Cuando lo conoció, le juzgó como un chico inmaduro y muy poco serio, cuyas ambiciones serían exclusivamente ligar con las mujeres y pasárselo bien. Pero ahora Raquel se dio cuenta de que se había equivocado. Miguel empatizaba con la gente. Tenía talento para detectar las necesidades y emociones de los demás, y además cumplía eficientemente con su trabajo. Y siempre tenía una sonrisa que regalar. Eso no era falta de seriedad. Era una virtud muy escasa.

Miguel había depositado la bandeja en una mesa donde estaban sentadas una chica y una señora mayor, vestida de blanco y con un pelo rubio y larguísimo. Era guapa. Ya le gustaría a ella llegar a esa edad con esa cara y ese porte. Miguel hablaba con la acompañante de la señora. Raquel se movió para ver cómo era y descubrió que era la chica del desmayo. Volvió a tener la sensación de que Miguel le dispensaba un trato diferente. «¿De verdad se habrán enrollado?», se volvió a preguntar. Raquel pensó que, en ese caso, era la chica la que salía ganando. De nuevo, repasó el aspecto de ella y se reafirmó en su conclusión de que no era el tipo de él. Raquel había visto al camarero coquetear con otras clientas, y todas ellas eran de buen ver, o al menos se arreglaban con esmero. En cambio, esa chica era muy sosa. Es más, Raquel pensó que, en todo caso, sería más lógico que Miguel se fijara antes en la señora mayor, que deslumbraba por sí sola y más aún al lado del insecto mate y apagado que era esa chica. Raquel vio cómo Miguel le tocaba la punta de la coleta ligeramente. «¿Será posible que le guste esa chica?». Sintió un cosquilleo al que no supo ponerle nombre. «Bueno, a mí me da igual. Que sean felices y que coman perdices», se dijo.

Desvió la mirada hacia el reloj de pulsera. Pasaban algunos minutos de las ocho de la tarde. Aunque aún era algo pronto, Raquel cogió su móvil dispuesta a enviar el primer WhatsApp de su estrategia para atrapar a Iván. «Tengo una penita muy grande por no poder verte esta noche. Si te sigues portando así conmigo, me pondré malita».

La respuesta no tardó en llegar. «Entonces, me convertiré en tu médico personal. Someteré tu cuerpo a todos los análisis y pruebas que sean necesarios para dar con el mal que te aflige y no descansaré hasta que te quedes en paz».

¡Vaya! Al parecer, Raquel no necesitaba encender el deseo de Iván. Su plan de llevar al

hombre de sus sueños a un estado febril de pasión le iba a resultar bastante más sencillo de lo que había sospechado. Decidió esperar un poco a responder, pero luego recordó que la excitación de los hombres es de corta duración y que sería mejor mantener aquel calentón, no fuera que se le pasara.

«Mucho hablar, pero a la hora de la verdad, mi médico personal tiene una cena y me deja abandonada, sufriendo, tirada en la cama con esta ansiedad que me come por dentro».

Raquel se preguntó qué estaría haciendo Iván en ese momento. Le suponía en su casa, charlando con su mujer mientras quizá preparaban juntos la cena de esa noche.

«No te creas que yo estoy mejor. Tu inquietud es fuente de mis desvelos y me remuerde la conciencia. Además, tu mal es muy contagioso. Yo también padezco esos síntomas».

«¿Ah, sí? ¿Y qué le ocurre al señor doctor?».

«Siento mucho calor, ardo por dentro, y creo que voy a explotar. Este virus es el peor que he cogido en mi vida. Y tú tienes la culpa. No sé si podré perdonártelo. Vas a tener que esforzarte mucho y portarte muy bien».

Raquel no estaba segura de si Iván se había puesto romántico o si continuaba hablando en términos sexuales. Decidió devolverle la ambigüedad.

«Yo soy muy buena. Ya lo verás».



Helia estaba contenta. Estaba pasando una tarde amena, en compañía de una nueva amiga que le contaba historias asombrosas. Además, ahora advertía una ilusión desconocida dentro de sí y totalmente inesperada. Aquel camarero estúpido, con el que se había sentido tan torpe, le gustaba y él le prestaba atención. Helia se sentía especial, y no tanto por la delicadeza que él había mostrado con ella, sino más bien por el hecho de que él la eligiera a ella de entre toda la manada de mujeres que le merodeaban.

No quería equivocarse, pero estaba prácticamente segura de que ella le gustaba a él. Además, Silke también parecía haber notado la preferencia de él. «¿Has visto cómo te mira este chico?», le había dicho ella.

Helia no sabía qué podría hacer a continuación. Era una completa inexperta en el arte de la seducción. Tendría que esperar a que él actuara. Sobre todo, no quería ponerse en ridículo. Sería simpática, pero se mantendría más o menos indiferente hacia él hasta estar por completo segura de que él estaba verdaderamente interesado por ella.

Miguel se había metido en la barra y se había colocado frente a esa mujer que le había hablado por la tarde, cuando Helia se había desmayado y estaba agachada en el suelo, esperando a que Miguel regresara con sus pastillas milagrosas. La mujer había sido muy simpática y amable con ella.

La sorprendió verla allí de nuevo, y esta vez sola, sin aquel novio tan guapo. Helia vio que ella y Miguel empezaban a charlar. ¿Estaban coqueteando? Se sonreían de ese modo particular e inconfundible, y sus movimientos los delataban. Sí, claro que estaban flirteando.



Miguel se había metido dentro de la barra otra vez. Raquel necesitaba averiguar si a él le gustaba aquella estudiante del montón.

—Bueno, ¿y qué? ¿Tienes ya algún otro fichaje? —quiso saber Raquel.

—¿Fichaje? —replicó Miguel con extrañeza.

—Sí, hombre. Si ya te has fijado en alguna otra pobre mujer a la que embaucar con tus encantos —bromeó ella.

—¿Embaucar?, ¿yo? Pero si sois vosotras las brujas manipuladoras. Fíjate en ti, por ejemplo. Me tomas por hombre objeto y luego me sueltas cuando encuentras a tu príncipe azul.

Raquel se rio.

—Yo no he hablado de ningún príncipe azul, ¿eh?

—Anda, tontona... Reconócelo. Ese hombre alto, rubito y de ojos claros te tiene loquita. Se te veía en la cara, reina.

Raquel dio un pequeño respingo. ¿Era tan evidente su sentimiento hacia Iván? ¿Él también lo habría notado? No deseaba que Iván la viera de ese modo. Si no, todo su plan se iría al traste.

—Pues no es para tanto —se defendió Raquel adoptando un tono despreocupado. Miguel la miró con gesto de incredulidad—. A ver, el tío está muy bueno, sí, pero no estoy enamorada, por Dios. Además, le conozco poco, lo mismo es un imbécil.

—O sea, que no tienes novio.

Raquel dudó unos instantes. Quizá Miguel quería saber si ella seguía disponible.

—No, no tengo novio. De momento, es solo un coqueteo tonto que a saber a dónde va. No hemos acordado nada. Seguro que él ve a otras personas, así que yo también puedo.

—¿Pero no has dicho antes que te iba muy bien y que creías que podíais llegar a algo importante?

Raquel se vio en un renuncio. Sintió que el calor le encendía el rostro. Clavó los codos en la barra y acomodó la cara para tapársela con las manos en un gesto que ella esperaba que escondiera su turbación.

—Eh..., bueno, es que está todo muy en el aire. Va bien, muy bien, pero no estoy enamorada. No nos conocemos aún lo suficiente.

—Pues como ese tío se descuide, le levantan la piba en cuanto menos se lo espere.

Raquel se relajó y le sonrió con complicidad. Ya podía marcharse. Colocó en la barra unas monedas que pagaban su capuchino y le dejaban a Miguel una propina generosa.

—Me largo. Ya nos veremos. ¡Chao!

—Adiós, preciosa. Cuídate —respondió Miguel guiñándole un ojo.



Helia se sentía decepcionada y se maldijo por haber sido tan necia de figurarse que alguien como Miguel, a quien no le faltaban las mujeres, se hubiera fijado en ella, tan anodina e insípida.

Silke continuaba hablando. Le estaba contando una historia de una fiesta bestial que había durado toda una semana, pero Helia ya no escuchaba. Parecía que se había encerrado en una burbuja invisible que la aislaba del resto del mundo sonoro y táctil. Solo tenía ganas de meterse en su habitación y echarse a llorar.

Por el rabillo del ojo vio que esa mujer con la que coqueteaba Miguel pasaba cerca de ella, en dirección a la puerta. En el instante fugaz en que se cruzaron sus miradas, Helia creyó detectar en sus ojos el destello de la victoria.



En el taxi de vuelta a casa, Raquel cayó en la cuenta de que Iván no había respondido a su último WhatsApp en el que ella le decía que era muy buena. No es que importara mucho, ya que alguien tenía que terminar la conversación, pero debía ser ella la que pusiera el punto final a sus charlas pseudoeróticas por teléfono. Claro que, ¿cómo saber cuándo llegaba ese momento?

Raquel no estaba acostumbrada a realizar esos cálculos. En sus relaciones con los hombres siempre se había mostrado franca y espontánea, y creía que el resto de mujeres y hombres también se comportaban de ese modo. Sin embargo, después de treinta y tres años y varias historias fracasadas, Raquel había llegado a la conclusión de que el amor grande y verdadero no era una sustancia pura que surge de la nada. Era más apropiado y práctico entender un amor que funcionara, y ese solo se podía tejer con artimañas. Dicho así, a Raquel le parecía que en su interior hablaba una Mata Hari y supuso que por eso nadie hablaba del amor en esos términos. Esa era la razón que mantenía oculto el secreto de las historias que acababan bien, y Raquel por fin lo había descubierto.



Helia se bajó del autobús varias paradas antes de la que quedaba más cerca de su casa. Quería caminar durante un buen rato y pensar. Más que pensar, quería estar sola con su aflicción, una vez más. Sentía un gusto morboso por palpar esa soledad de la que estaba construida su burbuja de aislamiento. Era densa, espesa. Presionaba sus sentidos hasta dejarla casi sorda, casi ciega, casi incorpórea. Guiaba sus movimientos de forma automática.

La muchacha observaba el resto del mundo desde la atalaya de su clausura y se sentía como un fantasma, invisible y sin presente ni futuro. El exterior era un mundo extraño, un mundo lleno de burla y dolor que la expulsaba de sus dominios cada vez que ella intentaba internarse en él. Pero ella ansiaba ser normal. Quería desprenderse de su encierro, hacerlo estallar en mil pedazos. Qué paradoja. Helia solo se sentía bien en su burbuja, pero a la vez ese retiro la enfermaba.



Eran las nueve de la noche cuando Adela despidió al último paciente en la puerta de la consulta. En su escritorio Ana aguardaba por si su jefa tenía algún encargo de última hora. Adela sabía que nunca encontraría a una secretaria mejor. Hacía casi tantas horas extra como ella misma, era eficiente en las tareas que le encomendaba, solícita con los pacientes y discreta con los asuntos personales de su jefa. Adela se preguntó si tanta dedicación al trabajo escondía una vía de escape y entonces cayó en la cuenta de que sabía muy poco de la vida de Ana.

Ana se había licenciado en Psicología y había hecho un posgrado sobre depresiones, pero no había tenido suerte a la hora de encontrar un puesto de trabajo como psicóloga. Al terminar una ponencia en la que Adela participaba, Ana se acercó a ella y se ofreció como ayudante. A Adela le gustó esa iniciativa y su forma de presentarse, así que guardó su currículo. Cuando su consulta creció y pudo permitirse contratar a alguien, la llamó para ofrecerle un puesto de secretaria. Tendría que hacer labores administrativas, pero también podría echarle una mano con las investigaciones y ponencias, lo que podría serle útil para mantenerse al día. Adela estaba convencida de que Ana se marcharía antes o después, pero ya llevaban juntas cinco años.

—Ana, no tienes que quedarte tanto tiempo. Hace dos horas que terminó tu jornada.

—Oh, no te preocupes, no me importa.

—¿No prefieres irte a tu casa a descansar, quedar con tus amigas, cenar con tu novio...? Ya no quedan más pacientes.

—Bah, para eso ya tengo el fin de semana —replicó Ana con una sonrisa—. Además, me encanta mi trabajo y aprendo mucho. Muchas veces creo que me lo paso mejor aquí que en cualquier otra parte. De todos modos, estaba a punto de recoger. Gracias.

Adela se vio retratada en Ana. Ella también prefería estar en la consulta, aunque en los últimos meses no tanto por divertirse, sino más bien como un refugio seguro en el que se sentía a salvo.

Adela recordó la ilusión con la que abrió su consulta, primero en un piso modesto y algo apartado del centro, y después en el actual edificio de oficinas, más elegante y exclusivo. Disfrutaba enormemente con su trabajo, ayudando a sus pacientes a superar sus depresiones, investigando, construyéndose un nombre, y siempre con el apoyo de su familia.

Pero ahora su familia se había quedado diezmada. No podía contar con su madre fallecida, tierna, amorosa y comprensiva. Ya no esperaba las improvisadas llamadas que su hermano le hacía en vida, cuando le describía parajes y sucesos inverosímiles desde algún punto del planeta. Sentía lejos a su padre, con el que había mantenido una relación tan estrecha que hasta le dolía. Echaba de menos al niño de sus entrañas, al que quería profundamente y al que ya no sabía cómo tratar. Le apenaba no contar con el hombro de una pareja en el que recostarse después de un duro día de trabajo. Pero no el hombro de Pablo. No, el de aquel traidor, no.

Mientras duró su relación, Adela poco podía sospechar de aquel hombre amable, que tanto la ayudaba y que con tanta entrega se dedicaba a su hijo y a su casa. Era justo y comprensible que de vez en cuando tuviera que pasar algunas tardes en la facultad, cenar con ciertos gerifaltes de la investigación o viajar para asistir a algunos encuentros para docentes universitarios. En aquellas ocasiones, Adela recurría a sus padres, que se hacían cargo de Mateo encantados.

Pablo era pulcro y perfeccionista en su trabajo, y también en su conducta, incluida la

deslealtad. La negligencia y el error no cabían en su forma de obrar. Quizá por eso, Pablo solo podía fallar de una forma estúpida e ilógica, como así ocurrió.

Fue unos días antes de un fin de semana. Pablo había sido invitado a una mesa redonda en otra facultad y estaría fuera desde el jueves. Después de hablar con sus padres, Adela le llamó desde la consulta para confirmarle que los abuelos podían cuidar de Mateo. Al poco rato de colgar el teléfono, Adela recibió un mensaje de Pablo en su móvil. «Preciosa, ya está todo arreglado. Estoy contando los minutos para verte otra vez».

Adela se quedó paralizada. Parecía como si el tiempo se hubiera detenido. No daba crédito. Leyó el mensaje de nuevo. Otra vez. Y otra vez. No, no se había equivocado en su apreciación.

Después de un instante de embotamiento, Adela reaccionó. Sintió que la ira le subía desde el estómago y le quemaba la garganta. Llamó a Pablo.

—¿Se puede saber qué coño significa ese puto mensaje? —gritó Adela en cuanto oyó a Pablo al otro lado de la línea telefónica.

Pablo se quedó en silencio unos segundos.

—¿Qué mensaje?

Adela lo había memorizado, a su pesar.

—«Cariño, ya está todo arreglado. Estoy contando los minutos para verte otra vez» —recitó ella con tono de burla.

—Pues..., eso. Que menos mal que tus padres se pueden ocupar de Mateo y que estoy deseando verte.

—¿Pero tú te crees que yo soy imbécil o qué? ¡Ten un poco de decencia y confíésalo!

—No tengo nada que confesarte, Adela. Relájate y lo verás todo más claro.

—No me trates como si estuviera loca, maldito hijo de... Mira, tengo mucho trabajo. Esta noche hablamos.

Así que Pablo no solo tenía una amante, además debía de considerar a Adela muy boba como para creerse una coartada tan traída por los pelos. Se iba a enterar.

Cuando ambos se vieron en casa, Adela sometió a Pablo a un interrogatorio sin tregua que él no supo regatear. Finalmente admitió su falta. La amante de Pablo era una profesora de otra universidad. La había conocido en una ponencia y después habían coincidido en otros encuentros similares. Llevaban viéndose varios meses. Pablo alegó el abandono por parte de Adela para justificar su infidelidad. Le dijo que la quería como siempre, que la necesitaba, pero que se encontraba solo, como si a ella no le importara su familia. En cambio, en la otra había encontrado el cariño que suplía la frialdad de Adela.

Aquella noche, Adela mandó a Pablo al destierro de la habitación de invitados, tenía que reflexionar a solas. Para su sorpresa, ya no estaba enfadada, pero quería aparentar estar ofendida. Pablo la había engañado y no podía irse de rositas. En el fondo, Adela lo comprendía. De hecho, en más de una ocasión, ella pensó que él terminaría siéndole infiel, primero porque los hombres son así, y segundo porque era verdad que ella no le dedicaba demasiado tiempo. Probablemente, ya habría tenido otras aventuras antes que esa.

Pero además, Adela descubrió con cierto fastidio que tampoco le importaba que Pablo se acostara con otras. Quería sentirse humillada y dolida, como era lo normal, pero por más que

rascaba dentro de sí, Adela no encontraba ese rencor que buscaba. ¿Es que se había convertido en una mujer práctica y moderna, o es que acaso ya no quería a Pablo? Recordó la escena de la esposa de Fernando, golpeándole en la cafetería de la facultad, ante las miradas curiosas de todos, castigándole por su infidelidad. Adela había comprendido el dolor de la mujer traicionada, la había invadido y lo había sentido conmoviendo sus sentidos. Sin embargo, ahora que ella era la engañada, solo se notaba fría e indolente.

Sin duda, aquella indiferencia fue un síntoma claro y evidente del desgaste de su relación con Pablo, pero no fue la infidelidad lo que provocó la ruptura. El engaño fue solo el descuido que desencadenó todo lo demás.



Helia llegó al portal de su casa. Aspiró hondo y entró en el vestíbulo. En ese momento, a la muchacha le dio por soñar que ya había terminado sus estudios, que ese edificio de pisos estaba en Londres y que arriba, en un minúsculo apartamento le esperaba alguna compañera de piso también extranjera, con la que quizá podría llevarse bien e incluso ser su amiga.

Helia tenía unos planes muy precisos del rumbo que quería darle a su futuro cercano. Se imaginaba sirviendo comidas y cafés en algún *pub* por un sueldo que le llegaría justo para vivir. Aprovecharía su estancia en el extranjero para adelgazar, cambiar su aspecto y dotarse de una nueva personalidad más sociable y jovial. Conocería a varios chicos y finalmente encontraría a su gran amor. Sí, amparada por el anonimato, Helia iba a someterse a una revolución total.

Mientras caminaba hacia el ascensor, Helia vio que algo sobresalía de su buzón. Lo abrió y se encontró con un sobre grande, tamaño folio, sin dirección ni remitente. Helia estaba consumida por la curiosidad. Abrió el sobre. Dentro encontró varias fotos que confirmaban algo que Helia venía sospechando desde hacía tiempo. Era su padre en compañía de otra mujer.



Joaquín había terminado de recoger la mesa y la cocina. Con Mateo ya acostado en su cama, el hombre disponía de algo de tiempo libre antes de irse a dormir. Joaquín solía aprovechar esos momentos para leer el periódico o ver la televisión, pero hoy su cabeza y su ánimo no estaban para nada que no fuera la encarnizada lucha que sus sentimientos por Silke mantenían contra sus sagrados recuerdos.

Fue a su habitación y tomó un cofre de madera. Dentro, Joaquín atesoraba algunas pequeñas pertenencias de Cayetana y fotografías que le transportaban a otros tiempos más amables y felices. Joaquín cogió una foto de Cayetana y la observó con detenimiento. No se parecía en nada a Silke. Lo único que compartían ambas mujeres era su belleza, si bien la de Cayetana era más sosegada, mientras que la de Silke brillaba con un encanto poco común.

En realidad, no había nada en Silke que Joaquín pudiera calificar como habitual, especialmente para su edad. A pesar de ser una mujer mayor, sus gestos, sus movimientos y su

manera de hablar estaban más cerca de los jóvenes. Vestía de un modo particular, un poco *hippie*, quizá.

Cayetana había sido una mujer moderada y discreta, cordial y cariñosa, elegante y sobria. Silke parecía un torbellino irrefrenable, era chispeante, jovial, parlanchina, despreocupada. Joaquín siempre había admirado a Cayetana por esas características que él mismo compartía con ella. Entonces, ¿cómo era posible que le gustara una mujer tan opuesta a su fallecida esposa e incluso a sí mismo? Y lo más preocupante de todo, ¿a Silke le atraería un hombre tan diferente a ella como Joaquín?

El hombre se imaginó a ellos dos paseando y le invadió la extrañeza. Se veía a sí mismo bien vestido, con su pantalón y su camisa impecables, con sus andares parsimoniosos, mientras ella casi volaba en el remolino de colores de su falda. Joaquín no pudo evitar sonreírse divertido.

El sonido de la puerta de entrada al abrirse le arrancó con violencia de sus pensamientos. Eran las diez de la noche. Joaquín iba a salir de la habitación, a hablar con su hija, pero no le apetecía. Estaba tan a gusto remoloneando entre sus ensueños, que no quería echar a perder esa placentera sensación. Apagó la luz, se metió en la cama y se subió el edredón hasta el cuello, para ocultar que no llevaba puesto el pijama. Un instante antes de que Adela se asomara a su puerta, Joaquín cerró los ojos y se hizo el dormido.

MIÉRCOLES

Raquel se despertó con el timbre de su móvil, que le avisaba de un nuevo WhatsApp. Se incorporó rauda y reptó con avidez hasta el teléfono. La noche anterior se había acostado preocupada. Después de llegar a casa y encargar un arroz tres delicias al chino de la esquina, Raquel envió un par de mensajes a Iván sin que recibiera ninguna respuesta. Desde aquel «Yo soy muy buena. Ya lo verás» que ella le mandó por la tarde desde El Confidente, Iván había enmudecido. «¿Habré hecho algo mal?», se reprendía Raquel mientras analizaba la conversación desde todos los prismas posibles. También le asaltó el pensamiento de que quizá su mujer le había descubierto y que habrían tenido una bronca colosal.

Raquel leyó el mensaje que la había despertado y suspiró aliviada. «Me he levantado con una ansiedad terrible. Me siento enfermo a morir. Nunca lo he estado tanto». Raquel quería gritar de alegría. Iván seguía ahí, en su vida, y no se le iba a escapar. Reprimió sus ganas de responderle en ese preciso instante y se dijo que él también tendría que probar esa desesperación del que espera.



Adela cavilaba mientras se arreglaba con prisa. Se sentía extrañada, como si su vida ya no le perteneciera. No se atrevía ni a salir de su habitación por no encontrarse con su padre.

La noche anterior, después de entrar en casa, había notado por el ruido y la luz que él estaba en su habitación. Hacia allí se dirigió, repasando mentalmente los argumentos que iba a emplear para justificar haber dejado a su hijo a cargo de su secretaria. Pero entonces, su padre apagó la luz. Cuando ella entornó la puerta de su cuarto, él estaba acostado. Adela supo que se estaba haciendo el dormido, no solo porque instantes antes le había oído, sino también porque Joaquín había dejado un cofre de recuerdos de Cayetana abierto, en el suelo. Su padre era tremendamente ordenado con sus cosas y exageradamente pulcro cuando se trataba de aquel cofre. Él nunca dejaría su tesoro descuidado.

Adela se quedó sobrecogida. Su padre, que siempre había estado presente para lo que ella necesitara, de pronto la esquivaba, rechazaba hablar con ella. ¿Estaría enfadado por no haber ido ella misma a recoger a Mateo? Adela ya sabía que eso no le agradaría a su padre, que él pensaría lo de siempre, que debería prestarle más atención al niño. Pero a Adela le parecía algo exagerado que eso hubiera irritado a Joaquín hasta el punto de escurrirse hasta su cama y hacerse el

dormido para evitarla.

La casa, a esas horas de la mañana, estaba en silencio. Adela asomó la cabeza por la puerta de su habitación y echó una ojeada al pasillo. Con paso sigiloso, sin apoyar los tacones en el suelo, enfiló hacia la salida. Antes de cerrar la puerta, Adela se giró y, al recorrer con la mirada toda la largura del pasillo oscuro, un escalofrío la sacudió. Así, en penumbra, sin ruido, sin movimiento, sin vida, la casa parecía más grande que nunca. Y más triste.



Aquella mañana, Helia se había levantado más tarde de lo habitual. El despertador había sonado puntual, pero para entonces ella ya estaba dándole vueltas a la cabeza. Prácticamente no había dormido en toda la noche. La discusión con su madre, el odio feroz hacia su padre y tantas horas rumiando le habían dejado una jaqueca que se extendía por encima de las cejas.

La noche anterior, después de abrir el sobre con las fotos, Helia subió a su casa dispuesta a mostrárselas a su madre. Por fin, Helia tenía un arma arrojadiza contra ese hombre tan perfecto e inmaculado, el juez intransigente, el implacable dictador de sentencias. Ella le iba a desenmascarar y con esas fotos libraría a su madre de un lastre emocional que atenazaba su vida. Helia estaba convencida de que su madre sería otra persona de no estar casada con semejante desagradecido.

Pero Helia no previó la reacción de su madre. Cuando ella miró las fotos, Helia percibió una emoción, aunque no supo descifrarla. ¿Asombro, miedo, nerviosismo? Después guardó las imágenes en el sobre y le soltó: «Olvídalo». Eso generó una agria disputa en la que Helia gritó e increpó a su madre. ¿Es que por sus venas no corría la sangre? No podía quedarse así, sin hacer nada. Al menos, tenía que pedirle explicaciones a su marido. Su madre solo replicaba que lo olvidara, al principio tímidamente, y después con súplicas nerviosas.

Helia se metió en su habitación y se fue a la cama sin cenar. Oyó a su padre llegar tarde, como tantas veces, y masticar algunas quejas, como siempre. Helia rezó para que alguno de esos reproches se dirigiera contra ella. Estaba dispuesta a salir de la habitación y gritarle que era un mentiroso. Permaneció alerta, temblando ante la oportunidad que se le ofrecía de poder luchar abiertamente contra su padre, pero tuvo que aguantarse las ganas. La casa había enmudecido. Quizá su madre le había enseñado las fotos, quizá su padre solo había tenido la suerte de callarse a tiempo. Pero no importaba. Antes o después llegaría el momento en que pudiera sostener la mirada de su padre y decirle, palabra a palabra, lo que pensaba de él.

Durante la noche, Helia también reflexionó sobre la misteriosa manera en que había llegado el sobre a sus manos. ¿Había sido la amante de su padre, cansada de que él no se divorciara? ¿Había sido su padre mismo, con el fin de provocar una ruptura definitiva? ¿Sería alguna vecina o amiga de su madre que pretendía avisarla? Era difícil saberlo, pero en realidad, tampoco importaba. Lo principal era que las fotos probaban que su padre era infiel.

Por la mañana, Helia se había marchado de casa después que su padre. Se había tomado un café en silencio, ante la presencia apesadumbrada y taciturna de su madre. Cuando salió, decidió

no ir a clase, necesitaba hablar con alguien. Pensó en llamar a alguna de sus amigas de siempre, que conocían bien la extraña relación que ella mantenía con su padre. Pero Helia creyó más conveniente charlar con alguien de más experiencia y que pudiera ver las cosas con cierta distancia. Y esa era Silke. Sí, su nueva amiga la escucharía y le daría un buen consejo.

Pero antes tenía que saldar una cuenta pendiente.



Raquel se sentía exultante. Aún no le había contado nada a su mejor amiga. Adela sabía que Raquel había coincidido con Iván en el nuevo proyecto informático, y que parecía que había un tonto, pero Raquel aún no le había contado lo mucho que había avanzado ese tonto. Adela, la que no creía en el amor ni en las historias maravillosas, se iba a llevar una gran sorpresa. Mientras le servían un café y una tostada en la cafetería cercana a su oficina, Raquel decidió llamar a su amiga.

—Querida, ¿a que no sabes qué? —le dijo Raquel cuando oyó a Adela al otro lado de la línea telefónica.

—¿Qué pasa?

—Tengo a Iván a mis pies.

—¿En serio?

—¿Qué tal si comemos juntas y te lo cuento?

—Imposible, no puedo. No creo que ni pueda comer hoy...

—¿Tanto trabajo tienes?

—Ni te lo imaginas.

—¿Y por qué no dejas que alguien te eche una mano?

—¿Eh...? *Buf*, yo qué sé...

—Te noto un poco nerviosa. ¿Te pasa algo?

—No, nada, que tengo mucho lío.

—Últimamente no te veo nada bien, Adela. ¿Por qué no te tomas unas vacaciones?

—Pero ¿qué dices?, ¿estás loca? —contestó Adela exacerbadamente.

—Vale, vale, no quiero que te enfades.

—Perdona..., no quería hablarte así.

—Tranquila, gorda. Bueno, mejor te dejo y te lo cuento todo en otro rato, ¿vale?

—Vale. Oye..., lo siento...

—Nada, no te preocupes. Cuídate, ¿eh?

—Sí, sí. Chao.

—Chao, cariño.

Raquel colgó preocupada. Adela nunca fue la chica más tierna del mundo, pero tampoco le conocía ese lado rabioso y ceñudo que su amiga mostraba desde hacía varios meses. Sin duda, la separación de Pablo, la tragedia de su familia y el estrés del trabajo estaban corroyendo su carácter y Raquel ahora pensaba que su salud también podía estar siendo afectada. Tenía que

ayudarla, pero ¿cómo? Adela siempre fue independiente, autónoma. Odiaba a partes iguales que le dieran órdenes y aceptar favores, y se revolvía en cuanto notaba que alguien se ofrecía a rescatarla. Raquel estaba convencida de que Adela necesitaba auxilio urgentemente. Pero ¿cómo hacerlo? ¿Cómo?

Esta vez no quería fallar. Raquel sabía que no era muy diestra en las operaciones de salvamento. Había fracasado en todas ellas, al menos con todas las que estaban relacionadas con su hermana.

La abandonó cuando entró en el instituto; después, al dejarla sola con su madre y aquel desalmado asqueroso. Y más tarde, cuando la echó de su casa acusada de enamorar a un novio que no merecía la pena. Cuando la recuperó, no imaginó que volvería a repetir el mismo error.

Al regresar de su máster en Estados Unidos, Raquel coincidió de nuevo con Raúl, su exnovio, en la oficina. Cuando se encontraban en algún pasillo o en el ascensor, ella desviaba la mirada y le negaba el saludo. Le guardaba rencor por haber sido tan falso y descarado. Pero a la vez sentía la imperiosa necesidad de hablar con él para preguntarle por Silvia. Cuando Raquel se marchó, pensó que nunca podría perdonar a su hermana, pero el paso del tiempo y la lejanía habían difuminado el resentimiento, del que apenas quedaba un vago recuerdo. Por las noches, cuando Raquel entraba en su nuevo apartamento, donde vivía sola gracias a un sustancioso aumento de sueldo, se acordaba irremediabilmente de Silvia y la ahogaba el presentimiento de que pudiera no encontrarse bien.

Una tarde, Raquel se armó de valor y se dirigió hasta el puesto de Raúl.

—¿Qué tal está Silvia?

—Ni idea —respondió él con una nota de desprecio.

—¿No estáis juntos?

Raúl resopló con sarcasmo.

—Tu hermana resultó ser un poco calentona, de las que te hacen creer mucho y luego nada, pero eso sí, con bastante morro.

—¿Cómo?

—Oye, ahora que lo pienso, deberías ser tú quien me pague sus deudas.

—¿Pero de qué hablas?

—Tu hermanita se quedó una temporada en mi casa, haciendo gasto, claro, y comiendo como una burra, porque no veas qué hambre tiene la niña esa. Y un día se piró sin decir nada.

—¿No tienes un móvil, una dirección, algo...?

—Hombre, la señorita quería que le comprara un móvil, claro, y menos mal que me negué porque hubiera sido otro gasto en balde. La gorrana no puso ni un duro.

—Mi hermana no es una gorrana —dijo Silvia en tono amenazante.

—Sí, sí que lo es. Mira, te voy a pasar la cuenta de gastos que tengo aquí en el ordenador. Ya que ella no aparece, te harás cargo tú.

—Tú eres imbécil.

Raquel se dio la vuelta y dejó a su exnovio con la palabra en la boca y la maldita cuenta de gastos saliendo por la impresora.

Silvia había desaparecido y Raquel no sabía dónde buscar. Sus antiguas compañeras de piso

también le habían perdido la pista. Se le ocurrió llamar a su madre. No había vuelto a hablar con ella desde aquella cruel conversación telefónica, después de que Susana expulsara a Silvia de su casa. Durante días, Raquel ensayó las palabras que pronunciaría ante aquella mujer que le había dado la vida y que también había estado a punto de arruinársela. Pero tenía que llamarla. Tenía que hacerlo por Silvia.

Cuando Susana descolgó el teléfono, su voz estaba cargada de hostilidad.

—Vaya, vaya... Pero si es una de mis hijas desaparecidas.

—¿Qué tal, mamá? —dijo Raquel, intentando apaciguar los ánimos.

—Pues aquí, bastante puteada, con la casa cayéndose a trozos y con deudas. Vamos, de puta madre, como siempre.

—Mamá...

—¿Qué coño quieres? Si me has llamado es para algo, así que suéltalo y déjate de marear la perdiz.

Raquel, que había estado dispuesta a retomar una relación con su madre, se dio cuenta de que Susana no había cambiado y que tampoco merecía la pena intentarlo. Fue directa al grano.

—¿Sabes dónde está Silvia?

Susana se quedó en silencio un instante.

—¿Qué me das a cambio si te lo digo? —respondió ella finalmente.

Raquel no estaba sorprendida de que su madre quisiera comerciar, pero la embargó un profundo desprecio. Ambas acordaron un precio generoso por la información y quedaron que la entrega sería un sábado, en una fuente de un parque situado en el centro de la ciudad.

Cuando se encontraron, Raquel pagó y Susana le pidió que la siguiera. Caminaron un trecho hasta llegar cerca de un estanque, por donde circulaba un mayor tráfico de personas. La vía que rodeaba el lago era el acomodo de vendedores ambulantes, quiromantes, dibujantes de caricaturas, payasos, algún teatro de guiñol y estatuas vivientes. Cuando Raquel ya pensaba que su madre la estaba timando, Susana se paró ante una especie de Afrodita. Estaba pintada de oro y su cuerpo estaba cubierto por una túnica ligera que dejaba al descubierto unas curvas suaves y voluptuosas. Aquella Afrodita era la estatua viviente que mayor atracción ejercía. Hombres y mujeres la rodeaban y se quedaban paralizados ante su desbordante sensualidad.

—Ahí la tienes —dijo Susana y se marchó.

Unos chicos jóvenes murmuraban cerca de Silvia y se sonreían. Uno de ellos se rasó los bolsillos y sacó una moneda. La dejó caer en la urna que Silvia había colocado a sus pies y al son del ruido metálico de la moneda contra el metal, Silvia se contoneó de forma provocadora y le lanzó un beso al aire al muchacho. Se quedó con los brazos cruzados por debajo del pecho, lo que acentuaba la abultada redondez de sus senos, y cruzó una pierna a través de una raja abierta en la túnica, que se alargaba hasta la ingle. En esa postura volvió a quedarse inmóvil.

Raquel estaba hipnotizada, como el resto de la audiencia que Silvia había reunido a su alrededor, pero por el dolor. Pensó en bajarla de la tarima a bofetadas y arrastrarla por los pelos hasta su casa, pero prefirió esperar en un banco cercano a que Silvia terminara su jornada laboral. Raquel sabía que no resolvería nada sacando a su hermana de allí en esa especie de rapto que había imaginado y que, en todo caso, podría incluso poner más trabas a su aproximación hacia

Silvia. No, tendría que empezar hablando con ella e interesándose por su vida sin juzgarla.

Muy a su pesar y conteniéndose, Raquel se mostró comprensiva y amable con los desplantes a los que Silvia la sometía. La hermana mayor tuvo que reprimir un buen sermón cuando descubrió que Silvia vivía en un edificio abandonado, en compañía de otros «okupas», en una especie de comunidad donde se compartía todo, desde las magdalenas hasta la ropa, incluido el cepillo de dientes y las parejas sexuales. A Raquel le preocupaba el peligro constante en el que Silvia vivía, a la espera de la llegada de los policías y a merced de las infecciones y las enfermedades venéreas.

La reconciliación completa se produjo muchos meses después. Silvia llegó a casa magullada, con la cara hinchada y un diente roto. La policía los había desalojado del edificio. Algunos fueron detenidos y otros, como ella, tuvieron la suerte de escapar. Y aunque hacía tiempo que los compañeros tenían localizado un hotel en ruinas, Silvia se desmarcó y decidió irse con su hermana.

Raquel le pagó un nuevo diente, ropa decente y artículos para su aseo. Cabeza loca... La pobre Silvia había llegado sin nada, sin equipaje ni futuro, y tenía que reconstruirse de nuevo. Esta vez, Raquel no le iba a fallar. De nuevo, le buscó empleo, aunque con su escasa experiencia solo pudo encontrar trabajo cuidando niños. Pero no importaba. A Silvia siempre le encantaron los críos. Rodeada de chiquillos, Silvia se transformaba, se olvidaba de sus curvas y asumía el papel de una madre redonda y amorosa. Raquel la animó a estudiar algo relacionado con la pedagogía y finalmente Silvia terminó aprobando un título de educación infantil que la habilitaba para trabajar en guarderías.

Durante los cinco años que duró su convivencia, las hermanas estrecharon su relación y la vivieron como la época en la que solo eran unas niñas. Nada se interpuso entre ellas, ni siquiera los hombres. En ese tiempo, Raquel no conoció a nadie interesante y los pocos que subieron a su piso no permanecieron mucho tiempo en él. Raquel se había convencido de que no desconfiaba de Silvia; simplemente, aún no había encontrado a alguien que mereciera la pena.

Pero ese hombre llegó. Una compañera de trabajo le organizó una cita a ciegas con su cuñado, un hombre que no había tenido suerte con las mujeres y que buscaba una relación seria. Se llamaba Andrés, tenía treinta años, igual que ella, y era atractivo. Además, era propietario de una cadena de restaurantes con bastante éxito. Congeniaron y al poco tiempo empezaron a salir formalmente. Siempre se veían en casa de él, a pesar de estar en las afueras de la ciudad. Raquel se repetía que no llevaba a Andrés a casa porque era más cómodo para ambos estar solos y así tampoco importunaban a Silvia. Pero Silvia estaba molesta de que Raquel no le presentara a su novio y su novio no entendía por qué Raquel se negaba a subirle a su piso.

Al final, Raquel accedió. Se maldijo en cuanto vio la cara de Andrés al presentarle a Silvia. Todos los negros presagios que Raquel había logrado conjurar habían tomado cuerpo y allí estaban los antiguos fantasmas que ella creía haberse sacudido de encima. Silvia advirtió la reacción de su hermana, su desconfianza, y no esperó a que el drama se cebara en ella otra vez.

A los pocos días, Silvia anunció que se marchaba. Iba a compartir piso con una compañera de la guardería en la que trabajaba. La habitación era económica y estaba al lado del trabajo, así que también se ahorraría el transporte.

Ninguna sacó a relucir la verdadera razón de esa decisión de Silvia que, sobre todo, sonaba a despedida. Raquel había vuelto a recelar y el rencor había prendido nuevamente en Silvia.

Siguieron en contacto, de vez en cuando charlaban por teléfono o quedaban para comer, pero su relación no volvió a ser la misma. Los silencios eran tan incómodos y sus conversaciones tan superficiales, que cada vez espaciaban más sus encuentros.

Raquel tomó un sorbo del café que le habían subido de la cafetería cercana a su oficina. Qué asco, se había quedado tibio. Mientras tragaba con cierta repugnancia, pensó que a su hermana y a ella les ocurrió como al buen café cuando se enfría, que irremediablemente pierde su aroma y su sabor, aunque se recaliente.

Hacía meses que Raquel no sabía absolutamente nada de Silvia cuando apareció una notificación en su muro de Facebook. Su hermana había cambiado su estado civil a casada y había colgado unas fotografías del enlace. Lucía guapísima en un vestido blanco de estilo sirena, que parecía haber costado un riñón, al igual que el resto de la ceremonia, celebrada en un parador de lujo. Su sonrisa delataba una felicidad sincera y sin límites. El novio era guapo, alto y elegante, y tenía uno de esos apellidos rimbombantes que tanto le gustaban a Raquel.

Raquel volvió a su ordenador portátil y se metió en Facebook. Buscó esas imágenes de boda de princesa y se recreó en ellas por enésima vez. Su pequeña hermana, esa niña frágil que sufrió la condena de un físico espectacular, se había casado y no la había invitado, ni siquiera la había avisado. Raquel no se enfadó. Más bien la inundó una pena colosal. Y los celos. Silvia, la pobre Silvia, esa cabeza loca descarriada había conseguido el sueño que Raquel siempre quiso para sí. Y ahora ni siquiera podía vivirlo a través de su hermana tan querida.



Joaquín sintió una presión encima de su cuerpo. Desubicado y somnoliento, abrió los ojos y vio al pequeño Mateo cabalgado sobre él.

—¡Jo, abuelo, cómo duermes!

Joaquín se incorporó como un resorte y echó un vistazo al despertador. Eran las nueve y media. Mateo ya tendría que estar dentro de su aula, esperando a que comenzara la clase. ¿Cómo se había dormido así?

Mientras se ponía la ropa a toda prisa, el hombre calculaba los siguientes pasos que tenía que dar. Asear a Mateo, vestirlo, obligarle a tomar un vaso de leche con algunas galletas, preparar el tentempié de media mañana, coger la mochila y salir pitando. Demasiadas cosas para tan poco tiempo disponible. Quizá podrían saltarse el desayuno, total, por un día... Además, así quizá Mateo se comería el bocadillo del recreo, que Joaquín estaba seguro de que su nieto solía tirar a la basura.

Todo era por culpa de las pesadillas que Joaquín había padecido durante la noche. Soñó que Cayetana estaba viva y que se enteraba de que su marido andaba detrás de una extranjera con unas pintas muy raras. La vio sufrir. La vio delirar igual que cuando el cáncer devoró su cerebro. Y Silke se aparecía en todo momento, sin avisar ni poder preverla. Se sentaba con ellos a la

mesa, se unía al matrimonio en sus paseos, se metía en su cama. Entonces, Silke besaba a Joaquín con pasión y él la correspondía, no podía hacer otra cosa, subyugado como estaba a la magia que emanaba. Y Cayetana se ponía furiosa, les pegaba, intentaba separarlos, pero era imposible. Silke y Joaquín parecían soldados por una materia inquebrantable. Joaquín se despertaba tiritando, muerto de miedo, casi palpando el odio incorpóreo de Cayetana en la negrura de su habitación. Después, el cansancio terminaba por adormecerlo y la pesadilla se repetía, una y otra vez.

Joaquín sabía que esos sueños del demonio los inspiraba su conciencia, su mala conciencia que le avisaba de que estaba cometiendo una falta. Estaba traicionando a Cayetana. Pero su razón no comprendía qué tenía de malo que le gustara una mujer preciosa, simpática y que le había hecho rejuvenecer. No estaba engañando a su esposa, porque ella estaba muerta, sí, muerta, muerta, maldita sea, y además nunca la olvidaría, no podría.

—Mamá te ha contagiado.

Abuelo y nieto acababan de salir del taxi, que había parado en la puerta del colegio, cuando Mateo sacudió un poco más la conciencia de Joaquín.

—¿Cómo dices? —replicó Joaquín estupefacto.

El niño estaba serio y abatido.

—No me hacéis caso.

Joaquín no sabía qué responder. Reflexionó un instante y se dio cuenta de que el chico había estado parloteando durante todo el trayecto, pero no recordaba ni una sola de sus palabras.

—Eso no es cierto. Es verdad que esta mañana estoy un poco raro, porque he pasado mala noche y por eso me he dormido, pero yo siempre te presto atención.

Mateo guardó silencio. Joaquín supuso que su nieto sabía que eso era verdad, pero de cualquier manera, el niño no parecía conforme. Joaquín abrazó al pequeño con fuerza.

—¿Vendrás a recogerme hoy después de la clase de dibujo? —preguntó Mateo algo más animado.

—Para eso queda mucho. Cuando venga a recogerte por la tarde, ya hablaremos.

Joaquín vio la decepción en el niño y se sintió un estafador. Había logrado reconfortar a su nieto con un abrazo, pero ahora volvía a dejarlo en la estacada. Si le rechazaba nuevamente, el niño se convencería de que su anterior gesto de afecto había sido falso, una fruslería para escurrir el bulto, como hacía Adela cada vez que intentaba compensar su desapego con regalos.

—Vamos a hacer algo mejor. Mamá y yo vendremos a buscarte.

Mateo abrió los ojos de par en par y su cara se iluminó. La alegría del muchacho llenó de emoción a Joaquín.

—¿En serio? —preguntó el niño.

—Sí.

—¿Lo juras?

—¡Pues claro! Y ahora vete, que es muy tarde.

Mientras veía a su nieto correr hacia su clase, con la mochila bailando en la espalda, Joaquín supo que se había metido en un buen lío. Pero lo iba a conseguir. Iba a lograr que Adela se presentara allí esa tarde.



Nada más cruzar la puerta del Confidente, Helia divisó a Miguel. Estaba detrás de la barra, charlando con una clienta, en su pose habitual de coqueteo estúpido y gratuito. El tal Asier no era tonto, desde luego. Estaba claro que había contratado a Miguel con la misión de engatusar a las mujeres para atraerlas a la cafetería y ganar más, razonó Helia. Qué buena estrategia de ventas. Lástima que no la hubiera detectado antes. Se hubiera ahorrado una decepción.

Con el dinero de las pastillas encerrado en el puño, Helia se acercó a la barra y abrió la mano al lado de Miguel.

—Aquí tienes. Es lo que te costaron las pastillas de ayer —dijo Helia con el ceño fruncido y dispuesta a marcharse.

—¡Eh, eh, espera un momento! —gritó Miguel saliendo de la barra tras ella. Cuando la alcanzó la sujetó por el brazo y la obligó a detenerse.

—¿Qué haces? ¡Suéltame! —gritó Helia.

Miguel se sobresaltó por su tono agresivo.

—Pero ¿qué te he hecho? —suplicó él.

«Hacerte el simpático, infundir en mí una ilusión que no conduce a ninguna parte y enrollarte con otras mujeres más guapas e interesantes», pensó en responder Helia.

—Nada. Absolutamente nada —prefirió decir. La muchacha se deshizo de la presa de Miguel y salió rápida del bar sin mirar atrás.



«¿Por qué me castigas de este modo? ¿He hecho algo malo? ¿Aún tengo alguna oportunidad de que me cures este virus?».

Cuando Raquel leyó el último WhatsApp de Iván, un picor de satisfacción recorrió su cuerpo. «Lo tengo en el bote», pensó para sí. Decidió que ya se había hecho de rogar lo suficiente y que era hora de responder.

«Solo intentaba guardar cuarentena para mantenerme alejada del causante de mi enfermedad, y así, poder curarme».

«Bendita enfermedad».

«Amén».

«Jajaja. ¿Sabes que no solo eres preciosa y que tienes un cuerpo estupendo? También eres brillante y graciosa».

«Sí, lo sabía».

«Jajaja. ¿Sabes qué? Estoy deseando verte... Espero que tú también».

«Sí, me gustaría mucho».

«¿Nos vemos esta noche?».

Raquel dudaba. Sabía que si se veía con Iván, los dos acabarían en la cama, pero ella quería

postergar ese momento. A no ser que hiciera acopio de fuerza de voluntad y se resistiera a los envites de él.

«Esta noche no puedo. He quedado».

«¿No puedes cancelarlo? ¡Porfa, porfa!».

«Tú no eres el único que tiene cenas ineludibles que atender. Hoy me toca a mí».

«O sea, que esto es una venganza. Me cuentas una milonga para castigarme».

Raquel se vio sorprendida. «Mierda», pensó. «¿Cómo lo habrá deducido?». La mejor solución era continuar con la mentira.

«Oye, eres un poco creído, ¿no? ¿Crees que estoy todo el día pensando en ti?».

«No estaría mal. A eso aspiro».

«¿Y tú piensas en mí?».

«Constantemente».

Raquel tenía ganas de llorar de alegría. Todo ese tiempo esperando en el instituto, las miradas a hurtadillas, los suspiros silenciosos, su sueño imposible no habían sido en balde. Su príncipe azul estaba llamando a la puerta de la mazmorra para salvarla de una vida magullada por las desilusiones y el desamor.

«Eso se lo dirás a todas», respondió Raquel.

«Te juro que no. Es la primera vez que me siento así. ¿Me crees?».

«No sé. Las palabras se las lleva el viento».

«Efectivamente. Déjame que te lo demuestre. ¿Nos vemos esta noche?».



De camino hacia la tienda de labores que Silke regentaba, Helia le dio vueltas a la cabeza, intentando racionalizar el funcionamiento de la naturaleza masculina. En el mundo animal, el impulso de los machos era esparcir su semilla y procrear lo máximo posible, mientras que las hembras se encargaban de la crianza y la seguridad de la camada. Los sexos tenían su función concreta para asegurar la especie y así había sido por miles y miles de años.

Pero los hombres no son animales. Se supone que los hombres tienen sentimientos, empatizan, aman y odian, gozan y sufren, y todo ello en compañía de otros seres humanos. Sin embargo, nada de eso parecía importar cuando la naturaleza se adueñaba de la capacidad de razonar y sentir. El hombre, como macho que era, tenía que descargar su virilidad en la mujer. ¿Debía ella asumir esa realidad cuanto antes y dejar de soñar con un príncipe perfecto y fiel?, se preguntaba Helia. ¿Podría ella aguantar que algún día un novio se acostara con otra? ¿O quizá sí había hombres sensibles a los que les compensaba respetar a su mujer? ¿El amor y el sexo tienen algo que ver o son dos realidades separadas?

Helia tampoco sabía exactamente cómo iba a abordar el asunto con Silke. No hacía falta ser adivina para prever la opinión de una señora que había sido *hippie* y que había vivido el amor libre y sin ataduras de ninguna clase.

Pero de todos modos, Helia necesitaba compartir la infidelidad de su padre con alguien.

Tenía que verbalizar su sentimiento de traición, engaño, puede que también de liberación. Sí, Helia se sentía más libre. Definitivamente, la infidelidad de su padre había aflojado el yugo al que él la sometía con sus constantes críticas y desprecios.



Aunque Ana le preparaba cada visita unos minutos antes de hacer entrar al paciente, Adela ya sabía desde que abría la consulta por la mañana quiénes acudirían ese día. Por eso, le dio un vuelco el corazón cuando al despedir a uno de sus pacientes, vio a su padre en la sala de espera. Con un gesto le hizo entrar.

Joaquín andaba cabizbajo y evitaba mirarla. Aquel gesto, unido a que el día anterior no habían hablado, puso a Adela más nerviosa.

—¿Qué tal, papá? ¿Cómo tú por aquí? ¿Te encuentras bien?

—Estoy perfectamente. —Joaquín sonaba cansado.

Se sentaron frente a frente, con la mesa de Adela en medio de ambos.

—Tú dirás —dijo Adela forzando una sonrisa.

—Tenemos que ir a buscar a Mateo cuando salga de su clase de dibujo.

—¿Cómo? —Adela no pudo evitar fruncir el ceño y ponerse en guardia, como si todos sus músculos, toda su sangre, todas sus hormonas estuvieran listas para una pelea—. ¿Por qué?

—Porque es tu hijo. ¿No te parece suficiente motivo?

Adela se sintió, nuevamente, una mala madre. Y era su propio padre quien la hacía sentirse de tal modo. ¿Era eso justo? Ella era una profesional independiente, reputada, hecha a sí misma, que se había hecho cargo de su mermada familia. Su padre no tenía ningún derecho a juzgarla.

—Mira, papá, tú sabes que tengo mucho trabajo. Nada me gustaría más que tumbarme a la bartola todo el santo día, jugar con mi hijo y ver la televisión, pero no me lo puedo permitir.

—¿No te puedes permitir echar menos horas o salir un poco antes del trabajo?

—Hay muchas facturas que pagar y no son nada baratas.

—El dinero te sobra, Adela... No, no es por eso. Lo haces solo por ti. Solo piensas en ti misma, en tu carrera.

—¿Pero qué dices? —Adela no pudo reprimirse más y gritó—: ¡Todo esto es por vosotros! ¡Por Mateo y por ti! Te he traído a mi casa, te he llevado a los mejores médicos, me preocupo de que te tomes tus malditas pastillas...

—No me tomo ninguna de esas pastillas, Adela —dijo tranquilamente Joaquín. Adela se había quedado muda, con los ojos brillantes de desesperación—. No tienes ni idea de lo que me pasa, ni a mí ni a tu hijo. Mateo está muy decepcionado, es un niño triste, no para de preguntarme por ti y yo ya no sé qué decirle. No me extrañaría que el pobrecillo cogiera depresión o se trastornara.

Adela había desviado la vista. No sabía cómo manejar la situación. Todo estaba fuera de control.

—Hija..., por favor, te lo pido. Ven a buscar a tu hijo a las seis. El centro está aquí al lado. Y

es solo un día. Di a tus pacientes que te has puesto enferma o... o que tienes un asunto familiar que resolver. Eso lo entiende cualquiera.

Joaquín se levantó y se dirigió hacia la puerta. Antes de abrirla, se volvió hacia Adela.

—Entonces, ¿te esperamos a las seis?

Adela se mordía las yemas de los dedos nerviosamente. Le dolía el estómago.

—Sí, allí estaré.



Nada más terminar el taller de bufandas de ganchillo que estaba impartiendo, Silke se había llevado a Helia a la trastienda, arreglada con un sofá mullido y un viejo baúl que hacía las veces de mesa. A cargo de la tienda se quedaba la socia de Silke.

Después de un primer café con hielo y una breve charla sobre la inutilidad de un taller de bufandas con veinte grados en la calle, Helia se animó a hablar del motivo de su visita. Lo hizo de forma tajante, sin preaviso.

—Mi padre le pone los cuernos a mi madre.

Silke esperó en silencio a que Helia continuara. La estudiante le contó los pormenores de la noche anterior, cómo descubrió las fotos, que esas imágenes confirmaban su sospecha de tanto tiempo atrás y la sorpresa que se había llevado ante la reacción pasiva de su madre.

—Puede que ya lo supiera.

Helia se quedó pensativa. Sí, tenía sentido. Su madre lo sabía y lo aceptaba, pero sus padres le habían ocultado la aventura extramarital para mantener las apariencias. Sin embargo, esa sumisión no hacía más que empeorar la opinión que Helia tenía de ambos.

—Si es así, todo me da mucho asco. Mi padre me da asco por ser un cerdo y mi madre también por no plantarse y seguir aguantando esa humillación.

—Quizá tengan un acuerdo.

—¿Un acuerdo?, ¿qué acuerdo van a tener? ¿Que mi padre le pone los cuernos a mi madre y ella hace de criada para él?

—No sé, *darling*, las parejas son las únicas que saben lo que ocurre en sus relaciones. Es fácil y tentador juzgar desde fuera, pero la realidad puede ser muy diferente.

En la universidad, Helia había aprendido que la ciencia debe partir siempre de cero, deshacerse de los prejuicios y las ideas preconcebidas para llegar a la verdad.

—Oye, se acerca la hora de comer —dijo Silke interrumpiendo las cavilaciones de Helia—. ¿Qué te parece si vamos al Confidente? Creo que Asier va a poner hoy pasta al *wok* con verduras.

—No, no, al Confidente, no.

—¿Por qué? Además, así podrás ver a tu Miguel... —repuso Silke con tono juguetón.

—Precisamente por él no quiero ir. Es un picaflor de pacotilla que se aprovecha de ser camarero para conocer a mujeres y nada más.

—Pues a mí me parece muy simpático.

—A todas nos lo parece.

—¿Por qué estás siempre tan a la defensiva? Es como si quisieras vengarte del mundo y no lo entiendes. Eres una chica encantadora, inteligente, amable, guapa...

—¡Sí, guapísima! —replicó Helia casi ofendida.

—¿No lo crees?

—¿Pero tú me has visto bien?

—Claro que sí. Y te aseguro que eres guapa. Solo que vas siempre encogida y demasiado arropada. ¿No te asas de calor?

Helia enrojeció un poco. Era evidente que siempre iba con mucha ropa, para tapar sus defectos, pero no le resultaba cómodo que se lo mencionaran.

—Es por si luego refresca —replicó, demasiado rápido, quizá.

—Está bien. Bueno, prepararemos algo de comer en mi casa y de allí nos iremos a clase. Así hoy seré puntual por una vez, ¿qué te parece?

Helia se quedó maravillada. Estaba esperando el consabido chaparrón de consejos sobre cómo mejorar su aspecto, resaltar esto y ocultar aquello, pero Silke la había dejado tranquila. Helia pensó que la mujer debió de advertir su pudor y prefirió dar un giro radical a la conversación. La chica se sentía enormemente agradecida.



Raquel tuvo que aceptar y concertó una cita con Iván. Los ruegos zalameros de su príncipe rubio y su deseo por él le habían ganado la batalla a su plan estratégico. Además, nunca podría saber a ciencia cierta cuánto tiempo podría hacer esperar a Iván antes de que su interés se apagara. Raquel había conseguido gustarle y avivar la llama. Eso era mucho más de lo que nunca imaginó.

Aun así, todavía le quedaba la esperanza de resistir. Acordaron verse al salir de la oficina, y como ella no podía reconocer que era mentira su excusa inicial de una cena pendiente, Raquel le advirtió de que no podría quedarse mucho tiempo, que no podía llegar tarde a esa cena ni, mucho menos, cancelarla a última hora. Además, se mostró misteriosa y evasiva cuando él intentó sonsacarle con quién había quedado. Raquel esperaba que, de ese modo, se despertaran los celos en él.

Su estómago era un tornado. Raquel sentía la proximidad del momento final, aquel en que ella e Iván se unirían para siempre. Quizá, después de todo, ella también tendría su recompensa, igual que Silvia, por todos los años de sufrimiento y desengaños. Claro que sí, ella se lo merecía como la que más.



El correo electrónico de Pablo atizó la furia de Adela, que todavía no se había sosegado tras la visita de su padre. Se disponía a revisar su buzón de entrada mientras comía un sándwich

blando y algo mojado de la máquina refrigerada que había en el pasillo de su oficina, cuando vio su mensaje.

«Hola, Adela. ¿Qué tal? Este fin de semana me toca estar con Mateo, pero me preguntaba si podrías dejármelo desde el jueves por la tarde. Mis padres vienen de visita y me gustaría que pasáramos juntos el mayor tiempo posible.

»Adela, sé que muy probablemente me dirás que no, pero te lo suplico, aunque solo sea por esta vez».

¡Ni esta vez ni ninguna! No, Pablo nunca terminaría de pagar su deuda. Ella nunca le perdonaría.

Adela alzó la vista hacia las estanterías de libros y enseguida localizó el que buscaba. *Cuidado, tu depresión está a la vuelta de la esquina*. La psicoterapeuta volvió a sentir una bocanada de asco subiéndole por la garganta. Cada vez que leía el título, se acordaba de la humillación de descubrirse estafada e impotente. Adela fue a coger el libro y regresó con él a su asiento. Lo giró y vio a la autora en la contracubierta una vez más. María Elena García. Aquella trepa descarada había sido immortalizada en una pose fingida, más falsa que el texto que encerraban las páginas de aquel libro.

Pablo la llamaba Malena. Por lo visto, así era conocida entre sus amigos y familiares, y cómo no, también por sus amantes. Era catedrática de Psicología en otra universidad y había publicado algunos libros de autoayuda, que habían sido producidos pensando más en el éxito de ventas que en ayudar a sus lectores. Cuando Pablo y Adela discutían a cuenta de la infidelidad y él le contaba tantos detalles de su amante, Adela se decía que no tenía por qué estar al corriente de la vida de esa mujer, ni siquiera conocer su nombre. Pero en esos momentos Adela no podía imaginar que saber quién era la otra le sería de utilidad en el futuro.

Después de meditarlo y de que transcurriera un tiempo prudencial, Adela decidió indultar a Pablo y acogerle de nuevo en la habitación conyugal. No se sentía tan dolida como para guardarle rencor y había que ser práctica. Él era muy buen padre, se encargaba de la casa y la ayudaba con el trabajo de la consulta. ¿Dónde iba a encontrar a alguien así? Poco le importaba a Adela que Pablo buscara diversión con otras mujeres de vez en cuando, lo que ella daba por hecho que seguiría ocurriendo en el futuro.

Pero Adela no le hizo a Pablo partícipe de su verdad, sino que representó su papel de mujer ofendida durante varias semanas más. Le mantuvo recluido en su lado de la cama, se resistió a las aproximaciones de reconciliación que él emprendía, y de vez en cuando le soltaba puyas a cuenta de su traición, cosas todas ellas que, no obstante, a Adela le salían de manera natural y sin demasiado esfuerzo. Sin embargo, sí tuvo que aplicarse para parecer abatida y derrumbada por el supuesto dolor. Afortunadamente, los dos pasaban bastante tiempo separados durante el día, de modo que Adela no se veía obligada a disimular constantemente, lo que hubiera resultado agotador e impracticable.

Finalmente, Adela anunció a Pablo que su penitencia había terminado. Le dijo que lo perdonaba y le hizo jurar que no volvería a engañarla con ninguna otra mujer, convencida interiormente de que él lo haría de nuevo. Hubiera preferido ser clara y decirle que él podía hacer lo que quisiera, siempre que fuera discreto, pero se arriesgaba a que Pablo no la entendiera y la

dejara, y que con él se marcharan las ventajas de su convivencia. No, era mejor que Pablo siguiera persuadido de que Adela lo quería. Ella esperaba que el castigo y posterior reconciliación, juramento incluido, fueran suficientes para que en el futuro él se cuidara de mantener escondidas sus aventuras.

Pablo hizo un buen trabajo de ocultación de cara al público, pero Adela terminó enterándose de que él siguió viéndose con Malena. Y de la manera más desagradable que ella podía imaginar.

Con frecuencia, Adela consultaba las novedades editoriales en materia de depresiones. Hacía tiempo que preparaba un libro con la ayuda de Pablo. Habían seleccionado ejemplos de su consulta, cambiando el nombre de los pacientes. Adela quería poner de relieve que la depresión afecta por igual a un parado con familia a su cargo, que un alto ejecutivo estresado o un ama de casa de clase acomodada. La idea de Adela era lanzar un manual preventivo, que explicara los síntomas que alertan sobre una posible caída en la depresión y soluciones para evitarla.

El libro estaba casi a punto. Con su prestigio y su nombre, Adela estaba segura de que cualquier editorial especializada estaría encantada de contar con ella. Pablo estaba terminando de corregirlo y ya había recibido la orden de Adela de comenzar a enviar presentaciones a las editoriales. Adela estaba entusiasmada con aquel proyecto. Era su nueva gran ilusión.

Cuando la psicoanalista vio el nombre de la amante de Pablo en la lista de nuevas publicaciones que le pasó su secretaria, le entró una curiosidad morbosa. *Cuidado, tu depresión está a la vuelta de la esquina*, rezaba el título de su obra. Una alarma se encendió en su interior. Adela mandó a su secretaria a comprar un ejemplar inmediatamente y cuando Ana regresó y le tendió el libro, Adela lo devoró.

Con una enorme rabia e impotencia descubrió que aquel estúpido libro de autoayuda era un plagio de su esforzado trabajo de tantos años. Malena le había robado su idea y sus pacientes para lanzar ese «manual de supervivencia para los tiempos modernos», según describía la contracubierta. A Adela le entraron náuseas cuando en esa misma descripción leyó que aquella «obra única y esencial estaba apoyada en años de estudio de esta reputada investigadora».

Un momento. ¿Ese libro de mierda era un robo o un regalo? ¿Malena se había apropiado de su trabajo o Pablo se lo había cedido gustosamente? La duda la mortificó y la enfureció más aún. Aquella tarde fue la única en que Adela plantó a sus pacientes y cerró su consulta antes de tiempo. Se dirigió rápidamente a casa, entre temblores de cólera y escupiendo maldiciones.

Pablo se quedó blanco. No podía ni pestañear. Se defendió de la acusación de ofrecerle el libro a Malena y aseguró que ella se lo había robado. La prueba era que hacía algunas semanas que ya no estaban juntos.

Pero eso daba igual. Aun siendo así, Pablo había sido lo suficientemente necio como para hablarle a su amante del trabajo de Adela y no tomar precauciones para mantenerlo a salvo.

Aquello no tenía perdón. Adela echó a Pablo de casa esa misma tarde. Él se ofreció a ayudarla en la demanda judicial que Adela pensaba interponer. «Te lo suplico. No me ayudes más», respondió ella.

Las consultas a los diversos abogados a los que Adela acudió fueron el colmo de su decepción. Le aseguraron que no había nada que hacer. Malena había lanzado el libro primero y había empleado los ejemplos de unas personas anónimas, con los nombres cambiados. Es más,

Malena también había tomado la precaución de cambiar algunos detalles de dichos casos y añadirles algo de ficción. Era imposible demostrar y alegar que aquellos expedientes procedían de la consulta privada de Adela, pues sus pacientes tenían el derecho a guardar su intimidad y Adela debía cumplir su obligación de respetar su confidencialidad. Adela se dio cuenta de que ni siquiera había pedido permiso a sus pacientes. ¿Qué pensarían ellos si ahora les pidiese testificar en un juicio a su favor para demostrar que los casos del libro de Malena estaban inspirados en ellos mismos? Sería el fin de su consulta privada, de su prestigio, de su carrera.

Adela tenía ganas de explotar, de aporrear a Pablo con saña y coger a Malena de los pelos y despellejarla. Pero sí había algo que podía hacer. Podía destruir a Pablo a través de su hijo. Él le había pedido la custodia compartida. Por ahí atacaría. Ese estúpido se iba a enterar de las consecuencias de engañarla. Y lo logró, aunque la satisfacción de ganar el juicio y arrebatarle lo que él más quería no hizo que desapareciera aquel amargor que se le había quedado en la boca.



El almuerzo dejó a Helia y Silke baldadas sobre el sofá. Silke había dispuesto en la mesa diversos platos que tenía almacenados en la nevera: sopa de calabaza con pesto, ensalada de canónigos con moras y frambuesas, quiche de queso de cabra con tomates y romero, y hamburguesas de patata con ajo y guacamole. De postre, tomaron tartaleta de almendras y albaricoques. Helia nunca había imaginado que la comida vegetariana llenara tanto, sino que la asociaba a ensaladas frugales y personas delgadísimas y fibrosas, como la misma Silke.

—¿Cómo haces para estar tan delgada? —preguntó Helia en un hilo de voz, acariciándose la tripa hinchada.

—No siempre como así. Creo que hoy nos hemos pasado... —repuso Silke igualmente quejumbrosa—. Necesitamos un café y un paseo.

La mujer preparó un café aromático, especiado con cardamomo, clavos y canela, que fue como un bálsamo para sus estómagos. Ya algo repuestas de la comida pantagruélica, ambas tomaron rumbo al centro cultural donde un par de horas más tarde comenzaría la clase de informática.



Joaquín llevaba a Mateo de la mano. Recorrían el corto trecho desde el colegio hasta el centro cultural donde el niño recibía sus lecciones de dibujo. El pequeño estaba exultante. Aquella tarde, cuando saliera de clase, la pasaría con su abuelo y con su madre. Durante toda la jornada, el niño había estado haciendo planes. Por ejemplo, podrían tomar un helado; esperaba que mamá le dejara porque aún no hacía frío... Y ¿qué tal si fueran al cine? Mateo se moría de ganas de ver la última película de Spiderman. Habría que consultar las sesiones en el periódico. Allí podrían comprar también un bol gigantesco de palomitas. Como era un día especial, seguro que a mamá no le importaba, ¿verdad? Qué tarde más genial, ¡qué bien se lo iban a pasar los

tres!

Ante aquella atropellada retahíla de planes, Joaquín solo asentía y sonreía. Suplicaba para sus adentros que Adela no les fallase. Había tenido que recurrir a su desgastada autoridad paterna cuando la visitó en su consulta; era la única baza de que disponía para obligarla a venir con ellos. ¿Funcionaría? Adela jamás le había desobedecido. En eso también era completamente opuesta a su hermano fallecido. Joaquín se había sentido raro en esa posición de mando ante su hija de treinta y tres años, una mujer hecha y derecha, independiente, que se había convertido en la cabeza de familia. Él ya no era más que un jubilado que languidecía entre demasiados recuerdos y las pocas ganas de resistirse a la inercia de la vejez.



Tres toques en la puerta devolvieron a Adela a la realidad. Ana se asomó con un nuevo expediente y un café con leche de la máquina del pasillo.

—Dentro de cinco minutos empezamos.

Adela no se había dado cuenta de lo rápido que había pasado el tiempo. Estaba enfrascada en el análisis de aquel condenado libro y las horas habían volado. Ni siquiera se había acordado del sándwich mohoso que había dejado en la mesa.

Cuando cerró el libro y alzó la vista hacia el ordenador, volvió a ver el correo electrónico de Pablo, que se había quedado abierto en la pantalla. Eso le recordó que aún tenía que encajar el problema de recoger a su hijo a las seis. Su padre le había dicho no sé qué de pasar la tarde juntos. Esperaba que el abuelo no le hubiera hecho esa promesa a Mateo, porque ella no podría cumplirla. Le recogería de clase y rápidos regresarían a la consulta; Mateo se entretendría un rato dibujando y ella continuaría atendiendo a sus pacientes. Confiaba en que Ana les haría entender que sus sesiones iban a retrasarse unos minutos. Sí, esa era la mejor solución.

Adela resopló. Quería mucho a su padre, pero le fastidiaba tener que enfrentarse a sus continuos reproches, silenciosos o declarados, sobre la manera en que conducía su vida. Ella entendía que su padre se preocupara, pero él debía comprender que se trataba de su vida y su familia, que ella ya era mayorcita para tomar sus propias decisiones y, ¡qué demonio!, tampoco estaba cometiendo ningún delito.

Tomó un sorbo del café que le había traído Ana y maldijo. Quemaba. Con paso decidido, y ajustándose el cinturón de los pantalones —vaya, puede que estuviera adelgazando demasiado—, Adela se encaminó hacia la puerta para hacer entrar al primer paciente de la tarde.

Le dolía el estómago, como si se estuviera hinchando por dentro. No era la primera vez que le ocurría. A veces, la inflamación era tal, que parecía que el estómago fuera a invadir el resto de sus órganos. Probablemente sería una úlcera provocada por esos sándwiches y cafés de calidad lamentable, y unos horarios interminables. Al final, un día, tendría que ir al médico. Pero ya pensaría en eso más adelante.



El móvil de Raquel casi echaba humo. No había parado de intercambiar WhatsApps con Iván, jugando a ese tira y afloja que enardecía sus sentidos. Él había insistido en que dejaran sus trabajos y se vieran inmediatamente, pero ella había logrado resistirse de nuevo. En la distancia, sin tenerlo al lado mordiéndole el cuello, era más fácil decir que no. Otra cosa sería cuando se encontraran esa tarde. Raquel tenía tantas ganas de retozar con Iván en la cama, que creía que iba a explotar.

Era tan insoportablemente guapo, tan seductor, tan apasionado... Quizá Raquel solo había conocido a un hombre que demostrara por ella ese ímpetu arrollador. Mishka, el indio de Nueva York, su «regalo de amor». Y él la había amado, lo sabía. ¿Eso significaba que Iván también la quería? No quería ilusionarse ni pecar de infantil, pero Raquel pensó que, con suerte, Iván estaba empezando a enamorarse de ella. Porque, al fin y al cabo, ¿qué es el enamoramiento sino una pasión desbordada?

Ella le llevaba ventaja en su enamoramiento. Había suspirado por él durante sus años de instituto y después le costó olvidarlo. Acaso jamás lo logró y sus relaciones posteriores no funcionaron debido a ese poso de amor insatisfecho que se le había quedado dentro.

Raquel sentía la emoción del destino que toca a su puerta. Ya había llegado. Ahora era de verdad.



Con el periódico metido en una bolsa de plástico, Joaquín se sentó en un banco que quedaba frente a la puerta del centro cultural. No tenía ánimo de volver a casa. Total, ¿para hacer qué? Solo esperar y darle vueltas a la cabeza. En aquel banco, por lo menos, disfrutaría de la brisa ligera de la tarde.

El hombre abrió el diario y buscó la cartelera. Había bastantes sesiones y salas reservadas para la película que Mateo quería ver. Normal, era uno de esos taquillazos y los chavales estaban deseosos de ver las andanzas de la nueva versión de su superhéroe.

Joaquín pasó las páginas del periódico con desgana. Pasaba por los titulares sin leerlos y apenas se fijaba en las fotografías. Hoy no vería a Silke. Y lo que era peor, quizá tendría que renunciar al curso y a esa mujer definitivamente. Apesadumbrado, Joaquín pensó que no podía abandonar a Mateo, tan falto como estaba de calor familiar. Tendría que ser su hija la que se ocupara del bienestar emocional del niño, pero si Adela no se daba cuenta, él no tendría más remedio que suplir ese cariño maternal que su nieto necesitaba. No, desde luego que no era su deber, pero tampoco tenía otra opción. Ese niño llevaba su sangre y lo quería como a un hijo. Quizá más aún. Por él haría lo que fuese, incluso retirarse de las lides del amor. Bueno, qué más daba. Probablemente, Silke nunca se fijaría en él de otro modo que no fuera como a un compañero más. Durante la clase de la tarde anterior, Joaquín había advertido que Silke despertaba la simpatía y admiración de todos, y que su trato en general era de un encanto exquisito. Joaquín no podía entristecerse por una historia que ni siquiera comenzaría nunca.

Sin embargo, tanto pensaba en ella, tanto le sorbía esa mujer sus sentidos, que hasta le

parecía oírla vivamente. Su delicado acento siseante, su risa alegre y cantarina habían agujereado su cabeza y allí se habían quedado encerrados. «¡Joaquín!», la oyó decir. «¿Me estaré volviendo loco?», se preguntó el hombre sobresaltado.

Entonces, alzó la cara y la vio. Su rostro resplandeciente, sus andares gráciles, sus ropas etéreas se acercaban hacia él. Aquella visión lo cogió desprevenido. El hombre se levantó con torpeza, dejando caer el periódico, que se deshizo en un abanico indomable de páginas sueltas y desperdigadas. Muy azorado, Joaquín se puso a recoger las hojas con la ayuda de Silke, que sonaba divertida. A su lado también colaboraba la profesora de informática.

—¡Qué desastre! —dijo Silke mirando el baturrillo arrugado en que se había convertido el periódico—. Me temo que será mejor que se compre usted otro.

—Ah... Pues sí, será mejor.

Joaquín no encontraba palabras para dirigirse a Silke. Él, como hombre cauteloso y reflexivo, planeaba al detalle sus movimientos y discursos. Así había sido con Cayetana y no sabía manejarse sin un pormenorizado análisis previo.

—Yo me subo. Así voy preparando la clase —dijo la profesora rompiendo el silencio en que se habían quedado enganchados.

—¿Tan pronto? Aún falta media hora... —repuso Silke.

—Sí, tengo que hacer un montón de fotocopias. No lleguéis tarde, ¿eh?, que te conozco —dijo la profesora guiñándole un ojo a Silke.

—Joaquín es muy serio, seguro que se encarga de llevarme puntual a clase, ¿verdad?

Joaquín seguía petrificado. Le hubiera gustado abofetearse o echarse un jarro de agua gélida por la cabeza. Parecía un mentecato allí callado, inmóvil, sin despegar su mirada de Silke, probablemente con gesto bobalicón.

—¿Eh...? Sí, claro.

—Bien. ¿Le parece que lo invite a un té o un café? —replicó Silke—. Conozco un sitio estupendo aquí cerca. Se llama El Confidente de Melissa.

—Iremos a donde usted prefiera. Pero, por favor, permítame que la invite yo.

—Bueno, primero invita usted, y la segunda ronda la pago yo.

—¿Segunda ronda? Pero no llegaremos a tiempo para la clase.

—Bueno, tampoco pasa nada por llegar cinco minutillos tarde, ¿no?

Joaquín estaba embriagado con la sonrisa y el encanto de aquella mujer. Pero se dio cuenta pronto y con desagrado de que no podría acompañarla a tomar nada.

—Me va a disculpar... —recordó Joaquín con una mueca—. Acabo de acordarme de que tengo que recoger a mi nieto aquí, a las seis, y después pasaremos la tarde juntos, con mi hija. No me va a dar tiempo. Le aseguro que lo siento mucho...

El hombre buscaba rápidamente las palabras para solucionar su desatino e intentar concertar una nueva cita para otro momento.

—¡Oh, bueno! Pues no importa. Nos quedaremos en este banco. Hace un día estupendo para estar al aire libre, ¿no cree?

—Pues sí, tiene usted razón.

—¡Great! Por cierto, creo que podemos empezar a tutearnos.

—Como quiera..., es decir, como quieras.

Silke se acomodó en el banco, y a una distancia cercana, pero prudencial, se sentó Joaquín. Vaya, aquello era mejor de lo que el hombre había soñado.



Helia subió tranquila y parsimoniosa por las escaleras hasta el aula de informática. El cardamomo del extravagante café especiado de Silke y la caminata habían aligerado la pesadez de estómago, pero aún se sentía embotada. Además, tenía que matar el tiempo hasta que empezara la clase. Había mentido cuando le había dicho a Silke que tenía que preparar unas fotocopias, pero la verdad era que no le apetecía acompañar a esos dos. Se habían mirado con tal hondura que parecía que no existía nada más en el mundo. Era normal que aquel hombre que había llegado nuevo el día anterior mostrara esa admiración hacia Silke, puesto que todos lo hacían, pero le extrañó más que Silke le correspondiera. El nuevo parecía un hombre serio, austero, constreñido por las antiguas costumbres, mientras que Silke era jovial, liviana y libre. Helia apostaba a que no encajaban ni uno solo de sus valores morales ni planes para el último tramo de sus vidas. Cuando se contaran sus experiencias, el hombre se espantaría al descubrir a una mujer libertina y despreocupada, y ella se aburriría con un señor rígido que nada nuevo o excitante podía aportarle. También era probable que todo aquello estuviese solo en su cabeza, que Silke solo quisiera hacer un amigo y que ese hombre estuviera felizmente casado con una señora de su estilo.

Felizmente casado o no. Quizá ese tipo no soportaba a su mujer y necesitaba un cambio de aires. Como su padre. La conversación con Silke había sembrado en ella una duda significativa, que quizá podría explicar algo de la rancia relación familiar que se había instalado en su casa. ¿Sus padres tenían un acuerdo que permitía que él fuera infiel? Tendría que averiguarlo esa misma noche. Abordaría a su madre y no la dejaría en paz hasta que ella se lo contara todo.

Resuelta a olvidarse por un momento de los líos de sus padres, Helia pensó en leer un rato. «¿Dónde está mi *Cancionero*?». Buscó en el bolso, en la carpeta, pero no daba con el viejo tomo amarillento y desgastado. La chica hizo memoria. Había leído algo de camino al Confidente y recordaba que lo llevaba, adosado a la carpeta, bajo el brazo. Después, dejó las cosas en la barra, para darle a Miguel el dinero que le debía por las pastillas. ¡Mierda! Seguro que se lo había dejado allí. ¡Qué estúpida! Ahora tendría que volver a ver a ese imbécil y pedirle su libro, que con toda probabilidad él se habría ocupado de guardar para poder seguir fastidiándola con sus modos seductores. Lo que estaba claro es que no estaba dispuesta a deshacerse de su antiguo *Cancionero*. O también podría pedirle a Silke el favor de rescatar su libro, aunque en ese caso quizá tendría que explicarle a su amiga el motivo de por qué no acudía ella misma, ni en ese momento ni nunca jamás. Y eso la avergonzaba. Bueno, ya inventaría algo para salir del trance.

Empezó a llegar gente. Los alumnos de Helia se sentaron en sus puestos. Qué raro. Joaquín y Silke aún no habían aparecido. ¿La *hippie* sesentona había conseguido arrastrar a aquel hombre sobrio y aburrido a un nuevo mundo de color, libre de convenciones y de puntualidad?

Definitivamente esa mujer era de admirar.



—¡Abuelooooooooo!

Mateo apareció trotando como un poni desbocado. Joaquín lo sintió como el pitido del despertador cuando le arrancaba de los brazos de un dulce sueño del que no quería despertar. Silke era un mar tumultuoso y él había naufragado entre los vaivenes de su risa y la calidez de su mirada celeste.

—¿Este es tu nieto? —preguntó Silke acariciando la cabeza del muchacho, que la miraba con extrañeza.

—Di hola, Mateo —dijo Joaquín, con la esperanza de que el niño reaccionara con simpatía y cariño. No quería que Silke se sintiera incómoda.

El chico frunció el ceño y desvió rápidamente la mirada hacia su abuelo.

—¿Dónde está mamá?

Joaquín tragó saliva.

—Eh... Ahora viene.

—Jo, qué rollo. ¿Pero cuánto falta?

—Ven, cariño —dijo Silke tomando a Mateo suavemente del brazo—. ¿Qué te parece si jugamos a algo?

—¿A qué?

—Por ejemplo, al veo veo.

—¿Qué juego es ese?

—¿No lo sabes? —Silke miró a Joaquín sorprendida—. No importa, yo te explico. Yo me fijo en algo, pero no os digo qué es. Vosotros me preguntáis pistas y yo solo puedo contestar sí o no. ¿Probamos?

Mateo se quedó pensativo unos segundos.

—¿Puede jugar mamá?

—Claro que sí.

—¿A qué vamos a jugar? —Adela se había plantado de repente detrás de ellos.

—¡Mamá!

El niño saltó en brazos de su madre, que lo acogió con una metralla de besos rápidos y cortos. Mateo entonces dio rienda suelta a sus planes, pero su inocencia infantil no veía el creciente estupor de su madre, que buscaba la manera de frenar el atropello.

—Nene, nene... —dijo Adela acucillándose y sujetando a su hijo por los hombros—. Hoy vamos a pasarlo muy bien, ¿verdad? Mira, tú y el abuelo os vais a ver esa peli de Spiderman que tanto te gusta, y luego yo os recojo y nos vamos a comer unas hamburguesas.

Adela se había quedado con los ojos muy abiertos y una sonrisa forzada, invitando a su hijo a darle la razón.

—¡No! —chilló Mateo con todas sus fuerzas—. ¡Lo prometiste!

El niño se zafó de su madre y empezó a patalear y a llorar, fuera de sí.

—¿Por qué no, hijo? —Adela intentaba calmar al niño. Se veía que estaba abrumada por la vergüenza de sentirse observada y juzgada—. Te encanta estar con el abuelo y te juro que después vamos a cenar los tres.

—¡Pero el abuelo está con su novia!

Joaquín dio un respingo y notó que el calor le encendía la cara. No se atrevía a mirar a Silke. El niño le había delatado cuando él aún no estaba preparado para una confesión sentimental.

—¿Cómo que su novia? ¡Menuda tontería! ¿De dónde has sacado esa idea? —replicó Adela azorada.

El niño seguía enrabiado y no respondía a razones. Joaquín se percató de que Adela echó un vistazo rápido a Silke y arrugó la cara. ¿Qué estaría pensando su hija? Seguro que ella también se había dado cuenta. En un esfuerzo de ánimo y para evitar que Adela continuara haciendo cábalas, Joaquín se recompuso.

—Hija, creo que tienes que ocuparte del niño esta tarde. Míralo cómo está. No te queda otra. Adela soltó un bufido.

—¡Está bien! ¡Vente conmigo! —dijo Adela al niño, que inmediatamente dejó de vociferar, aunque tampoco parecía contento. Su madre lo miraba desde arriba, con impaciencia y fastidio—. Pero nos vamos a la consulta, como ayer. Ese es el trato. ¿De acuerdo?

Con un mohín de pena contenida, Mateo asintió cabizbajo. Tomó la mano de su madre y juntos se alejaron en rápidas zancadas.

—¿Y ahora qué? —dijo Silke a su espalda.

Joaquín estaba abochornado por la escena que Silke había presenciado. Él hubiera preferido que ella no descubriera la enorme grieta que amenazaba a su reducida familia, no quería que ella llegara a la conclusión de que Adela quizá era así de agria por culpa de una crianza equivocada. Su hija no se había presentado. Ni siquiera había saludado.

—Eh... Bueno, pues ahora podemos ir a clase, si nos dejan entrar, claro, porque es un poco tarde —dijo Joaquín comprobando la hora en el reloj.

—Uf, menudo rollo. Yo me lo estaba pasando tan bien aquí, charlando contigo. Podríamos ir a esa cafetería de la que te he hablado.

—Es verdad. Tengo una invitación pendiente.

Silke rio abiertamente.

—Nunca te olvidas de tus obligaciones, ¿eh? Bueno, está bien. Tú me invitas con la condición de que me cuentes algo de tu vida. ¡Hasta ahora solo he rajado yo!

¿Y qué le iba a contar él? ¿Que era un recién jubilado tristón, que había perdido a un hijo maravilloso y a una mujer inolvidable, y que desde entonces llevaba un gran peso en el corazón? ¿O que había dedicado toda su vida simplemente a ser electricista y sacar adelante a su familia?

—Yo no tengo nada interesante que decir.

—¿Cómo que no? Todos tenemos algo que interesa a alguien y yo soy ese alguien para ti.

Silke le tomó del brazo y lo obligó a emprender la marcha. Joaquín no quiso pensar más y se dejó conducir.



Faltaba media hora para que dieran las siete de la tarde, pero Raquel no soportaba más la espera. Abrió uno de los cajones de su escritorio y sacó su kit de supervivencia, como ella lo llamaba. Allí guardaba un equipo completo de maquillaje y aseo en pequeños recipientes. Eran muestras que le regalaban con la compra de los productos de marca que tanto le gustaban y que tan caros pagaba.

En el baño, Raquel se retocó con cierto temblor en las manos. Temía que los nervios traicionaran su pulso cuando se administraba el colorete o corregía la línea del ojo con el lápiz negro, y eso la agitaba aún más.

Raquel se miró al espejo y quedó satisfecha con el resultado. Se aplicó desodorante y unas gotas de su perfume favorito detrás de las orejas, en el cuello, en las muñecas y el escote. El intenso aroma invadió la estancia. Raquel notaba como si le faltara el aliento. Aspiró grandes bocanadas de aire, pero parecía que el oxígeno no llenaba sus pulmones.

Raquel salió del baño y recogió sus cosas. Había quedado con Iván que él iría a buscarla a la oficina. La puerta giratoria de salida deslizó una bofetada de calor bochornoso desde la calle, mezclada con el olor del tabaco de decenas de cigarrillos. Raquel se apartó de los fumadores intentando alcanzar un aire menos viciado para su ansiedad. De pronto, sin esperarlo, sin previo aviso, Iván se plantó delante de ella, cerrándole el paso.

—¿Nos vamos? —dijo Iván con su sonrisa brillante, grande y limpia.

Había llegado antes de la hora. Raquel sufrió la sorpresa en el centro de su vientre, que parecía atravesado por un puñal.

—Llegas pronto.

—No podía esperar más —replicó él con voz ronca.

Iván la condujo hasta un taxi que los aguardaba. El taxista arrancó sin dilación y sin que Iván le diera señas de su nuevo destino. Raquel supuso que Iván ya le habría dado las indicaciones necesarias. Le miró embelesada. Le encantaba su arrogancia, sus maneras de hombre de clase alta. Él empezó a besarla en el cuello y en el lóbulo de la oreja que quedaba a su alcance.

—Qué bien hueles —le susurró él al oído.

Iván comenzó a recorrer su pierna lenta y suavemente desde la rodilla hacia la entrepierna. Raquel sintió un intenso escalofrío a través de la fina tela del pantalón. Apenas encontraba voluntad para resistirse. Pensaba en su plan y a la vez miraba de reojo hacia el taxista, que apenas parecía inmutarse por la escena de alto voltaje que se desarrollaba en la parte trasera de su coche.

Raquel le devolvió los besos y las caricias. Parecían dos adolescentes incapaces de detener el torrente de hormonas. Una vez más, Raquel se transportó a sus años de instituto. Soñó que tenían diecisiete años y que acababan de descubrirse. Imaginó las ilusiones que llenarían su alma con ese amor que recién nacía. Se recreó en el futuro que les aguardaba a esos dos jóvenes inexpertos que empezaban a vivir.

El taxi se detuvo. Embriagada, Raquel miró fuera. Parpadeó varias veces como para despertar de su sueño y asegurarse de que no estaba confundida.

—¡Pero si es mi casa!

Iván lucía una medio sonrisa pícaro y traviesa.

—¿No te apetece?

Raquel estaba atónita. No sabía qué hacer, pero tenía que reaccionar rápido, ya fuera en un sentido u otro. No podía quedarse como un pasmarote.

Iván le dio un billete al taxista y sin esperar al cambio empujó a Raquel a salir fuera.

—¿Cómo sabes dónde vivo?

—Antes de contratar los servicios de tu empresa, pedimos los currículos de la gente que iba a participar en el proyecto, y supongo que se les olvidaría quitar los datos personales. Por cierto, me decidí por vosotros cuando vi que tú eras la jefa...

—¿De verdad?

Iván se había parado en medio de la acera. Cogió a Raquel por la cintura y la besó larga e intensamente.

—Pues claro. En el instituto siempre me gustaste, solo que no me hacías caso —dijo Iván cuando se separó.

—¿Que yo no te hacía caso? Podías elegir a quien quisieras, nos tenías a todas detrás de ti.

Iván volvió a besarla.

—Bueno. ¿Y ahora qué? ¿Subimos o me vas a dejar aquí plantado?



Después de terminar la clase de internet, Helia decidió dar un largo paseo, como el día anterior. Quería pensar cómo iba a abordar a su madre para pedirle explicaciones. Necesitaba saber qué ocurría en el matrimonio de sus padres, tenía derecho.

El móvil sonó. Era Silke.

—Vaya, pero si es la alumna desaparecida... —contestó Helia con un tono de reprimenda fingida.

—¡Hola, *baby*! No hemos podido ir a clase, estábamos tan a gusto en la calle... ¡Hace una tarde estupenda!

—Demasiado calor para mi gusto.

—Bueno, escucha. Nos hemos venido al Confidente y Miguel me ha dicho que vengas, que tiene un libro tuyo.

—Dile que te lo dé a ti —replicó Helia con brusquedad.

Silke se quedó en silencio. Helia supuso que su amiga se había quedado aturdida por su repentina agresividad.

—Está bien, cariño. Como quieras. Un besito —replicó al fin Silke.

—Un beso.



Faltaban quince minutos para las ocho de la tarde. La consulta que Adela atendía estaba a punto de terminar. Después, no había más pacientes. La mujer pensó en las alternativas: cumplir con lo prometido a su hijo y cenar unas hamburguesas, o seguir trabajando. Lo cierto era que aún seguía picada por el gusanillo que se le metió al mediodía, cuando empezó a darle vueltas al libro de Malena por enésima vez. Tenía que haber algo demandable, tenía que haberlo. Recordó que tampoco había contestado al correo electrónico de Pablo; mejor, el silencio era bastante elocuente y además le mantendría esperando, sin saber qué hacer.

La letanía de la última paciente de la tarde le llegaba a Adela en un eco apenas audible. Le estaba contando algo así como que no se sentía escuchada, que no podía contar con su familia, que no tenía amigos de verdad, que solo le quedaba su psicoanalista.

La soledad. Era un mal muy típico de aquellos tiempos modernos. Cada cual pensaba en sí mismo, en su propio beneficio, y se encerraba en su caparazón. La comunidad había dejado de existir como un grupo cohesionado de personas con unas vidas en común y ya solo estaba formada por seres individuales y separados por una distancia prudencial, a veces llamada cortesía, a veces, pudor.

La paciente se calló. Adela alzó la vista al reloj de pared y vio que eran las ocho. Aprovechó para ofrecer unas palabras de consuelo y despedir a la paciente hasta la próxima sesión.

En la sala de espera, Mateo se distraía con unas acuarelas que Adela le había comprado de camino a la consulta. El agua, teñida de un color indescriptible, y los restos de pintura se esparcían por la mesa de centro como si la madera fuera una extensión del bloc de dibujo. Cuando la paciente se marchó, Adela fue hasta su hijo y estalló.

—¡Mateo! ¡Qué haces!

El niño se irguió, atemorizado por aquel rugido.

—Pintar... —replicó Mateo tímidamente.

—¿Pero no ves cómo estás poniendo la mesa? —Adela cogió un brazo del niño y lo zarandeó—. Por Dios santo, ¿tú sabes lo carísima que es? Y tú, Ana —añadió Adela dirigiendo su furia hacia su secretaria—. ¿Ves lo que está haciendo el niño y te quedas tan pancha? ¡Es que tengo que estar en todo! ¡En todo!

—Lo siento, Adela. Deja, ya lo limpio —repuso Ana cogiendo un rollo de papel absorbente—. Es que estaba atareada con unos informes y...

—¡Es que, es que! —Adela resopló y se estrujó la cara. Sentía ganas de llorar, chillar y romper cristal contra la pared—. Dios mío, pero fíjate qué mierda de mesa... —Miró al niño otra vez y apuntándole con el dedo índice, dijo—: Como vuelvas a hacer una cosa así... ¡te comes las acuarelas! ¿Me oyes?

Mateo se encogió. Adela se escapó hasta su despacho y cerró dando un portazo. Intentó respirar hondo y controlar el temblor que sacudía todo su cuerpo. La tripa le iba a estallar. Estaba saturada, no podía más. La vida idílica que había planeado para sí era una auténtica porquería.

No, una porquería, no. Tenía que reconocerlo. Era un fracaso.



Helia giró la llave de la puerta de entrada de su casa. Estaba nerviosa, pero menos que cuando tenía que enfrentarse a su padre. Con su madre, en cambio, se sentía más libre para expresarse y obrar como le era más natural. De todos modos, no resultaba agradable pedirle explicaciones a su madre sobre su matrimonio. Aun tratándose de su propia familia, Helia sentía que invadía su intimidad.

De la cocina le llegó el aroma de la cena. Olía a sopa. Helia se asomó y vio a su madre envolviendo unas croquetas con la ayuda de un par de cucharas. Solo se oía el chasquido de las cucharas y el ruido de las burbujas del caldo cuando rompían. El vapor ardiente que emanaba del cazo se le antojaba excesivo. Helia venía acalorada de la calle, enardecida por una posible discusión, y aquella nube con olor a pollo y apio no hizo más que enardecer su ánimo.

Tomó la botella de agua fría de la nevera y bebió a morro.

—Coge un vaso, Helia. Como te vea tu padre...

—Me da igual lo que vea mi padre... Pero no lo que veas tú.

La mujer la miró extrañada.

—¿Cómo?

Helia nunca había sido diplomática ni sutil. Ni siquiera se le daba bien hablar con ironía, así que se lanzó a quemarropa.

—Que no entiendo cómo es posible que te dé igual que papá tenga una amante.

La mujer seguía trabajando maquinalmente, como una autómatas. Su cara reflejaba una turbación reprimida.

—Helia, por favor, te pido que lo dejes estar.

—Mamá, tú lo sabías, ¿no? A ver, ¿y desde cuándo? ¿Y te parece bien estar tú aquí haciendo croquetas mientras tu marido se divierte con otra? ¿Qué vida te da ese hombre para que sigas a su lado? No te lleva a cenar, ni de viaje, ¡ni siquiera te habla casi! ¡Te trata peor que a una chacha!

—Cariño, baja la voz, por Dios.

—¡Mamá, por favor! ¡Reacciona! ¿Es que no te das cuenta?

Unos pasos templados y rotundos se acercaron por el pasillo. En ellos reconoció la arrogancia inconfundible de su padre. Helia se quedó petrificada. Ahora sí que estaba nerviosa. Había llegado el momento que tantas veces había deseado. ¿Se atrevería a decirle a su padre cuatro verdades a la cara?

Helia estaba de espaldas a él, pero la presencia contundente del hombre traspasaba el aire y se le clavaba en la nuca como miles de agujas. Sabía que él estaba justo detrás, en el marco de la puerta de la cocina, parado, observándolas con ese rictus de superioridad inquebrantable. A pesar de que su hija le había descubierto, a pesar de que su hija ya sabía que no era más que un traidor de sus propios principios morales, a pesar de la gravedad de la situación, él permanecía

impasible, firme, glacial. Definitivamente, su padre era más despreciable de lo que había imaginado.

—Cuéntaselo —dijo él, sosegadamente—. Pero cuéntaselo todo, ¿me oyes? Todo.

Cuando Helia quiso darse la vuelta para ver la cara de su padre, para intentar leer algún secreto en sus gestos, él ya había desaparecido. ¿Qué significaba eso? ¿Qué era ese «todo»?

—Ya le has oído, mamá. Tu señor te ha ordenado que me lo cuentes todo.

La mujer, cabizbaja, dejó sus quehaceres y se sentó en una silla.

—Está bien. Ya eres mayor. Yo no quería que te enteraras, pero tampoco puedes seguir odiando a tu padre de ese modo. No se lo merece. Ven, acércate y siéntate. Te voy a contar una historia, pero por favor no me interrumpas. Si no, quizá no pueda continuar.



Nada de lo que Joaquín había previsto para esa tarde se estaba cumpliendo. El hombre había imaginado una velada junto a su nieto y había preparado varias excusas para explicarle a Mateo la probable ausencia de su madre. Incluso había empezado a hacerse a la idea de que tenía que renunciar a su ilusión de conocer a una mujer que le había llamado poderosamente la atención. Pero esta vez, sus planes fallaron estrepitosamente, y el error, inexplicablemente, le producía un placer inmenso. Él, que siempre buscaba tenerlo todo previsto, gozaba dejando la vida pasar.

Se había sorprendido contándole a Silke muchas cosas que tenía reservadas para sí y que ella le revelara otras penas de su alma. Al final, resultó que aquella mujer jovial también había llorado.

Las confesiones arrancaron cuando Joaquín vio la triza de un tatuaje debajo del rosario de pulseras con que Silke adornaba su muñeca derecha. Parecían los cabos de un lazo rosa. Aunque no vio el tatuaje entero, Joaquín enseguida se dio cuenta de que era el lazo que simbolizaba la lucha contra el cáncer de mama. ¿Por qué Silke se habría hecho ese tatuaje? Que lo llevara oculto hizo que Joaquín desviara pronto la mirada, no quería que ella se sintiera descubierta. Pero Silke se percató de su prudencia.

—¿Te gusta mi *tatu*? —dijo ella con naturalidad. Corrió las pulseras y allí estaba el lazo rosa que Joaquín había adivinado.

—No es el típico —replicó Joaquín, más que nada por decir algo.

—Yo me tatúo cuando algo marca mi vida. Mira, en la otra muñeca tengo un ovillo de lana y un ganchillo. Así me gano la vida desde siempre.

—Entonces, el lazo rosa...

—Tuve cáncer de mama.

A Joaquín le dio un vuelco en el corazón. El cáncer. Otra vez ese demonio atacando mujeres maravillosas. El hombre sintió miedo.

—¿Y ahora qué tal estás?

—¡Oh, estupendamente! Voy a revisiones cada poco, como es lógico, pero eso ya está superado.

Silke le explicó que cinco años atrás se notó un pequeño bulto en el pecho derecho. No quería ni imaginar que aquello fuera un tumor, pero tampoco quería pecar de estúpida y jugarse la vida. Enseguida acudió al médico y las pruebas concluyeron que el bulto era cáncer. Había que operar cuanto antes. Cuando Silke despertó de la intervención, notó una tirantez dolorosa. Se llevó la mano al pecho derecho y lo notó liso. No había ni rastro de la mama; solo quedaban piel y costillas. El médico le explicó que fue necesario extirparle todo el seno para asegurarse de sacar el cáncer de su cuerpo.

Silke le contó a Joaquín que el postoperatorio fue lo más difícil que había hecho en su vida. Ella intentaba concentrarse en el pensamiento de que estaba viva, que eso era lo importante, pero la tirantez le recordaba que era una mujer mutilada. Ciertamente era que nunca había sido demasiado voluptuosa, pero irremediablemente añoraba su pecho. Su ánimo empeoró cuando los efectos secundarios de la quimioterapia dieron la cara. Quedarse sin su larga y lustrosa melena, sin pestañas, sin cejas era más de lo que podía soportar.

Por primera vez desde que se independizó y marchó a Ibiza, Silke necesitó el cobijo que tantas veces le habían ofrecido sus padres. Se refugió en su San Francisco natal. Pensó que, si iba a morir, era mejor hacerlo junto a su familia. Un día, hojeando un periódico, Silke se topó con su salvación. Era una fotografía de una mujer muy joven y bellísima, desnuda de cintura para arriba. El pecho enteramente liso y dos costurones donde antes había dos pezones expresaban sin palabras la tragedia personal de aquella mujer. Esa era una de las imágenes de una exposición fotográfica organizada en la ciudad, para recaudar fondos en la lucha contra el cáncer de mama.

Silke acudió a la muestra y quedó impresionada por la soberbia que esas supervivientes lucían en sus posados, el brillo de vida que chispeaba en sus ojos y el orgullo que desprendían sus pechos cercenados. «Aquellas mujeres fueron un ejemplo impagable para mí. Ojalá pudiera acercarme a cada una de ellas y darles las gracias», le contó Silke a Joaquín. «A partir de ese momento, empecé a aceptar mi nuevo cuerpo, a estarle agradecida de que en el pasado me hubiera dado tantas alegrías y que me permitiera seguir disfrutando de la vida en el futuro que me esperaba. Creo que puedo decir que el cáncer me dio una lección que jamás hubiera sospechado».

El relato de Silke y la transparencia con que ella habló alentaron a Joaquín a contarle su propia historia de muerte y soledad.

—¿Y ya has encontrado tu exposición fotográfica? —le espetó ella.

Joaquín la miró sin entender.

—Sí, hombre —rio Silke—. Igual que yo superé mi duelo con una muestra de fotografías, tú tienes que dar con ese clic que te consuele y te anime a continuar.

Joaquín se quedó mirándola intensamente. Ella le sostenía la mirada. Esa mujer le transmitía una paz indescriptible.

—Creo que sí... Creo que por fin he encontrado mi exposición fotográfica.



Las luces de la noche entraban por la ventana proyectando sombras en la habitación en penumbras. En el suelo yacían los restos de un arrebató de pasión descontrolada y en el aire flotaban los vapores del amor consumado.

Después de la calentura, Raquel notó los primeros cosquilleos de frío picándole la piel desnuda. Agarró un retazo de sábana púrpura con los dedos de los pies y se la echó por encima. Dentro se hizo un ovillo y sonrió plácidamente. A su lado, Iván respiraba ya sosegado, casi entrando en el sueño. Descansaba boca arriba, con los ojos cerrados. Raquel observó su perfil. Era perfecto. Su mirada recorrió con devoción la línea que dibujaba su flequillo despeinado, la frente despejada, la nariz recta, los labios carnosos, la barbilla delicada. Luego el cuello, suave y arrebatador, y el pecho, ancho y poderoso.

Raquel sacó una mano bajo la sábana y la llevó hasta el pecho de Iván. Le acarició suavemente con las yemas de los dedos, trazando círculos. Subió hasta el cuello y le rodeó detrás de la oreja. Iván se retorció en un escalofrío y su vello se erizó.

Raquel empezó a fantasear con un nuevo revolcón. Volvió a bajar por el cuello. Iván tomó su mano, la aprisionó entre las suyas y la dejó en el centro de su pecho. Raquel pensó que aquel podría ser el mejor momento de su vida.

Pero si el amor no hubiera cegado su juicio, si el delirio no hubiera enajenado su comprensión, si la fiebre sensual no hubiera arrasado con su sensatez, Raquel se habría dado cuenta de que una sombra había cruzado la frente clara de aquel que reposaba a su lado.



Ana, su secretaria, se había ido hacía un buen rato. Eran casi las nueve y Adela apenas había aprovechado el tiempo. Entre los intentos frustrados de dominar su ira, los pinchazos que mortificaban su estómago y el empeño en descubrir un delito condenable en el libro de Malena, el reloj había corrido inexorable otra vez, como siempre.

Su padre no había venido a buscar al niño. Quizá estaba esperando su llamada o acaso pensó que ella pasaría la tarde entera con Mateo. El azoramiento por la pataleta del niño y la premura con la que se marcharon la habían ofuscado.

Cuando los encontró, había con ellos una mujer de pelo muy largo y rubio. Adela solo recordaba su enorme melena y que era bastante guapa. Y nada más. Mierda, tanto estrés la había convertido en una maleducada. No se presentó ni la saludó. Solo se dignó a mirarla cuando Mateo dijo esa tontería de que era la novia de su abuelo. ¿Pero de verdad sería una tontería? Cierto era que Joaquín estaba un poco raro últimamente. Esas clases de internet no encajaban. Las prisas con las que él quiso iniciar el curso, tampoco.

¿Sería esa mujer la razón que explicaba el cambio? ¿A su padre le gustaba otra mujer, otra mujer cuando ni tan siquiera se habían cumplido cinco meses desde que la suya había sido reducida a cenizas? ¿Es que ya la había olvidado?, ¿es que ese gran amor que ellos juraban que se tenían en realidad era una farsa?

Y lo que era peor. ¿Se conocerían de antes? Adela se imaginó a su padre descubriendo a esa

mujer en la calle, mientras llevaba de la mano a su madre enferma, ajena a la cordura y al ultraje. Pobrecilla. Se imaginó a Joaquín engendrando deseos primarios, esperando el fin de su esposa para poder largarse con la otra. ¿Su padre, su adorado padre, su ejemplo en la vida, era como todos los demás hombres? ¿También él era desleal, mentiroso, egoísta? Tenía que saber más. Se levantó de la silla para buscar a Mateo y preguntarle.

El despacho estaba en completo silencio. Ni un paso, ni un movimiento, ni una respiración. Una imprevista sensación de alarma la puso en guardia y algo así como una puñalada le atravesó el estómago. Sus tacones pisando el suelo entarimado de roble rasgaron el silencio. Adela abrió la puerta de su despacho, con la tensión a punto de despedazarle los nervios.

—¡Mateo!

El niño estaba tirado en el suelo, encogido y doblado sobre sí mismo, encima de la alfombra. Adela corrió hasta él con el corazón desbocado. Mateo estaba pálido, con manchas de acuarelas alrededor de la boca. El borrón de colores confusos acentuaba el color mortal del pequeño.

Entre ruegos desesperados, Adela recogió a su hijo en brazos. Estaba tumbado encima de una gran mancha de pintura que echaba a perder la alfombra. Consternada, Adela se dio cuenta de que su niño quizá había querido ocultar su nueva travesura.

—¿Pero qué has hecho, mi chiquitín, qué has hecho...? —lloraba Adela acunando a Mateo entre temblores. Sobre la mesa vio algunos restos de las pastillas de acuarelas. Parecían mordisqueadas. La mujer alzó la vista al techo y en un alarido desgarrador gritó—: ¡Por Dios! ¿Qué he hecho?

EL FINAL DEL DÍA

Después de la historia que su madre le había revelado, Helia salió de casa, para intentar asumir la nueva verdad de su familia.

Desde luego, debía erradicar de su carácter esa tendencia a elaborar suposiciones, ideas preconcebidas y juicios sin pruebas. Las cosas no eran como parecían. Su madre no era una simple ama de casa sumisa, resignada a una rutina aburrida y humillante; era una mujer que asumía estoicamente el castigo de un error.

La historia de amor de sus padres no era nada original. Ambos vivían en el mismo barrio, así que coincidían bastante. Un día saltó la chispa entre ellos y su padre empezó a acercarse con las excusas torpes del adolescente inexperto. «¿Tienes un cigarro?», «Mi amigo quiere conocer a tu amiga», «¿Sabes si va a tardar mucho el autobús?». Su madre, como una buena chica decente, se resistió de manera prudencial hasta que una tarde su futuro marido se armó de valor y le regaló una esclava de plata con la cara encendida como una brasa. «Si aún no somos novios y ya me hace un regalo así, es que va en serio», había pensado su madre. Empezaron a salir formalmente, y cuando él terminó sus estudios de Ingeniería Industrial y consiguió un buen empleo, se casaron.

A diferencia de su padre, que siempre había sido un muchacho resolutivo y con carácter, ella pecaba de indecisa e indolente, especialmente en cuanto a forjarse un futuro propio. No sabía si aprender un oficio o ir a la universidad. Ni siquiera sabía si quería trabajar o quedarse en casa. Solo había tenido un novio, que se había convertido en su marido, y que después de casados la animaba para que estudiara. Con el dinero que él ganaba, ella podía dedicarse a su carrera tranquilamente. Es más, ni siquiera tenía que estudiar con el objetivo de conseguir después un puesto de trabajo; era libre de hacerlo por el simple placer de estudiar, de brindarse a sí misma la oportunidad de ampliar sus horizontes.

«Aquello no sonaba mal», le contó su madre a Helia, así que decidió matricularse en Filosofía y Letras. Al fin, iría a la universidad. Se preguntó cómo encajaría entre los demás, que serían unos años más jóvenes, pero el primer día de clase descubrió que había alumnos incluso mayores que ella. Sin duda, haber elegido el turno de tarde, tal y como le aconsejó su marido, había sido una elección acertada; los más jóvenes iban por la mañana, mientras que por la tarde acudían los mayores, después de terminar sus jornadas laborales. Qué suerte era estar casada con un marido tan atento e inteligente.

Helia, que siempre había visto a su madre como una persona anodina y más bien tímida, se

sorprendió cuando ella le contó que enseguida conectó con el grupo de alumnos que se sentaban próximos. Eran unos diez, entre los que se contaban mujeres y hombres. Uno de ellos era un chico de su edad, que trabajaba de dependiente en la zapatería de su padre, con el que conectó en seguida. Después de las clases, muchas veces se quedaban charlando o se iban a algún bar a tomar algo.

Mientras tanto, el matrimonio recibió con alegría la noticia de que estaban esperando un bebé. Sin embargo, el embarazo de su madre no fue un obstáculo para seguir acudiendo a clase ni su enorme barriga impidió que aprobara el primer curso con muy buenas notas. «Tú naciste en agosto y en octubre empecé de nuevo las clases», dijo su madre con la cabeza gacha. «No quería perder el curso, ni siquiera unas pocas semanas». El matrimonio acordó que ella cuidaría del bebé por las mañanas, y por las tardes lo haría él. «Tu padre pidió un cambio en la oficina, para poder entrar y salir antes de su hora habitual. Aunque no entendía que yo no estuviera totalmente volcada en ti, aprobó lo que él creía que era coraje y amor propio. Me veía tan decidida... En parte, el pobre se felicitaba porque por fin yo había encontrado una gran ilusión en los estudios, pero en realidad mi ilusión era otra».

Helia ya se lo imaginaba. Su madre se había enamorado de aquel compañero de clase. No daba crédito. La veía ahí, sentada en la cocina, frotándose las manos nerviosamente, sin mirarla apenas a los ojos, y esa mujer tan insignificante y limitada a los confines de su casa había estado enamorada en otro tiempo de un hombre que no era su marido.

No tardaron mucho en convertirse en amantes. Su madre inventaba trabajos de biblioteca y visitas a museos para escapar unas horas con su compañero de clase. Mientras, su padre la aguardaba en casa, cuidando de la pequeña Helia. «Tu padre no sospechaba nada porque se le caía la baba contigo, ni siquiera se daba cuenta del tiempo que yo estaba fuera de casa. Cuidándote, las horas volaban».

A Helia le costaba fabricarse la imagen de su padre jugando con ella, cambiándole un pañal o adormeciéndola en sus brazos. Se le encogió el corazón al pensar la humillación de un hombre bien dispuesto que atiende a su bebé para que su mujer pueda estudiar, cuando en realidad ella se está divirtiendo con su amante. Helia no pudo evitar sentir rabia, una rabia inducida por compasión hacia un buen marido que no se merecía un engaño de ese calibre, y rabia por sospechar que, quizá, después de todo, ella misma había sido injusta con aquel hombre que le había dado la vida y había cuidado de ella como lo habría hecho una madre.

Llegó el verano, y con él, el calor, las ansias de aventura y la fuerza de rebelarse contra las normas y dejarse llevar por el instinto. «Me fui de casa, Helia. Os abandoné». La muchacha recibió acaso el mayor impacto de su vida cuando oyó de su madre que ella y su amante estuvieron todo el verano de fiesta en fiesta, de playa en playa. «Creo que nunca había disfrutado tanto», tuvo que reconocer la mujer.

¿Y qué podría haber roto esa idílica relación que le estaba presentado su madre? Las vacaciones terminaron y los amantes tuvieron que regresar a su rutina. Pero ¿dónde vivirían? Los padres de él le habían repudiado por haberse marchado con una mujer casada que había abandonado a una niña pequeña. La familia de ella había reaccionado de igual modo. Ninguno de los dos tenía trabajo, ni casa, ni dinero.

Se alojaron en el piso compartido de unos compañeros de clase, mientras buscaban trabajo y vivienda. «Pero la culpa me mortificaba. Pensaba mucho en ti y en tu padre. Me estaba arrepintiendo, pero no me atrevía a llamarle».

Un día, la mujer se acercó hasta su antiguo hogar. Le abrió un padre apurado con un biberón en la mano. Él intentó cerrarle el paso, pero ella le suplicó, le rogó, se puso de rodillas. Hasta ella llegó la pequeña Helia, que empezaba a dar sus primeros pasos, torpes e inseguros. La niña la había reconocido. Se aferró a su madre y no hubo manera de despegarla. «Tu padre no tuvo valor para separarnos, así que cedió, pero me advirtió de que ya nada sería lo mismo. Nos mudamos a este barrio, donde nadie nos conocía, para empezar de cero una farsa de matrimonio. Desde entonces, no somos más que meros compañeros de piso. Él hace su vida y yo sufro mi penitencia. Helia, me imagino lo que estarás sintiendo, pero debes saber que siempre te he querido, que nunca te olvidé, que toda esa historia fue una estupidez de una niña tonta e inmadura y que nunca jamás podré perdonarme».

Helia no respondió. Solo se levantó en silencio y salió por la puerta.

Así que su padre no era tan agrio. Intentó imaginar qué habría sentido ese padre entregado y abandonado cuando su pequeña se refugió en brazos de la madre egoísta y desleal. ¿Dolor, rencor, humillación?

Aun así, nada de aquello justificaba la rigidez de su padre. En ocasiones, era un auténtico capullo.

¿Y qué ocurriría ahora? Seguramente su padre esperaba que ella se acercara a él para iniciar una relación más estrecha y familiar. A pesar de la historia que Helia acababa de conocer, ¿se sentiría ella capaz de emprender un acercamiento que sonaba a disculpa? «¿Pedir perdón por qué? Yo no he hecho nada», se dijo Helia.

Todo era muy confuso y complicado. La chica pensó en llamar a Silke, pero inexplicablemente se acordó de Miguel y su imagen fue como un sedante en vena que la sosegó. Recordó la pequeña charla que mantuvieron en El Confidente de Melissa el día anterior, después de su desmayo, y echó de menos tenerlo enfrente, tranquilizarse con su sonrisa y quizá incluso acurrucarse en sus brazos.

Helia se paró en medio de la calle y meditó. Después de todo, ¿se atrevería a ir a ver a Miguel?



Iván jugueteaba con el gran anillo que Raquel llevaba en el dedo índice. Era un anillo de plata con un azabache de tamaño considerable. A Raquel le gustaba llevar pocos accesorios, pero en compensación, estos debían ser bien vistosos.

Raquel pensó que su imagen, en aquel momento, debía de ser muy *sexy*. Se imaginó vista desde arriba, enzarzada entre las sábanas púrpura y completamente desnuda, excepto por el enorme anillo de azabache.

—Tengo algo que decirte —le dijo Iván con el tono algo sombrío—. Quizá no te guste...

Una alarma se disparó en su interior. ¿Estaría bromeando? Iván siempre había sido un poco burlón. Se giró y vio que él miraba hacia arriba. Parecía como si estuviera tratando de leer en el techo. Raquel se estremeció, pero intentó parecer impassible.

—¿Qué ocurre? —replicó con un tono algo despreocupado.

Iván tardó algunos segundos en contestar.

—Esto no va a funcionar.

Aquellas palabras fueron como un mazazo en plena borrachera. Raquel aún no había despertado de la embriaguez en que la había dejado la pasión, y ahora Iván la arrancaba de su sueño a bofetadas. No sabía si ponerse a gritar o adoptar una pose madura y contenida. No sabía qué decir. No le salían las palabras.

—Ya me ha pasado otras veces. Conozco a alguien que me gusta mucho, y creo que puede salir bien y enamorarme, pero luego, después..., nada. Se me pasa.

¡Menudo imbécil! Raquel se imaginó profiriéndole todo tipo de insultos, sacándole de la cama, echándole fuera de su casa y tirando su ropa por la ventana. Pero no podía hacerlo. La decepción y la vergüenza la habían paralizado.

—¿Lo comprendes?

Iván, que seguía jugueteando con el anillo, se había vuelto a mirarla, pero ahora era Raquel la que intentaba leer en el techo. Retiró su mano con suavidad y se sentó en la cama.

—Bueno, pues ya puedes irte.

—Espera, no te enfades.

—No estoy enfadada.

De repente, Raquel se sentía muy serena. Todo había sido un espejismo, otra vez, por enésima vez, y tenía que afrontar la realidad. Una escena de reproches y arrebatos solo habrían servido para enajenarla y, de paso, henchir el orgullo de aquel insensible.

—Sí que estás enfadada, si no, no me echarías.

—Pero, bueno, ¿qué quieres? Te acuestas conmigo, a los cinco minutos me dices que pasas de mí y ¿qué tengo que hacer?, ¿invitarte a cenar?

—Quizá no me he explicado bien.

Aquella era, probablemente, la experiencia más esperpéntica de su vida. Raquel no solo había sido rechazada de una forma brusca e inesperada, sino que además parecía que tenía que pedir disculpas por haber recibido tamaña humillación.

—A ver, Iván —dijo Raquel con tono conciliador. No quería discusiones ni debates, solo quería estar sola cuanto antes, ventilar la habitación y cambiar las sábanas—. Te has explicado estupendamente y yo lo he comprendido a la perfección. Creías que podías enamorarte de mí, pero te has dado cuenta de que no. No pasa nada. No te guardo rencor ni estoy enfadada contigo, pero esta es mi casa y tengo cosas que hacer. Por favor, te ruego que te vayas.

Iván empezó a vestirse en silencio. Raquel se dio la vuelta y miró por la ventana. Adela había tenido razón de nuevo. Su amiga ya la había advertido de que tuviera cuidado con Iván, pero no le había hecho caso. Y ahí estaban las consecuencias. ¿Qué demonios le pasaba con los hombres? ¿Por qué siempre se le acercaban tipos indeseables que no la tomaban en serio? ¿Por qué nunca detectaba las señales de peligro?

—Ya estoy —dijo Iván a su espalda.

Raquel le miró en la penumbra. Su imagen había cambiado radicalmente. Iván ya no era aquel príncipe gallardo que flotaba en un aura de magia. Ahora le parecía un demonio oscuro que ni siquiera reconocía. Raquel se levantó y se encaminó hacia la salida. En la puerta, Iván quiso regalarle su mejor sonrisa.

—Entonces, ¿somos amigos?

—Sí, cómo no.

Iván la miró con gesto de incredulidad.

—Que sí, hombre. —Raquel empezaba a sentirse profundamente molesta por la insistencia de aquel engreído.

—Nos vemos.

—Chao.

Raquel cerró la puerta. Lo hizo suavemente, sin violencia, sin estrépito, pero con un toque de hostilidad que a ella le supo a una pizca de revancha.



La sala de urgencias del hospital estaba a rebosar, y no solo de enfermos y familiares y de un ruido infernal. Adela sentía que le sobrepasaba la tensión de la espera, el olor a enfermedad. A su derecha se sentaba su padre, que había tenido el descaro de traerse a esa mujer de voz melosa, que lo tenía cogido por un brazo y le dispensaba caricias y palabras de consuelo. A su izquierda estaba Pablo. Lo había llamado su padre, y aunque había actuado correctamente al avisarle, puesto que era el padre del niño, Adela hubiera preferido que su ex no estuviera allí. Su sola presencia la irritaba, pero además ese continuo zarandeo de su pierna se trasladaba al banco y la estaba poniendo frenética.

—¿Quieres parar? —ladró Adela.

Pablo no dijo nada, pero cedió.

Adela se levantó y comenzó a andar nerviosamente, dando vueltas sobre sí misma, vigilando la puerta de entrada. Hacía unos minutos que Raquel la había llamado y, en cuanto se enteró de lo sucedido, anunció que llegaría enseguida. La necesitaba. Raquel era la única persona que podía ayudarla en ese momento, la única compañía que deseaba.

A Mateo le estaban haciendo un lavado de estómago. Se había intoxicado con las acuarelas. Los médicos le dijeron a Adela que podía permanecer al lado del niño durante la intervención, pero no pudo soportarlo. Sin embargo, no sabía qué dolor era más punzante, si el de ver a su hijo tratado como un pedazo de carne, convulsionado y con una sonda en la boca, o estar fuera, pendiente de un reloj que apenas avanzaba, sin saber.

Los médicos no le habían precisado qué consecuencias podría tener la intoxicación. Habría que esperar varias horas, hacer análisis y evaluar los resultados. Adela nunca se perdonaría si a su pequeño le quedaran secuelas. Al pobrecito le había amenazado con que se comería las pinturas si volvía a manchar algo. ¡Cómo había sido tan torpe de decirle semejante estupidez a

un niño de cinco años! ¡En qué estaba pensando! En Pablo, claro, y en su amante y en su maldito libro. En eso estaba pensando mientras su hijo se tragaba las malditas acuarelas.

¿Y si su niño moría? O peor, ¿y si se quedaba en coma o inválido? Adela sintió que el corazón le iba a estallar en el pecho. Un sudor frío le recorrió la espalda. Ahí estaba Pablo, en silencio, hierático. Él le había recriminado que, de no ser por Joaquín, se habría enterado tarde, que ella tendría que haberse puesto en contacto con él cuando llamó a la ambulancia. Que se fuera a la mierda. A Adela le importaban un bledo las amonestaciones de ese imbécil.

La novia de su padre seguíateniéndolo aferrado a sí. «Tranquila, bonita, que no se va a ninguna parte», pensó Adela. Ojalá estuviera allí su madre. La iba a poner en su sitio. No había comparación entre una mujer y otra. Su madre había sido una señora elegante y discreta, no como la desharripada esa que no se cortaba en prodigarle a su padre unas carantoñas impropias de su edad y la gravedad del momento.

No podía más. Quería fulminarlos a todos. El aire se había enrarecido, casi no podía respirar. Adela aspiró grandes bocanadas, pero parecía que un tapón invisible se le había quedado atrancado en la boca. Las piernas comenzaron a temblar. No podía respirar. Adela se llevó la mano a la garganta, estiró el cuello. No, no podía respirar. Dios santo, ¡iba a morir ahogada! ¿Qué le estaba pasando? ¡No podía respirar! Se encaminó hacia la salida, necesitaba que el aire fresco de la noche le golpeara la cara. Pero temblaba mucho y empezaba a marearse. Dios, cómo dolía el estómago. ¿Se estaría desgarrando? Se ayudó de la pared para andar. Una neblina apareció ante sus ojos, pero a través de ella pudo ver a Raquel, que avanzaba con gesto preocupado. Ya no oía nada. Notó que iba cayendo como a cámara lenta. No podía respirar.

No podía respirar.



Joaquín se sentía cansado, como anestesiado. Primero, la culpa y el dolor se habían fundido a raíz del accidente de Mateo y después su hija había entrado en crisis y el personal del centro se la había llevado. Pero lo peor ya había pasado. «No te preocupes, es solo un ataque de ansiedad. Le darán un ansiolítico y se le pasará», le había dicho Pablo sobre Adela. Poco más tarde, un médico salió para informar de que Mateo se encontraba estable. Aun así, los nervios le habían dejado tan quebradizo como el otoño a la hoja de un árbol caduco.

Por suerte, tenía a Silke cerca. Joaquín la observaba mientras ella hablaba por teléfono. Todo en ella le parecía sumamente extraordinario. El hombre había asistido fascinado a algunas de sus andanzas de su época de Ibiza. Qué diferentes habían sido sus vidas. Mientras ella tejía artesanías y vivía al día, sorbiendo cada minuto, él trabajaba tenazmente y ahorraba pensando siempre en su familia y en el futuro. Mientras ella había elegido unos hábitos liberados de toda atadura, él se había decantado por seguir las tradiciones que le dictaba la sociedad sin cuestionarlas siquiera. Pero él, un hombre viudo, jubilado, de sesenta y seis años, y —debía reconocerlo— algo anticuado, no se había espantado con aquellas historias de drogas, amor libre y vida en comunidad. Sí, era viejo y tradicional, pero no era idiota. Él sabía que existían otras

formas de vida y todas ellas eran bien válidas. Al fin y al cabo, Silke tampoco había hecho daño a nadie; en realidad, se trataba de todo lo contrario, Silke y sus compañeros solo buscaban la paz y el amor mundiales, ¿y cómo nadie podría censurar un objetivo tan noble y elevado?

El hombre también se maravilló con la fuerza de carácter que Silke había demostrado al relatar la historia de su cáncer. Ahora que la tenía a cierta distancia y ella no podía darse cuenta, echó miradas furtivas hacia su pecho. A través de su vestido holgado, Joaquín intentó adivinar el relleno postizo, y detrás, la costura de la mutilación. Quería verla así, desnuda, acariciar su cicatriz, besársela. Él también quería formar parte de esa vida azarosa.

Joaquín estaba convencido de que Silke sería una compañera perfecta. No solo le gustaba a morir. Esa mujer tan rubia y pecosa le proporcionaba una paz y un consuelo impagables. Lo había demostrado desde que Mateo se puso malo y también con el desmayo de Adela. Su hija se había comportado de una forma tan desagradable... Pero aun así, Silke lo entendió. Joaquín sabía que Silke había leído turbación y celos en los desaires de Adela, pero no había respondido a ellos más que con una sonrisa. Y él se lo agradecía infinitamente, eso y que hubiera actuado con tanta prontitud y serenidad cuando Adela se derrumbó. Él se había quedado paralizado. Su fuerte hija, la cabeza de familia, se había desplomado y yacía en el suelo como un guiñapo. ¿Qué demonios estaba ocurriendo? Silke avisó a una enfermera y espantó a los curiosos que habían empezado a rodear la escena, mientras él permanecía a unos pasos por detrás, cerca de Pablo, que tampoco reaccionaba, mirando ambos cómo su amiga Raquel le daba palmaditas en la cara.

Joaquín se levantó, necesitaba estirar las piernas. Caminó hacia Silke, que seguía hablando por el móvil. Descubrió que la distancia, aunque fuese tan corta, le dolía. Mientras se acercaba a ella, vio que la mujer había desplegado el papel que le dio un camarero en la cafetería donde habían pasado la tarde, y había comenzado a recitar:

*«Anda, amor, anda,
Anda, amor.
La que bien quiero,
Anda, amor,
De la mano me la llevo,
Anda, amor,
Y ¿por qué no me la beso?,
Anda, amor,
Porque soy muchacho y necio,
Y anda, amor».*

Qué poema tan oportuno. Joaquín se quedó pensando mientras Silke se despedía por teléfono. «No seré muchacho, pero quizá sí un poco necio. ¿Por qué no la beso de una maldita vez?». Joaquín se moría de ganas y sospechaba que Silke le correspondería. Quería dar rienda suelta a sus sentimientos. Necesitaba el contacto con ella. Pero tenía que encontrar el momento. Y aquel, en medio de la sala de espera de un hospital, no era el más adecuado. Sin embargo, estaba decidido. Hoy, cuando salieran de allí, besaría a Silke.



¿Qué significaba ese extraño mensaje? Miguel se había negado a darle a Silke su *Cancionero*, y en vez, le dio un papel que solo contenía aquellos versos de amor. ¿Miguel se había leído el libro y había elegido el poema que mejor le describía? ¿Se lo habría chivado la gitana, que se lo había cantado a ella dos días atrás? Helia se estremeció. Estaba confundida y no sabía cómo interpretar nada de aquello. La chica, que había llamado a Silke para contarle las novedades de su familia, no se esperaba aquel recado. Su amiga le había contado que Miguel quería hablar con ella y que se había quedado con el libro como rehén. El poema sacado del *Cancionero* no podía ser otra cosa que el preámbulo de esa charla pendiente.

Está bien, iría al Confidente. Aunque solo fuera por recuperar su libro. Pero debía andar con pies de plomo. Podría tratarse de una broma pesada o que él fuera tan memo que en realidad quisiera decir cualquier otra cosa con ese mensaje. Desde luego, ella no se iba a poner en evidencia.

El relente de la noche la hizo tiritar. Desanudó su chaqueta de la cintura y se la puso. Ahora ya parecía menos rara. ¿Cuándo iba a llegar el frío de verdad de una vez por todas? Helia estaba deseando ocultarse en su abrigo.



Adela descansaba en la camilla mientras el doctor tecleaba en el ordenador. Le habían inyectado un ansiolítico que la había dejado algo adormecida.

Había sufrido una crisis de ansiedad. Ella, la psicoterapeuta, la eminencia en depresiones, no había detectado la angustia en sí misma. Solo cayó en la cuenta cuando el psiquiatra llegó a su box de observación y disparó las preguntas habituales en el diagnóstico de la depresión.

Sí, tenía depresión. En los últimos tiempos, Adela no había padecido más que pérdidas. Su separación y todo el asunto del libro, la muerte de su hermano mayor, después el doloroso cáncer de su madre, su posterior fallecimiento, el infarto de su padre y su decaimiento, la falta de atención a su hijo por las exigencias de trabajo y económicas, y por el profundo odio hacia Pablo... Su cuerpo y su mente habían dicho basta.

¿Qué iba a hacer ahora? No podía permitirse el lujo de tomar medicamentos. Sabía que los fármacos solo atontaban al paciente y ella no quería enfrentarse así a su enfermedad. Tendría que acudir a un psicoterapeuta. Le recomendaría darse un tiempo de baja, lógicamente. En cuanto pensó en la inactividad, en la falta de ingresos, en el posible fracaso de su carrera, Adela notó que se aceleraba. «¡No, no! ¡No puedo seguir así!», gritó para sus adentros.

—¿Quién desea que venga a buscarla?

El psiquiatra había terminado su informe, que salía por la impresora.

—Raquel. Es una amiga.

El médico asintió y salió por la puerta. Adela había dudado un instante. Quizá hubiera sido

más apropiado llamar a su padre, pero esa otra tipa era capaz de seguirle como un perro faldero... Además, requerir la ayuda de su padre le parecía, en ese momento, algo doloroso. Sin saber por qué, se sentía avergonzada. Acababa de demostrar que no era la mujer fuerte que todos creían que era.



Helia se había sentado en un banco que le permitía ver El Confidente de Melissa a una distancia prudencial. A través de los grandes ventanales de la cafetería, observaba el trasiego de clientes, que iban llenando el local, y el ajeteo de Miguel y Asier entre tazas, vasos y platos.

Había bastantes chicas. Todas reclamaban la atención de Miguel, ya fuera con una mirada, una sonrisa o con palabras. Él respondía siempre. ¿Era auténtica cortesía, solo vanidad o una manera de no perder la oportunidad de una nueva conquista?

A Helia únicamente se le ocurría una forma de averiguarlo. Era entrar en el local, presentarse ante él y arriesgarse a una charla que podría derivar en... ¿En qué? ¿Se atrevería incluso a pensarlo? ¿Podría encontrar dentro de sí esa pizca de engreimiento para creerse que Miguel quería algo con ella? ¿Algo como qué? ¿Solo besos? No, seguro que Miguel no se conformaba con solo besos. Y ella, ¿estaría dispuesta a un rollo pasajero y puede que compartirlo con otra u otras chicas? Porque no era posible que él quisiera novia, al menos, no con ella. Él podía aspirar a algo mucho mejor.

Tenía que entrar en el local, pero ¿cuándo?, ¿y cómo? Merodeando alrededor del Confidente, Helia vio a la gitana. Las sombras de la noche habían oscurecido su piel y sus ropas, pero parecía que sus ojos refulgían en la penumbra como brasas verdes.

En un momento, creyó que la gitana la había descubierto y bajó la mirada al instante. Había sentido como un latigazo.



Lo bueno de declararse en depresión es que todos se desviven por acceder a los deseos del paciente. Después de recibir el alta, Adela pidió a su padre y a Pablo que se marcharan. Mateo se hallaba estable y en observación. Le habían limpiado el estómago y ahora dormía. Probablemente pasara toda la noche descansando, así que no tenía mucho sentido que se quedaran todos. Pablo se ofreció a pasar la noche al lado de Mateo, pero Adela repuso que debía ser ella la que le velara. No quería seguir lejos de su niño. Le prometió a Pablo que le avisaría si sucedía cualquier cosa y que al día siguiente se turnarían para estar cerca de Mateo.

Solo quería que la acompañara Raquel. Su presencia la tranquilizaba. Estaban fuera de la habitación de Mateo, sentadas en una sala con bancos, máquinas expendedoras y amplios ventanales. Raquel le estaba contando las novedades de su último desastre sentimental.

—¿Será verdad que quizá se enamorara de mí un poquito al principio? ¿Hice algo mal?

—¡Por favor! Está clarísimo que Iván solo quería echar un polvo. Él solo está enamorado de

sí mismo, siempre ha sido así, y tú no has hecho nada malo... Bueno, pensar de ese modo sí es un error. Quizá te consuele, pero no te libera de un sentimiento inútil y que te esclaviza.

—¿Por qué siempre me pasa lo mismo?

—Te lo he dicho millones de veces. No te das cuenta de las señales de peligro. Te lanzas por los tíos que no merecen la pena, mientras dejas pasar a los que están por ti sinceramente.

—¿Ah, sí? A ver, ¿conoces a alguno que en todos estos años haya estado por mí de verdad?

—Sí, por ejemplo, Miguel.

Raquel tardó unos segundos en reaccionar. Fue como si le hubieran dado una bofetada.

—Miguel...

—Sí, mujer. El pobrecillo está detrás de ti, esperando a que te decidas. Y tú no te hagas la dura, porque se te nota que te gusta mucho.

—Pero es camarero...

—¡Menuda esnob estás tú hecha! ¿Te tengo que recordar de dónde vienes, guapa?

—Ya, pero es que tampoco aspira a nada más en la vida...

—Nena, el príncipe azul guapísimo, forrado de pasta y con casa en la playa no existe. Pero sí que hay un tipo al que le gustas de verdad, que probablemente te quiere, y que parece buena persona. Esas dos cosas son las únicas que importan.

—Ostras, pero es que es muy joven...

—¿Y eso es un problema? —dijo Adela añadiendo una nota pícaro.

—¡No! —replicó Raquel riendo.

—Pues, venga, ya estás tardando. Vete por él.

—No, voy otro día. No quiero dejarte sola.

—No pasa nada, estoy bien. Además, ¿qué de malo podría pasarme en un hospital? No, en serio. Vete. Quiero echarme a dormir. Estoy cansada.

—¿Seguro?

—¡Fuera de aquí!

Las dos amigas se abrazaron fuerte. Cuando se separaron, Adela sentía un cosquilleo en la nariz y las lágrimas empañando sus ojos.

—Siento mucho haber estado tan lejos últimamente.

—No tienes que disculparte por nada. Somos amigas.

—¡Las mejores!

—¡Sí, las mejores!

—Venga, vete, no vaya a ser que llegues tarde.

Raquel ya solo pudo despedirse con un gesto de la mano. Se había contagiado de la emoción de su amiga.

Poco podía imaginar Adela que Raquel se iba con cierto pesar en el corazón. No sabía que sus palabras le habían recordado a Raquel una premonición confusa y misteriosa de la gitana de El Confidente de Melissa.



Joaquín paseaba al lado de Silke. Se notaba muy fatigado, pero no por la caminata ni por arrastrar el fin del día. El miedo agotaba, él ya lo sabía, y los hospitales, también. Había temido por su nieto y después por su hija, y la amenaza se había mezclado inoportunamente con un nuevo sentimiento que crecía en su interior y que ya lo desbordaba.

—Necesito sentarme —dijo Joaquín, alcanzando un banco.

—Tendríamos que haber seguido en taxi hasta tu casa.

—No, no, yo debo acompañarte.

Silke rio con ganas.

—No pasa nada porque yo te acompañe a ti, ¿eh?

Joaquín asintió con condescendencia.

—Se me olvidaba que tú eras una chica moderna.

Silke se sentó bien pegada a su lado y se acurrucó contra él.

—Hace un poco de fresco, ¿no?

Sí, hacía fresco, pero Joaquín sospechaba que el gesto era más una maniobra de seducción que un intento de entrar en calor. El hombre se ilusionó. Quizá había llegado el momento. Miró al cielo. ¿Estaría allí Cayetana? No sintió remordimiento ni culpa ni temor. En aquel cielo salpicado de estrellas, Joaquín buscó inspiración, intentado recordar cómo declaraba uno sus sentimientos a una mujer.

—Silke...

—¿Sí? —respondió ella con avidez.

—No soy hombre de palabras bonitas ni florituras. Soy bastante directo, así que iré al grano... —Joaquín tragó saliva y carraspeó—. Silke, me gustas y quiero pedirte una relación formal.

Silke abrió mucho los ojos. Joaquín esperaba en ella la sorpresa. Durante el tiempo que había calculado cómo acercarse a ella, supuso que Silke estaría acostumbrada a demostraciones de amor más intensas y menos conservadoras. Él intentó imaginarse obrando de ese modo, pero en seguida supo que aquello no saldría bien. Era mejor mostrarse tal cual era, igual que hacía ella. A esas alturas de la vida, ninguno de los dos tenía la necesidad de fingir ni aparentar lo que no era.

—¿Qué te parece? —preguntó Joaquín.

Silke relajó la postura de asombro. Sonrió, le tomó la cara entre sus manos y le besó. Fue un beso delicado, dulce, suave, cálido. Fue un beso en el que Joaquín sintió que su pecho se ensanchaba y su cuerpo se aligeraba. El hombre flotaba.



Había llegado el momento. La gitana se había marchado y Helia ya no tenía que enfrentarse con su mirada. La chica estaba dispuesta a salir de su escondrijo y meterse en la boca del lobo.

Había decidido que se presentaría ante Miguel con su cara seria habitual. Al fin y al cabo, si ella le gustaba, también le atraería, o por lo menos, le perdonaría esa arista de su carácter. Además, así Helia comprobaría de verdad el interés real del camarero. Se había prometido a sí

misma que si Miguel le salía con alguna de sus gracias, se daría media vuelta y se iría para siempre, aunque eso significara perder su *Cancionero*.

Se miró en un espejo retrovisor de un coche aparcado cerca para arreglarse el pelo. La noche la favorecía; la falta de luz enmascaraba las imperfecciones de su rostro. Al rehacerse la coleta, Helia pensó que con el pelo suelto quizá estaba mejor, pero solía llevar esa coleta baja y no quería que Miguel pensara que ella se había acicalado para él. Ante todo, debía presentar su aspecto acostumbrado.

De camino hacia El Confidente de Melissa, Helia vio aparecer a la mujer elegante y atractiva que flirteaba con Miguel. «¡Mierda, no, ahora, no!», gritó para sus adentros. Parecía apurada y en la cara llevaba escrita cierta ansiedad. ¿Qué le pasaría? Entró en la cafetería como un torbellino y se dirigió hacia la barra. A través de los ventanales, Helia vio que aquella mujer requería la atención de Miguel y que él, como siempre, la correspondía. Se sonreían y charlaban tranquilamente ahora que el local tenía menos gente. Ella le cogió una mano. Él no la retiró.

Se acabó. Helia se felicitó por no haber entrado antes y sufrir la humillación de verse rechazada a causa de otra mujer. Suspiró y se dijo que, después de todo, era una chica afortunada. Pero, a la vez, no pudo evitar sentir un gran pinchazo en el corazón. Tenía ganas de llorar.



Raquel lo notaba distante. Algo había en él que no era el mismo de siempre. Miguel le sonreía y la atendía con la gentileza que le era propia, pero le parecía que el calor de sus palabras y sus gestos era ahora más tibio. ¿Le habría molestado que ella le dejara en un segundo plano cuando apareció con Iván? ¿O simplemente estaba cansado después de una larga jornada de trabajo? Raquel quería evitar hacerse otra pregunta que la incomodaba hondamente. ¿Le gustará otra?

—¿Cuánto te falta para terminar?

—Poco, y menos mal, porque hoy ha sido un día terrible. Estoy deseando llegar a mi casa y planchar la oreja.

«Una forma elegante y simpática de rechazarme esta noche», se dijo Raquel. Pensó en ofrecerse a acompañarlo a su casa y quizá darle un masaje reconfortante, pero Miguel lo había dejado claro, no quería compañía esa noche.

Sin embargo, ahora que Raquel había descubierto a un nuevo Miguel, ahora que había decidido darle una oportunidad a una relación sincera y real, no quería marcharse de El Confidente de Melissa sin una palabra, un guiño, una señal de que todo iba bien.

—Miguel...

—¿Sí?

El camarero estaba inclinado, colocando unos cubiertos.

—Me gustas... Me gustas mucho y quiero conocerte mejor.

El chico detuvo su faena. Lentamente levantó la cara hacia ella. A Raquel no le hacía falta su

larga experiencia para saber qué significaba aquella mirada. En los ojos de Miguel, se leía el desconcierto y una pizca de disgusto. Raquel había metido a Miguel en un apuro embarazoso.



Helia caminaba casi arrastrando los pies. Se sentía débil, decepcionada, triste, sola, abatida por una guerra que se empeñaba en soslayar pero que al final siempre acababa librando. Era su particular lucha contra el mundo que indefectiblemente perdía una y otra vez.

Al fondo divisó a una pareja de mayores. Paseaban abrazados por la cintura. Parecía que él intentaba cobijarla a ella del fresco de la noche... No, no puede ser... Pero... ¡si es Silke y el nuevo de la clase! Helia achinó los ojos en un intento automático e inútil de aguzar la vista. Sí, eran ellos. ¿Es que esos dos no se habían separado desde las seis de la tarde? ¿Se estaban besando! Y lo más sorprendente de todo: ese hombre rígido, serio y aburrido había conquistado a una mujer como Silke, simpática, carismática y popular. ¿Era posible?

¿Y sería posible que ella misma, rígida, seria y aburrida, pudiera gustar a un chico como Miguel, simpático, carismático y popular? Helia volvió a pensar en el poema que Miguel le había trasladado a través de Silke.

Tenía que volver a El Confidente. ¿Qué hora era? Casi las doce, la hora a la que cerraban la cafetería. Helia echó a correr con toda la energía que encontró en su cuerpo. En su loca carrera rezó para que aquella mujer que coqueteaba con Miguel se hubiera marchado. ¿Qué haría si continuaba allí? Daba igual, entraría de todos modos y después ya vería... Esa noche no podía terminar sin que ella supiera qué significaba el mensaje de Miguel. En el fondo, y aunque Helia hubiera intentado ponerle freno, la fe latía con fuerza en su interior.

Helia superó la última esquina. Con la vista ya alcanzaba El Confidente de Melissa. Las luces de su interior se iban apagando. La gitana no estaba. Helia aceleró cuanto pudo. Llegó cuando Asier y Miguel cruzaban la puerta para echar el cerrojo.

Miguel llevaba su *Cancionero* en la mano. A Helia le pareció que él la miraba con unos ojos nuevos, tranquilos y puede que transparentes, acaso despojados de artificio. Helia respiraba con dificultad, intentaba recuperar el resuello.

—Me estoy leyendo tu libro... ¿Sabes qué? Quizá no me creas, porque soy muchacho y necio, pero... me gusta mucho y quiero más.

EL FRÍO

El frío de noviembre azotaba las calles con una intensidad que era más propia del invierno. Las cafeterías hervían bulliciosas en su interior, donde se refugiaban los transeúntes, incapaces de soportar el aire gélido que les cortaba la cara.

En una calle sin importancia, en una esquina cualquiera, los amplios ventanales de un pequeño local llamado El Confidente de Melissa estaban empañados. Desde dentro una mujer barrió con la mano la fina envoltura grisácea que la escondía del exterior. Buscaba con la mirada la llegada de su mejor amiga, con la que había quedado. Estaba impaciente por contarle una gran noticia: su hermana acababa de decirle que estaba embarazada. ¡Iba a ser tía! Aquel bebé le hacía tanta ilusión como si fuera un hijo propio. Haberse reconciliado con su querida hermana y la existencia de esa pequeña personita la llenaban por completo.

Por fin la vio. Su amiga andaba con paso sosegado. Ya no era esa mujer autosuficiente, emprendedora y de éxito que se había empeñado en ser. Un ataque de ansiedad le puso de cara a la realidad y no pudo negarse a enfrentarla. Desde entonces, la mujer laboriosa, siempre ocupada y enfadada, disfruta de su hijo y su tiempo libre. Se siente algo más feliz y la alegría la impulsa a compartir lo mejor de su vida, su hijo, con el padre del niño. Esa mujer sabe que aún le queda trabajo por hacer y una vida que recuperar. Aún le queda aceptar del todo que su padre viudo tiene derecho al amor. Todavía, cuando lo ve con su novia extranjera, tan contentos, tan enamorados, nota como una espina que le pincha por dentro y le hace recordar a su madre fallecida. Será cuestión de tiempo acostumbrarse.

Lo que esa mujer no sabe es que su padre recuerda constantemente a su esposa y su hijo desaparecidos. Y que su novia, una antigua *hippie* de gran carisma, lo comprende y lo acompaña en su dolor. Ella es como la muleta con la que él camina y él es un remanso sólido y seguro con quien echar raíces. Así se lo contó la señora *hippie* a una joven amiga que habitualmente se sienta en la barra de El Confidente de Melissa. Es su profesora del curso de internet, y a pesar de la cantidad de años que las separan, ambas congeniaron como si fueran de la misma edad.

Esa chica está leyendo *El Libro del Buen Amor*. Adora la literatura medieval y la estudia con pasión en la universidad, pero en sus planes de futuro la ha relegado a la categoría de pasatiempo. Quiere marcharse fuera, a Londres por ejemplo, y trabajar allí de camarera, aprender inglés y vivir segura, fuera de la mirada de los que la conocen. Aunque ya no se siente el bicho raro de siempre, esa chica necesita cambiar de aires. Su novio, el camarero del Confidente, la anima a que continúe estudiando Literatura. En su universidad o en el extranjero, da igual, pero

que no se meta detrás de una barra, que para camarero ya está él. Él le dice que ella tiene suficiente cerebro como para malgastarlo de ese modo. Le ha pedido que se vayan a vivir juntos ya mismo, pero ella prefiere esperar a que se arreglen las cosas en su casa. Sus padres se están divorciando y necesitan su apoyo, que ella ofrece incondicionalmente a los dos. La muchacha no sabe qué le deparará su relación con el camarero, pero sí está segura de que nunca mantendrá una relación por las apariencias.

Ella ha dejado de leer un instante para observarlo. A la joven aún le cuesta creer que el camarero más popular y encantador que jamás haya conocido sea su novio. Y no es un rollo pasajero. Inexplicablemente, está enamorado de ella.

Él acaba de darse cuenta de que su chica le está observando. Se acerca y le roza la punta de la nariz. Le encanta su naricilla respingona e insolente. Se lo dice siempre, pero ella parece que no se lo cree. Al chico le costó conquistar a la clienta más áspera y antipática que jamás encontró, pero finalmente lo consiguió.

Quizá no fueran los mejores tiempos para algunos de los habituales de El Confidente de Melissa, pero sí eran bastante tranquilos. O acaso lo mejor aún estaba por llegar.

Y UN GATO

Todos se habían ido, incluido Miguel, y solo quedaba una tibia luz en el local que arropaba como una seda transparente el rincón que ocupaba el confidente de Melissa. Asier se acercó y se sentó. El hombre acarició con nostalgia los delicados dibujos que Melissa había tallado en el nogal. Al contacto de la madera vieja con su piel rugosa, Asier pensó en la cantidad de años que habían pasado ya y cuánto echaba de menos a Melissa.

Aquella noche se sentía melancólico, triste y solo. Recordó los intensos ojos verdes de una Melissa adolescente que enseguida le deslumbraron y que siempre le habían acompañado en su correr por el mundo. Asier vio aquellos inmensos ojos verdes vigilándole desde el mar en su primera travesía, cuando abandonó la isla donde Melissa había sido enterrada, y supo que ella siempre le seguiría sus pasos, que nunca le abandonaría.

Durante su correr por el mundo, el hombre vio esa profunda mirada esmeralda en un pájaro que se posaba en el alféizar de su ventana, en un niño que vendía periódicos en una esquina, en un viejo que se sentaba solo y mudo en una esquina al otro lado de la acera, en dos pequeñas luces de neón que iluminaban su balcón.

Y en la gitana que se colocaba a la puerta de su local. Pero hacía semanas que no la veía. El frío había tenido la culpa. Desde que el viento glacial llegó con esa fuerza demoledora, arrasó con toda vida en la calle y también con esas penetrantes brasas verdes.

«¿Dónde estás, Melissa? No puedo estar sin ti...», pensó Asier. Un maullido suave y melodioso se acercó desde atrás. Asier bajó la mirada y vio que un gato negro se había acercado y se frotaba contra su pierna. Era muy pequeño, como recién nacido.

—¿De dónde has salido tú? —dijo Asier extrañado.

Intentó coger al gato, pero se le escurrió entre los dedos. El animal saltó graciosamente hasta el confidente, caminó con paso seguro por el respaldo ondulante y se posó en el otro asiento, frente a Asier. Ambos se miraron y enseguida se reconocieron.

El gato tenía por ojos dos brasas del color de la esmeralda.



NIEVES GARCÍA BAUTISTA, es una periodista de 35 años especializada en el ámbito empresarial.

A la vez, corrige y edita obras literarias de otros autores, como Fernando Trujillo Sanz, César García Muñoz o Laura Connors.

En 2012, aut publicó *El amor huele a café*, una novela contemporánea que recoge varias historias que se yuxtaponen y superponen, cuyo protagonista es el amor sensual, fraternal, maternal y, junto a él, el desamor.

En la actualidad, la autora prepara una segunda novela, también ambientada en el mundo y las costumbres contemporáneos.